

Biblioteca Popular Murciana.

---

9  
R 421.098

RECUERDOS

DE

UNA MUJER

POR



MURCIA — 1894

---

Tip. de LAS PROVINCIAS DE LEVANTE

Biblioteca Popular Murciana

RECUERDOS

DE

UNA MUJER

POR



MURCIA — 1894

Tip. de las Provincias de Levante

## PRÓLOGO

He vivido en la época mas fecunda en acontecimientos y he sufrido los azares de tres revoluciones. He visto nuestra gloria y nuestras desgracias. He conocido particularmente á la mayor parte de los primeros actores de nuestro gran drama político; y se comprende facilmente que, como todos hacen, escribo tambien mis memorias; porque todos escriben hoy su vida, como se apuntaban otras veces sus gastos; si bien los detalles de una existencia, destinada á la oscuridad, en la que grandes hombres históricos se confunden por casualidad con acontecimientos vulgares y que en el fondo es solo comparable á la de un confidente de tragedia, podrán carecer de interés para los lectores. Ademas, ¿dejaré á mis herederos el cuidado de publicar ó de arrojar al fuego mis entre-

tenimientos biográficos? Me limitaré á referir algunos hechos, algunas aventuras que me han sido contadas por los que han sido héroes de ellas. Sea discrecion, sea costumbre de vivir para los que amo, nunca me he ocupado de mi misma. Así, pues, mis recuerdos puramente personales parecerán probablemente pálidos; esta abnegacion me han hecho su confidente. ¡Son tan queridos los que escuchan!

¡Era tan feliz interesando sin peligro mi corazon y mi entusiasmo por las cosas novelescas! ¡Tomaba tanto interés en las narraciones de mis amigos, que me asociaban mas de lo que yo hubiera querido, á las pasiones y á los acontecimientos que les preocupaban! ¡Estaban tan seguros de mi discrecion y mi amistad! Con efecto, era discreta por curiosidad, por la necesidad de ocuparme de asuntos ajenos y adicta sin mérito, porque el placer de socorrer, de consolar á un amigo desgraciado me exaltaba hasta un punto, que casi justificaba este bárbaro pensamiento de La Rochefoucauld: "En la adversidad de nuestros mejores amigos encontramos siempre alguna cosa, que no nos disgusta."

¡Ay de mí! si, este algo es el deseo de ser útiles, es la esperanza de ligarlos para siempre por el reconocimiento; es el orgullo de luchar contra su adverso destino y consolarlos en su desgracia por una amistad verdadera. Y ¿cómo no alegrarse un poco de la desgracia que nos dá el corazon de un amigo, que nos hace

ser su consuelo, su apoyo, algunas veces su providencia?

Si es verdad que nadie mejor que Téramene pudo contar la muerte del hijo de Teseo, puedo permitirme la narración de varias aventuras de que he sido testigo, y de otras que he oído mudando siempre los nombres de los personajes que la muerte ha respetado; porque odio esa moda de imprimir tales como son los nombres mas respetables.

Cuanto más viejos manuscritos leo, crónicas, correspondencias impresas ó inéditas, tanto más veo que la verdad domina casi siempre sobre lo maravilloso y novelesco. Esto se explica fácilmente; cuando un carácter sale del órden regular de los demás, va tan lejos como puede. Sea el demonio ó el ángel quien le guíe, la religion, las leyes, las costumbres, el ridículo, nada le detiene: la exaltacion del bien produce en él milagros; la del mal crímenes que la imaginacion no concibe: en uno ó en otro camino quiere alcanzar lo imposible; el novelista tiene una ambicion contraria. Lo probable es su objeto; ¡qué pobre dominio!

¿Quién se atreveria á tomar por asunto de dos volúmenes la anécdota que cito de la princesa Contí? ¿Cuanto clamores se levantarían contra la inverosimilitud de semejante sacrificio, hecho por el reposo de un amante infiel á la pura alegría de una reconciliacion, á la adulacion de unos lazos que hubiera roto para siempre cualquier mal de la víctima! ¿Cuanto

se clamaria; contra este virtuoso perjurio!  
¡Cuánto contra la imposibilidad de resignarse  
á un contrato tan oneroso! Pues bien, este con-  
trato ha terminado á satisfaccion de todas las  
partes. La moral ha cerrado los ojos; la socie-  
dad no ha sabido nada, y todos han ponderado  
la clemencia de la princesa.

Cuando la verdad dá semejantes aventuras,  
me atengo á ella. Si el público es de mi opi-  
nion, si se digna recibir bien este ensayo, qui-  
zás me anime á continuar este nuevo género de  
memorias.

S. G.

## MISTERIO Y LECCIÓN.

### I.

Era la época en que la gloria hacía olvidar el terror, la sociedad se reorganizaba bajo la influencia del génio, y el mérito, el talento, la fortuna, las costumbres, las preocupaciones y los placeres ocupaban su puesto.

Una mañana que estaba sola, ocupada en la lectura de una de esas obras que exaltan el corazón y se predisponen á las acciones generosas, vinieron á avisarme que una jóven llamada Rosalía deseaba hablarme: es la que, añadió mi criado, hicisteis venir del castillo de L... para que cuidase de vuestros hijos.

—Me acuerdo muy bien, respondí, es una excelente jóven que estaría todavía á mi servicio si el ayuda de cámara de mi marido no se hubiera enamorado de ella, á despecho de su mu-

jer. Presumo, que vendrá á pedir una recomendacion: buscadle una plaza, Francisco, y decid que respondo de ella.

Entró Rosalía. Creyendo haber adivinado el motivo que la traia, la aseguré mi proteccion y la de Francisco; pero Rosalia me dijo con una espresion triste y con embarazo que estaba todavía en la casa en que su hermana la habia colocado el año último, y que venia á pedirme un favor tan extraño, que no sabia cómo decírmelo. Habiéndola animado, me habló de este modo:

—Sabeis muy bien que cuando vine de mi aldea para ser la niñera de esta querida Aglae que criábais entonces, no sabia leer ni escribir: como esto no es muy necesario para entretener á los niños y en nuestra clase no tenemos un momento nuestro, no he tenido tiempo de aprovechar las lecciones que mi pobre señora queria darme.

Al decir esto lloraba Rosalia.

—¿Qué le ha sucedido, pues, á vuestra señora? la pregunté: me parece estábais en casa de la mujer de un rico hacendado.

—Si contestó Rosalia enjugando sus lágrimas; acababa de cumplir diez y nueve años cuando la he visto morir... ayer, cinco dias despues de haber dado á luz un niño.

--¡Ah! ¡Dios mio! exclamé. ¡Qué espantosa desgracia! porque estaba profundamente conmovida por la suerte de una persona que me inspiraba recuerdos tan dolorosos. Sin duda,

añadí, habrá cometido alguna imprudencia.

—No, señora; no es ella la que ha causado su muerte; pero puede decirse que ha sido asesinada. Yo la acompañaba de día y de noche, porque la doncella que la servía ordinariamente hacia un mes que estaba enferma, y la señora no podía sufrir la presencia de la mujer que la asistía por orden del médico, y que estaba en el salon para impedir que entrasen en la habitacion de la señora, y yo sola la cuidaba.

El dia de la fiebre de leche, estando preparando una taza de tisana á mi señora, su marido abrió con estrépito la puerta de la habitacion. Tenia la vista estraviada, los labios temblorosos, y me mandó salir y llevarme al niño; le hice observar que las habitaciones no estaban todavía templadas, y que el frio podría hacerle daño.

—¿Qué importa? respondió de una manera que me hizo estremecer, porque parecia estar fuera de sí.

Permanecí en el salon y desde allí le oí hablar de una manera violenta y que espresaba la cólera; se oia tambien á la señora, que sollozaba; en fin, al cabo de una hora que duró esta escena, el señor salió como un loco de la habitacion, atravesó el salon sin vernos, subió á su cabriolé, que le esperaba en el patio y partió para el campo.

Así que estuve segura de que no volvería, entré en la habitacion de la señora... ¡Bondad

divina, en qué estado la encontré! Se ahogaba, deliraba; inmediatamente mandé llamar al médico, que declaró que estaba en el mayor peligro; la sangraron y recobró la razón, pero nada pudo disminuir la opresion que la impedia respirar. Desde entonces he pasado todas las noches á su lado; en la de ayer me hizo acercarme á su lecho para decirme...

Rosalía interrumpió su narracion para enjugar sus lágrimas y continuó:

—Os creo una honrada jóven, Rosalía, y tendreis piedad de una madre que muere confiandoos la vida de su hijo: ha dicho que lo mataria si supiese alguna vez que alguien se interesaba por él: conozco que voy á morir... no podí ya velar por este desgraciado niño... ¡Si Alfonso sabe la causa de mi muerte... lo conozco, y en su desesperacion hará alguna locura que tendrá consecuencias terribles, una gran desgracia, es posible que un crimen! Por favor, mi querida Rosalía; juradme buscar un medio de participarle mi muerte de manera que no venga aquí á amenazar á mi marido y á echarle en cara que es la causa de ella: cuidad tambien de que ignore que muero de pena: decidle que he cometido alguna imprudencia que me ha costado la vida: sobre todo cuidad de que no vea jamás á este niño en presencia de nadie.

La respondí que haria lo que deseaba; pero esperaba que todas estas recomendaciones eran inútiles, y que tranquilizándose, desaparecería la fiebre que la devoraba.

—No, me dijo, me quedan pocos momentos... dejadme emplearlos en escribirle.

Al decir esto, intentaba levantarse; pero no teniendo fuerzas, me suplicó la ayudase. Al principio, no quise darle con que escribir, temiendo que me riñesen por una complacencia que podia causarle mucho mal.

—En nombre del cielo, no os negueis, dijo entonces de una manera que parecia mandarme como si ya no fuese de este mundo; no os negueis, mi buena Rosalía; lo sentireis toda la vida, porque lo que yo quiero escribir evitará muchas desgracias.

No habia medio de resistir á esta última voluntad; la ayudé con trabajo á incorporarse, la rodeé de almohadones para sostenerla, y le di el pequeño pupitre de que se servia ordinariamente. En seguida me retiré hácia la chimenea suplicándola que no se fatigase. Estaba tan débil que reclinaba su cabeza á cada instante sobre la almohada; entonces corria á su lado viendo que se encontraba mal, la hacia aspirar éter, y continuaba su carta.

¡Ay de mi! Dios no ha permitido que la acabase!... Oí que me llamaba con voz ahogada, y me hacia señas para que tomase este papel, añadió Rosalia enseñándome uno que sacó del pecho; despues, cuando quise tomarlo de su mano, sus dedos estaban tan contraídos que no pude soltarlo; una espantosa convulsion agitó todo su cuerpo, é iba á gritar para pedir socorro, cuando este papel cayó en mi mano.

Así supe que no sufría ya, dijo Rosalía llorando amargamente.

Sin embargo, con la esperanza de que fuese solo un desmayo, oculté este papel con los demás que me había confiado la vispera, haciéndome jurar que los quemaría después de su muerte, y llamé para que la socorriesen. El médico, que llegó en este momento, dijo que todo era inútil! Habían buscado una nodriza para el niño, y me mandaron que le llevase á mi habitación donde aquella me esperaba. La madre del señor llegó algunos momentos después, y me mandó á decir que me conservaría en su servicio para vigilar la nodriza hasta nueva orden. Se ha avisado al señor, que está en las inmediaciones de Orleans, y vengo á preguntaros cómo haré para cumplir los deseos de esta mujer, tan bella y tan desgraciada, y á la que todos adorábamos.

La narración de Rosalía me había conmovido tanto como á ella; amo á los que mueren de pena, y sin reflexionar en los inconvenientes que podría tener el mezclarme en un asunto tan delicado, cedí á la súplica que me hizo Rosalía de escribir en nombre de una amiga de la jóven muerta á ese Alfonso, que yo no conocía, y que la misma Rosalía había visto solamente dos veces; porque estaba en el ejército desde el principio de la última campaña, y solamente sabía que se llamaba Alfonso; bajo este nombre iban dirigidas las cartas que le daban para que las llevase á casa de una per-

sona que probablemente las hacia llegar á su destino.

—Primero, dijo Rosalía, pensé recurrir á esta señora, para salir del conflicto en que me encuentro; pero he temido cometer alguna indiscrecion y mi buena señora temia tanto ver su secreto confiado á personas imprudentes, que he acudido á vos. Sois muy buena, añadió Rosalía, para no conmoveros con la desgracia de este pobre niño, que será la segunda víctima si no os interesáis por él.

—¡Ay de mí! contesté, en muy poco puedo serle útil.

—¿Qué decís, señora? Haciendo saber de una manera prudente á ese jóven, esta muerte que tanto le va á afligir, le hareis mas llevadero tan terrible golpe; sobre todo, impedireis que venga aquí á batirse con el señor, porque es esto lo que temia mi señora. Es una buena accion digna de vos, por la que os estaré eternamente reconocida, además de lo que todos os deberán.

Habia en el acento de esta honrada jóven que suplicaba por su señora, alguna cosa que no me permitía ver con indiferencia la promesa que había hecho á su jóven señora de salvar su memoria de la deshonra y poner su hijo al abrigo de una justa venganza.

## II.

Estaba en la edad en que los impulsos del

corazon dominaban la razon, y me comprometi sin titubear á entregar aquella misma tarde á Rosalia una carta en la que decia á ese Alfonso que su querida Emelina estaba muy enferma para poder escribirle ella misma, y me encargaba la diese esta esta triste noticia; añadia algunas palabras para tranquilizarle sobre el secreto que se habia visto obligada á confiar-me, y agregaba la promesa de escribirle puntualmente hasta el dia en que Emelina pudiese reanudar su correspondencia con él.

No podré pintar la tristeza que me dominaba al darle esta esperanza, que sabia no se realizaria jamás, y con cuanto cuidado busqué las espresiones mas propias para aumentar su inquietud sin dejarle por eso sospechar la espantosa verdad.

Esta preocupacion, dominando de repente á una persona cuya tranquila existencia y cuyos sentimientos conocidos de todos los que la rodeaban, no ocultaban ningun misterio, no podia menos de ser observada muy pronto: el primero, que me habló de ella era el anciano marqués de P..., antiguo amigo de mi marido. Confieso que, sin saber si hacia bien ó mal en estas circunstancias, aproveché esta ocasion de consultar el parecer de hombre de un carácter razonable y á quien seis años de emigracion habian dado un barniz de romanticismo que debia hacerle comprender los asuntos de este género.

Si mi marido no hubiera estado ausente en

esta época y detenido en Chambéry por asuntos de familia, no dudaba que le hubiera contado todo lo que me habia dicho Rosalia, y el secreto de estos desgraciados amantes hubiera peligrado, porque M... el mas discreto de los hombres, cuando se trataba de asuntos graves no podia acostumbrarse á considerar como tales aquellos en que el amor hacia el principal papel, y no porque le fuesen indifereentes, sino porque estaba persuadido de que una pasion viva y constante no puede disimularse nunca, y asi no tenia ningun escrúpulo en imitar ó aventajar la indiscrecion de los amantes cuyas aventuras le contaban.

Cuando Mr. de P... supo lo que me preocupaba, lejos de vituperar mi complacencia, me dijo que no podia negarme á un servicio tan sencillo, sin hacerme responsable de todas las desgracias que acarrearía una negativa por mi parte.

Esto tranquilizó mi conciencia. Para mayor seguridad exigí de él que no preguntaría los nombres de los héroes de esta desgraciada historia, y yo me obligué á lo mismo.

—Bueno, me dijo Mr. de P., os aseguro que no tendreis mucho tiempo conformidad para hacer el papel de confidente en este singular drama, y que procureis saber los nombres de todos los personajes.

—¡Ah! ¡Dios mio! respondí, sé demasiado, y es tan cierto, que quisiera ignorar el nombre de la desgraciada heroína que os juró no hacer

nada para saber el de mi corrpsonsal. El nombre de Alfonso bajo el que le escribo, es el único que tendrá para mí, sea ó no uno de los suyos.

—Pero él os responderá, dijo Mr. de P... el amor y la inquietud no impiden á un hombre ser bien educado, y espero, que sabreis pronto á quién escribis.

—Eso sería posible si se tratase de una correspondencia cualquiera; pero cuando el dolor es sincero, se espresa que todos.

—Es un error, repuso Mr. de P...; siempre se deslizan frases pretenciosas en los pesares de las personas vulgares. Si quereis enseñarme la carta que os anuncio, y que recibireis antes de ocho dias, estoy cierto de reconocer en el mismo instante el carácter del jóven oficial y la clase en que ha nacido.

—¿Cómo quereis que me escriba? Ignora quién soy. Rosalia me ha jurado que nadie sabrá el servicio que le he hecho. Además, estoy decidida, dije sonriendo, á abandonarle así que le haya dado el golpe mortal.

—¡Que horror! ¡Ah! Os vereis obligada á consolarle. ¡Cómo! le direis secamente: "La que amais ha muerto; soy vuestra humilde servidora:"

—¡Qué suposicion! Le entregaré la carta que la muerte ha interrumpido, y que le dirá bastante.

—No, os digo que no sereis tan cruel, y no os negareis á manifestar algun interés, por

una desgracia tan sensible. En verdad, que ese pobre jóven no causa piedad, añadió Mr. de P...; yo en su lugar, estrangularía al marido: pero olvido que solo pensais en evitar este trágico desenlace.

—Por favor, no os chanceis sobre esta triste novela, repliqué, y no me habéis de ella delante de nadie. Una indiscrecion se comete fácilmente.

—Sea, dijo levantándose Mr. de P... ¿pero me direis todo lo que suceda? Aborrezco las confidencias á medias, y mi fidelidad es siempre proporcionada á la confianza que inspiro. Os lo advierto.

Al decir estas palabras salió Mr. de P...; y quedé mucho mas preocupada de mi misteriosa correspondencia que estaba antes de hablarle.

Apenas habia trascurrido una semana cuando, segun me habia pronosticado Mr. de P...; Rosalía me trajo una carta dirigida á su señora, y un billete concebido en los siguientes términos:

“Señora, lo que por vuestra piedad haceis hoy por nosotros os asegura para siempre de mi respetuoso reconocimiento.”

Estas cortas líneas, escritas apresuradamente, no solo eran muy inteligibles, sino que me hacian ver que el jóven Alfonso escribia de una manera elegante, y que no era de las personas, para quienes una desgracia es siempre una ocasion de hablar exageradamente. Es

sencillo y político: pensé cuántos encantos encierran estas dos cualidades! y me parecía menos culpable la desgraciada Emelina.

Le escribí de nuevo. A cada una de mis cartas aumentaba mi peligro, y tambien los consejos, porque declamaba vivamente contra todo lo que podia comprometer la suerte del hijo de Emelina y avivar el odio de aquel á quien la ley concedia todos los derechos sobre esta débil criatura: llegaba hasta decirle que un hombre de honor nunca se perdonaba la seducccion que arrastraba á una mujer á un peligro semejante; pero que cuando el escándalo de una escena comprometia para siempre dos existencias que debia haber protegido, no habia tranquilidad para él. Por último, creí que era llegado el momento de mandarle la fatal carta.

Esta carta, cuyo contenido he olvidado, terminaba de esta manera:

“Me lo juras, ¿no es verdad? Jamás reclamarás tus derechos sobre él; jamás los pondrás á la venganza de tu enemigo, del suyo. Hoy solamente, conozco que puedes hacerme culpable, hacerme maldecir algun dia por mi hijo. ¡Ah! no me dejes morir con este temor! No acuses á nadie de mi muerte, solo tu ausencia me ha matado; todas las noches lloraba... y he tenido fiebre. Los cuidados de los médicos no han podido hacer nada. Siento como una mano de hierro que desgarrá mi pecho. ¡Dios mio! ¡Quisiera verte una vez sola!... verte abra-

zar á este querido niño que... me lo prometes... jamás... le mataría... y él... no, su madre....”

Lo demás, y los caracteres que separaban estas últimas palabras eran ininteligibles. La pluma escapándose de los dedos de la moribunda, habia trazado una especie de párrafo, que no podia verse sin sentir una horrible impresion. Era, como un adios, firmado por la misma muerte.

No podré decir lo que escribí á continuacion de esta triste misiva, y lo que el deseo de dulcificar una pena tan amarga, me inspiraba: pero cuando despues de haber cerrado esta carta, me reuní en el salon con los amigos que comian aquel dia en mi casa, comprendí por el interés, mejor diré, por la piedad que manifestaban al saludarme, que mi rostro estaba todavia humedecido por las lágrimas.

—¿Convenís, me dijo Mr. de P..., al darme la mano para pasar al comedor, en que alguna respuesta del jóven desconocido es la causa que enrojece vuestros ojos?

—¡No! respondí con impaciencia, es lo que yo le dirijo lo que me hace llorar: ¡va á recibir la carta de esta desgraciada mujer, y preveo su desesperacion!

—¡Ah! esta desesperacion hubiera sido mas cruel algun tiempo antes, añadió Mr. P... sonriendo. Estad tranquila: no morirá.

—Porque ningun hombre muere de esta pena, dije amargamente.

—Sobre todo, cuando sucede la mas dulce esperanza y se encarga de...

No quise oir mas, y para estar libre de las bromas de Mr. de P..... sobre este asunto, me dirigí á otros amigos.

—¡Ah! no quereis que os hable, me dijo alejándose de mí; pues bien, me vengaré de vos, obedeciéndoos.

Hay en los tristes sentimientos que una mujer se esfuerza en ocultar, no se qué encanto que la hace mas seductora. Es un misterio del que todos querrian ser el confidente ó la causa; añade al interés una curiosidad, una dulce piedad que favorece maravillosamente á la ternura ó á la coqueteria.

Nunca me habian dirigido cumplimientos mas amables, y sin embargo, permanecí todo el dia bajo la poderosa influencia de la mision que me veia obligada á desempeñar.

### III.

Empezaba á olvidar esta aventura, cuando Rosalia me trajo quince dias despues la respuesta siguiente:

“¡Ay de mí! Habia adivinado esta espantosa muerte, que me deja solo en el mundo! No podia deber un cuidado tan generoso mas que al esceso de mi desgracia, al noble interés de una alma piadosa por los últimos deseos de una madre desgraciada. ¡Ah! ¡Este deseo que quita todo recurso á mi desesperacion, era

preciso mas que su súplica para obligarme á cumplirle! Era preciso que una voz caritativa me hablase en nombre del honor, y que á esta voz divina se me apareciese el deber tan implacable como es. A vos, señora, os corresponde reprimir mi desesperacion; porque no lo dudo, es él quien la ha matado, han sido sus atroces celos... Pero ella lo ordena, vos lo quereis, y moriré sin vengarla, sin reclamar el único bien que me hubiera hecho llevadera la vida.

Debo este sacrificio al interés que me manifestais, señora; bastaría para perdonarme; pero mi reconocimiento es el único sentimiento que puede dulcificar la amargura de que mi alma está llena; este vivo reconocimiento es mi consuelo; no os lo despreciéis señora, soy muy desgraciado!

ALFONSO DE...»

—Ya teneis la novela terminada, dije á Mr. de P... enseñándole esta carta.

—No os engañéis, respondió, pero soy muy tonto en deciroslo; habeis hecho todas vuestras observaciones sobre esta desesperacion, esta sed de venganza que solo cede á vuestra voz. Estoy seguro que sabeis mejor que yo lo que vuestra generosa bondad y el misterio que oculta esta buena accion producirán en una alma exaltada por el dolor; sabeis qué efecto tan poderoso produce la curiosidad en un dolor sin esperanza, que por lo mismo que puede aumentarse, cae muy pronto en el fastidio. ¡Cómo librarse del atractivo de semejante consuelo!

Juzgo por mí mismo; si una aventura semejante me hubiera sucedido en mi juventud, me hubiera vuelto loco de tristeza y de alegría; pero la alegría hubiera dominado, hubiera hecho este razonamiento. La mujer capaz de un cuidado tan caritativo, debe ser buena, sencilla y espiritual, porque es preciso que se reúnan estas tres cualidades para librarse del egoísmo, tan comun en las mujeres, que no ven mas en un favor que hagan, que el peligro de comprometerse y los disgustos que pueden resultar de él. Es honrada, me diria yo, porque al imponerse tan grande sacrificio, no emplea ninguna de estas pomposas palabras de virtud y de remordimientos tan familiares á las hipócritas. Ignoro su nombre y su edad; no dice nada que pueda hacer sospechar que es fea ó bonita, nada que manifieste el deseo de revelar talento con motivo de una desgracia. Así, pues, es jóven, hermosa, de una inteligencia superior, y debo adorarla, y la adoraré con toda mi alma.

Reí al escuchar estas bromas, y su singular suposición me pareció absurda; pero dos meses despues de una animada correspondencia, una carta me dijo que la prediccion se habia cumplido.

Asustada por mi inconsecuencia, llamé á Rosalía, para recomendarle mas eficazmente el secreto de mi conducta.

—Ya lo veis, le dije con mejor humor del que en realidad tenia, Mr. Alfonso se equivoca de una manera estraña sobre los motivos

que me han obligado á escribir; piensa sin duda que la persona que se ha encargado de semejante comision, no ha visto en este triste asunto mas que una ocasion de entablar una intriga: á vos os corresponde desengañarle, porque no recibirá ni una sola carta mia. No tengo deseos de alimentar su ilusion, manifestándole cuán ofendida estoy; si hubiera presumido que se habia de consolar tan pronto, ciertamente que no me hubiera molestado tanto para decirle la muerte de vuestra pobre señora. Sacrificad, pues, vuestro honor y vuestra vida por semejantes pasiones! añadí indignada.

—¡Ah! señora, repuso Rosalía, os juro que la amaba sinceramente, jamás se quejó ella de su fidelidad; pero ¡qué quereis! no está ya en este mundo, y creo que Mr. Alfonso tiene necesidad de amar; ¡es tan amable y de una figura tan hermosa! ¡Ah! ¡si vos le hubiérais visto con su uniforme, como yo le ví un dia que volvía de una parada!

—No quiero verlo ni conocerlo, le interrumpí; haced de manera, mi querida Rosalía, que no piense mas en mí, y que su presuncion no pueda sacar ningun partido de mi galanteria. Si esta correspondencia fuese conocida, no dejarían de desfigurar la causa, y tendria muchos disgustos; y vos lo sentirías ¿no es verdad? Pues bien; procurad evitármelos.

Rosalía me prometió morir antes que decir nada al inconstante Alfonso, si como ella pre-

sumia volvía á Paris el invierno próximo. Convinimos en lo que debía decirle, en el caso en que le preguntase por mí y nos decidimos por una mentira muy inocente, que le impediría cualquiera investigacion; Rosalia debía decirle que yo habia partido para el Mediodia de Francia, donde mi marido tenia una posesion que debíamos habitar por algunos años.

Sin embargo, todos los correos recibia una carta llena de remordimientos por su amor y de reproches por mi silencio: imprecaciones sobre mi cruel piedad: súplicas, amenazas de desobedecerme, de venir á batirse con el marido de Emelina, de arrancarle su hijo y huir con él á los desiertos de América.

“Por último, decia, si cesais de ser mi guia, si me despreciais hasta el punto de negarme los consejos y la compasion que merezco, no hay lucura que no sea capaz de cometer.”

El temor de verle entregarse á las estiavagancias mas culpables, me hizo romper la promesa que habia hecho de no volver á escribirle. El peligro de la situacion en que la inconsecuencia de un buen corazon me ponia, se me presentó de repente y tomé uno de esos partidos desesperados, á los que las mujeres recurren muy raras veces, y cuyo efecto es seguro. Dije la verdad, toda la verdad.

#### IV.

A Mr. Alfonso de...

“Caballero, si es verdad que os he salvado de la desesperacion, que mi palabra tenga en vos algun imperio, no me castigueis por haber faltado á la prudencia para separaros de un crimen. Si, un crimen, porque no merece otro nombre la venganza que meditábais, y con la que os atreveis todavia á amenazarnos. Comprometer la existencia de este pobre niño: manchar indignamente la memoria de su madre! No, sois incapaz de una accion tan malvada, os debeis demasiado á vos mismo. No quebrantareis jamás la promesa que me habeis hecho de no tratar de conocerme. Dejareis de atormentar mi conciencia y aun mi vida. Porque podeis destruir el reposo de mi marido, el ser que mas amo en el mundo. Si supiese las consecuencias de mi complacencia para con Rosalia, me acusaria de haber animado vuestras inconstantes confesiones, y esta injusticia me causaria la desesperacion. En nombre de esta desgraciada Emelina, que os amaba tanto, olvidadme, no me escribais mas. Este sacrificio, por insignificante que sea, os dará derecho á mi amistad y á mi reconocimiento.”

Después de haber enviado esta carta á Rosalia, me sentí mas tranquila; pero esperaba con impaciencia la hora en que Mr. de P... venia todas las tardes para enseñarle la prueba de su habilidad en predecir los acontecimientos, y para decirle lo que habia respondido. Estaba muy satisfecha, con probarle que no habia tenido necesidad de consultarle para quitar á

ese Alfonso la esperanza de ser escuchado favorablemente. No adelanté nada en la opinion de Mr. de P... Pretendia que este apresuramiento se asemejaba al valor de los cobardes.

—Será todo lo que querais, le respondí, pero no oiré hablar mas de este misterioso personaje, que es lo que quiero.

—¿De verdad?

—Sí.

—Me sorprende, replicó Mr. de P... porque sus cartas eran encantadoras y os distraian bastante.

—No lo niego, esta aventura me causó mucho interés, pero vuestra maldita prediccion ha destruido el encanto. Teneis una esperiencia desconsoladora para los corazones impresionables, y el dia en que me predijisteis lo que me sucede, se apoderó de mi tal miedo, que escribí domináuá por este fantasma. La violencia se revelaba en cada línea; y no me sorprenderá que este estilo forzado haya hecho suponer *al hermoso desconocido*, que hacia grandes esfuerzos para ocultarle mi naciente pasion. Toda la culpa es vuestra.

—Eso es muy violento, contestó monsieur de P... riendo estrepitosamente. ¿Cómo? De confidente quereis pasarme á cómplice. ¡Ah! No puedo aceptar este nuevo empleo; vos sola sois la culpable. Si hubiérais empleado menos gracia y menos talento para consolar, ese desgraciado no os hubiera hecho heredar tan pronto á la difunta; pero la empresa era digna de vos,

y debíais ensayar vuestras fuerzas. Ahora la línea de vuestra conducta está trazada: ó este jóven os es completamente indiferente, y lejos de tomar su declaracion por lo sério os reís de ella, ó lo que sabeis os parece peligroso y combatiereis la seduccion con las armas de la prudencia. De todas maneras estoy seguro que saldreis con honor.

— Así lo espero, respondí, pero hubiera preferido no tener ese triunfo. Despues añadí en voz baja: Los celosos tienen siempre razon, amigo mio.

— ¡Ah! Convenis en que sus precauciones no son inútiles.

— Lo mismo que su tiranía, porque las mujeres nacidas para ser galantes se libran sin trabajo, y las que una imprudencia puede comprometer están garantidas por el temor de una escena de celos. El corazon de las mujeres es muy inconsecuente: siempre se le hace un favor cautivándole de una manera ó de otra. Por ejemplo, yo no tengo mucho mérito por permanecer fiel á mi marido; vos le conoceis y sabeis si hay un hombre mas amable y mas á mi gusto que él. Pues bien, su recuerdo, por presente que lo tenga, no me impide estar preocupada con este Alfonso, que no conozco, que puede ser muerto en la primera batalla, y que ama porque su corazon está viudo. Le he prohibido escribirme y echo de menos sus cartas; le he mandado que me olvide y estoy segura de que no veré dos charreteras sin acordarme

de él. Por último, me he formado una idea de su figura... hasta le he adornado de un sentimiento imposible, de un amor desinteresado que podía vivir con la ausencia y las privaciones; me figuro un ángel en mis sueños. En esto hay algo de locura, y ved lo que no hubiera conocido bajo la influencia de un celoso que prohíbe pensar y escribir.

—Y también lo que una mujer honrada puede confesar, respondió M. de P... estrechándome la mano con efusión paternal. Un alma tan pura y tan sincera puede abandonarse sin temor á sus inspiraciones, que serán siempre hijas de una conciencia tranquila.

Procuraba creer en esta nueva predicción. Sin embargo, para mayor seguridad me consideré á mis propios ojos culpable. En esto me imponía más severos deberes: el primero debía ser confesar á M... lo que habia pasado entre Alfonso y yo. Me prometí cumplir con él tan pronto como volviese de Chambery. Una vez bajo la protección de mi marido, creí estar á cubierto de cualquier sospecha y cualquier inquietud.

La llegada de M... se retardó todavía un mes, durante el que solo recibí esta carta de Alfonso:

«Había esperado demasiado de vuestra bondad; sin embargo, solo os pedia que me permitiéseis adoraros como á un ser divino que oye nuestras oraciones, nuestras quejas, nuestros deseos, sin revelárenos más que por el amor

que inspira. Vos no lo quereis. Una fútil consideracion me arrebató mi felicidad, mi vida. ¡Ah! ¿por qué me habeis consolado en mi dolor, si debiais hacerme mil veces más desgraciado? No tenia en el mundo más que á vos; erais mi Providencia; os asociaba á todas mis acciones seguro de no hacer nada vituperable mientras nuestros recuerdos, ó más bien, vuestra presencia me protegiese; porque siempre estábais á mi lado, y si mañana muero en el campo de batalla, recibireis mi último suspiro, que llegará á vos, á pesar vuestro; y os lo aseguro, aun cuando huyésemos á los extremos de la tierra, sentiriais alguna tristeza en el momento que se estinguiese este corazon, que solo late por vos.

“Pero tanto amor no puede existir sin una secreta simpatía; y os lo digo, sin orgullo, sin tonta presuncion, si la muerte no nos separase me hubiérais amado; porque nadie en el mundo, os amará tanto como yo. Esta creencia justifica todo el mal que me haceis. Adios, me sacrifico por vuestro reposo, no oireis mas hablar de mí: habré sido en vuestra existencia un sueño doloroso; pero siempre sereis mi único pensamiento, mi religion, mi única esperanza. Vuestras penas y vuestros placeres me serán conocidos. De cerca ó de lejos velaré por vos para defenderos ó consolaros á la menor señal. En fin, sabreis que existe un alma amante, que solo desea vuestra felicidad en cambio de su sufrimiento.

Alfonso de...

Esta repuesta era tal como la habia deseado; Alfonso consentía en no escribirme mas; la delicadeza de su conducta disipaba todos mis temores, y sin embargo, nada habia turbado tanto mi espíritu.

V.

El invierno empezaba: un gran número de oficiales del ejército habian obtenido licencia para venir á París: se les reconocia en todos los parajes públicos por su actitud belicosa y por ese aire confiado que da la victoria, y sobre todo por los obsequios y atenciones de que eran objeto, ¿Lo confesaré? Cuando alguno se hacia notar por su superioridad, el recuerdo de Alfonso me causaba un sueño novelesco. Las conjeturas que hacia me causaban la esperanza ó el temor de reconocerle; muchas veces me entristecia al ver destruida por una sola palabra la ilusion de una semana; era victima de una multitud de impresiones contrarias que debian hacerme aparecer como una mujer animada por una violenta pasion.

Una noche, estando en la comedia francesa en uno de los primeros palcos que están cerca del balcon, observé que un hombre tenia los ojos fijos en mí, y que no los separaba aun cuando estuviese en escena Talma. “Es él”, pensaba yo, porque su fisonomia y su aspecto favorecian la suposicion: atreviéndome apenas á dirigir á este joven alguna mirada y afectando

indiferencia, permanecí durante el primer acto de tal modo preocupada, que me fué imposible dar mi opinion sobre la tragedia ni sobre los actores, á las personas que vinieron á verme en el entreacto; la curiosidad ó la impaciencia no me permitian tomar parte en la conversacion; me quejé de un fuerte dolor de cabeza y me dejaron descansar. Pero procurando libramme de las miradas que me oprimian, no perdía ninguno de los movimientos de este singular observador. De repente ví que saludaba á alguno de los que estaban en mi palco, me volví y ví que el general S... le devolvía su saludo.

— ¡Ah! ¿le conoceis? dije al general.

— A quién? repuso haciéndome notar mi torpeza.

— A ese elegante jóven... que os saluda.

— Sin duda que le conozco. Es uno de nuestros mas valientes oficiales, y ayudante de campo de M... Nada le falta cuando estamos en campaña; las mujeres se vuelven locas por él.

— Lo que quiere decir, que es bastante presumido.

— No, conozco que otros lo serian mas en su lugar, porque si se ha de creer cierta aventura... Pero no debo ser menos discreto que él, añadió sonriendo el general, y me callo.

— ¡Qué os importa contar una aventura de una persona, cuyo nombre ignoro?

— ¡Ah! muy pronto sabriais el de todos los

actores que figuran en este gran drama, y probablemente, él se alegraría mucho de contaroslo; pero es un derecho que le pertenece. ¿Quereis que os lo presente?

—No, los héroes de novela me causan miedo.

—Este, no es un adonis, aun cuando tenga mucho partido y algunas se mueran por él.

—¿Qué se mueran por él? repetí, tan afectada que no pude proseguir.

—Si, el amor que inspira arrastra hasta ese extremo. Es posible, que figurase tambien en la aventura un poco de tisis, contestó el general entusiasmado con este chiste.

—¿Y cómo se llama ese hombre tan temible?

—Cárlos de V... Vuelve del ejército, y creo que oireis hablar de él este invierno. Las mujeres son tan amables con él, que tienen muchas desgracias que reprocharse!

En este momento se rompió el velo y seguí soñando.

Era posible que Alfonso fuese un nombre convencional entre Emelina y él; podia asegurarme preguntando á Rosalia, venciendo el escrúpulo del general, y obligándole á decir todo lo que sabia sobre el ayudante de campo de Mr. M... Un sentimiento de honor me detuvo; habia prohibido toda pregunta sobre mí, y debia ser tambien discreta por otro; además estaba demasiado turbada, con lo poco que acababa de saber, para intentar preguntar mas.

A la salida del teatro, Mr. Cárlos de V. se colocó detrás de una columna del vestibulo,

como si hubiera querido ocultarse para mirarme: el general lo descubrió y se dirigió hacia él. Adiviné que hablaban de mí, y que desechara la proposición que le hacían de presentarme. Esta negativa no me dejó ninguna duda, y entré en mi casa, con la firme resolución de no salir en muchos días, para evitar el encuentro de Alfonso.

A los dos días vino á visitarme Mad. Z., mujer de un general polaco. Era amable y espiritual; pero apasionada por los placeres y extravagancias del mundo. Conociendo todas las intrigas, protegiendo ó vituperando los amores honrados y las debilidades, su vida se componía de las personas que conocía y el interés que tomaba en sus aventuras la hacía indiferente al suyo propio. Su conversacion, muy entretenida, para las personas desocupadas, era el terror de las que tenían algun secreto por inocente que fuese, porque lo adivinaba, ó suponía otro, lo que tenía muchos inconvenientes. Su imaginacion era muy novelesca.

— ¡Dios mio! ¿Estais enferma? me dijo al entrar. No habeis ido ayer á casa de Mad. de Z... y estais pálida; sin embargo venia con la esperanza de llevaros á la ópera. Tengo el palco del ministro de la Guerra.

Y viéndome Mad. Z... poco dispuesta á obedecerla, añadió:

— Todavía es temprano: llegaremos para el baile. De aquí al teatro tendremos tiempo de hablar. ¡Se os encuentra tan pocas veces sola!

En este momento anunciaron á monsieur de P...

—¡Maldito importuno! exclamó madame Z...; se diría que vuestro marido le ha encargado de vigilaros durante su ausencia; pero no importa: lo que tengo que deciros puede oírlo sin que entienda nada.

No sé por qué, este preámbulo me inquietó. Dirigí la palabra á Mr. de P..., con la esperanza de mudar de conversacion; pero Mad. de Z..., que no perdía de vista su objeto, me preguntó si no habia visto la noche pasada á un elegante jóven que estaba en el balcon, á poca distancia de mi palco.

Esta pregunta me hizo enrojecer, y Mr. de P... se puso á sonreír con un aire maligno que acabó de desconcertarme.

—¡Oh! le habreis observado, añadió Mad. Z... viendo que dudaba en responder. Las adoraciones no se nos escapan nunca; seriais la única persona á quien la constancia en no mirar mas que á vos no hubiera chocado. ¿Sabeis quién es?

—Si; respondí con viveza. Es un ayudante de campo de M..., segun me ha dicho el general S...

Al decir estas palabras descubrí en el semblante de Mr. de P... la mas viva curiosidad.

—Pues bien: ¿sabeis que padece una profunda melancolía despues de la muerte de esa desgraciada jóven, que amaba tanto? Se presume generalmente que hay en su dolor algun

remordimiento. Pero en fin, M... dice que no ha visto otro semejante; las mas hermosas mujeres de Italia no podian distraerle, y desde un mes que hace que está aquí, la misma Mad. de C... ha perdido su coquetería.

Despues dirigiéndose hácia mí, dijo: Conoceis muy bien, querida mia, que todos desean saber á quién reserva el triunfo de su eterna pena este hermoso desesperado; ¿y adivinareis las murmuraciones á que ha dado lugar su perseverancia en miraros la otra noche?

—¿Alguna otra nueva habladuria? exclamé. En este siglo la oscuridad no sirve de nada: se vive léjos del ruido, de los acotecimientos que agitan al mundo, y sin embargo, no se está al abrigo de la maledicencia.

—No os enfadeis, repuso Mad. Z...; no hay nada ofensivo para vos. Se ha embromado primero sobre la fragilidad de los dolores inconsolables, asuntos muy esplotado desde el tiempo de la matrona de Efeso. Los hombres han sostenido que habia mucha fatuidad en el dolor que manifestaba, y el pobre Cárlos era generalmente condenado cuando el coronel B... ha tomado su defensa. Antes de acusarle de factuidad y de inconstancia, ha dicho, es preciso saber que aquella señora tiene mucho parecido con Mad. N...; y que estaba la otra noche vestida de la misma manera que se vestia generalmente Mad. de N... El pobre Cárlos sorprendido con esta semejanza, no ha podido separar sus ojos de ella. Es posible que esto sea incon-

veniente; pero confesareis que nada prueba mejor el poder y la fidelidad de los recuerdos.

— ¡ *La chute en es jolie, amoureuse: admirables!* dijo Mr. de P... que siempre asociaba á Moliere á sus malignas reflexiones.

Yo terminé en voz baja la cita: porque el amor propio menos susceptible se hubiera irritado reconociendo que se habia dejado engañar voluntariamente. Sin embargo, quise ocultar á Mr. de P... el despecho que me dominaba, y aprovechando el ofrecimiento de Mad. Z... salí con ella para la Opera.

## VI.

— Esta es una pequeña mistificacion que me será util: no me empeñaré en reconocer á alguno que no he visto nunca, y que probablemente no piensa mas en mí.

Esta última idea me oprimió el corazon: conocí que perdiendo el deseo ó la esperanza de encontrar á Alfonso en el mundo, solo hallaria en él, fastidio. El misterio que reinaba entre nosotros me dominaba poco en la soledad; entonces verdaderos sentimientos, asuntos graves ocupaban mi pensamiento; pero así que estaba rodeada de personas indiferentes en medio de los que se llaman placeres de Paris, el recuerdo de mi novelesca situacion se apoderaba de mí, y relacionaba con ella los sucesos mas insignificantes: en fin, este misterio era mi vida en los momentos perdidos, porque así

pueden llamarse los que se dedican al mundo. En la Opera me apercibí del vacío que dejaba la pérdida de una ilusión dulce y agradable. Todo me parecía insípido. El espectáculo y los espectadores, sin embargo, eran muchos y á cada momento descubría á algun nuevo recién-venido del ejército, sin que se me ocurriese preguntar su nombre. ¡Cuán descontenta estaba de mí misma, viéndome devorada por el fastidio! ¡cuánto me reprochaba haberme interesado tanto por un fantasma!

Rosalía acababa de partir para el Delfinado con sus nuevos señores: no tenia, pues, ocasión de oír hablar de Alfonso, mas que cuando M. de P... me repetia de nuevo:

—¡Es sorprendente! ¡su obediencia me cho-  
ca! ¡no es natural!

Y yo tenia que enfadarme con su asombro; M. de P... no dejaba de hacer sobre este asunto las suposiciones mas alarmantes.

—Pobre jóven! decia, ha muerto sin duda alguna! Las victorias de este general son mortíferas.

Yo palidecia. Entonces, procurando consolarme de una idea tan triste, añadia:

—¿Y si su silencio tuviese por objeto dejá-  
roslo suponer?... ¿no sería esto mal hecho? ¿Qué  
decís?

—Digo que ha leído mi carta, que ha visto que le pedia francamente que me dejase tranquila, y que me obedece.

—La mujer mas verídica puede mentir en

materias de amor! exclamó Mr. de P.... Os pido perdon, pero vos no pensais una palabra de esto.

—Es posible, le respondí riendo; ¿se puede saber jamás lo que yo pienso? Y mudé de conversacion.

La ausencia de mi marido me servia de pretesto para no ir á la mayor parte de los bailes que se daban en aquel invierno para celebrar nuestras victorias; pero se hablaba de una fiesta que debia darse en casa del ministro de la Guerra, de un *vaudeville* de actualidad representado en preseneia del primer consul y de toda su corte militar; debia ser una fiesta magnífica; las mas hermosas mujeres de Paris estaban invitadas, y M. D..., que fué despues ministro y que me trajo mis billetes, me decidió á ir. Tenia mucha influencia en casa del ministro de la Guerra, y como le habian encargado de hacer los honores del baile, su proteccion era preciosa. Me recomendó que me vistiese con suma elegancia, porque Bonaparte queria resucitar el lujo en Francia, y por esto exigia de sus ministros que dieran bailes.

Confieso no haber puesto nunca tanto cuidado en mi traje; una túnica blanca, bordada de oro, un collar de perlas, un magnífico camafeo en la cabeza; todo esto parecia un tanto teatral, en nuestros dias; pero las mujeres habian adoptado este traje en aquel tiempo, y era bello sin parecer ridículo.

Una de las cosas que chocaron mas en esta

fiesta, fué el número de carruajes, que era tan grande, que nos obligó á estar tres horas en fila; se asegura que muchas personas que salieron de su casa á las diez de la noche, no pudieron entrar en casa del ministro hasta las seis de la mañana, lo que agradó mucho al primer cónsul. Es cierto, que recordando que pocos años antes de esta época, todo el mundo andaba á pié, no se podia creer en una prosperidad tan rápida.

Estaba empezada la representacion de la pieza, cuando llegué, y á pesar del sitio que Mr. D... me habia hecho guardar por uno de sus amigos en la sala en que estaba el teatro, no oí nada de lo que decian los actores; todos se ocupaban del traje de Mad. Bonaparte, en hablar de los hermosos cabellos de su hija y de la agradable figura de su hijo. Varias señoras de generales, sentadas en el lugar en que han estado despues las damas de Palacio, formaban un círculo en el que la elegancia correspondia perfectamente á la riqueza de los uniformes que componian el séquito de vencedor de Italia; era la aurora del Imperio.

Despues de la representacion, cuando pasamos al salon de baile, Mad. de Bonaparte me honró con un saludo, y no fué preciso mas para atraerme las simpatias de todos los cortesanos en agraz, que se apiñaban á su al rededor.

El primer cónsul se detuvo para ver bailar un rigodon que llamaba la atencion general; creí que lo formaban hermosas jóvenes y me

engañé. Un concurrente á las cenas de la duquesa de Polignac, un orador de la Asamblea Constituyente, un desgraciado proscrito salido de los calabozos y vuelto á su patria por derecho de conquista, Alejandro de Lameth, era el objeto de la curiosidad de Bonaparte y de la sociedad. Se contaba que era uno de los mejores bailarines de la difunta corte, y Trenitz le miraba con un desden risible; pero su peluca empolvada, su aire caballeresco conservaban un tinte de antiguo régimen que hacia su efecto en el futuro emperador.

Mientras miraba este rigodon, una voz que me hizo estremecer dijo estas palabras:

—¿Estais bien seguro?

—Sí, respondió un hombre que creí reconocer por haberle encontrado en sociedad. Sí, os digo que es ella.

Levanté los ojos para ver á quién se dirigia este último, y los volví á abajar al momento, porque habia encontrado una de esas miradas que se pueden buscar, pero que no se pueden sostener mucho tiempo.

Solo un momento me habia bastado para observar una fisonomía noble y espresiva y un aire distinguido. ¡Qué diferencia, pensé, entre esta mirada tan penetrante y afectuosa y una mera curiosidad ó una afectacion ofensiva! Y el recuerdo de mi reciente decepción, el juramento que habia hecho de no ver á Alfonso, todo fué olvidado. No sé qué idea se fijó en mi imaginación; ninguno más que él podia mirar-

me con tan tierno interés, como ningun otro podia inspirarme esta confianza que me hubiera hecho dirigirme hácia él como á un antiguo amigo. En fin, sin darme cuenta de lo que pasaba, me encontré cerca de él, y desde entonces no hubo para mí en esta brillante fiesta más que una persona sola.

En vano Mr. D... se obstinaba en querer llevarme á los gabinetes que precedian al salon, para hacerme admirar la magnificencia y buen gusto con que habian sido decorados por nuestros primeros artistas; nada podia arrancarme del sitio en que nos habíamos visto por primera vez; me parecia que no podia alejarme sin *causarle* una pena mortal. ¡Me miraba de una manera á la vez tan triste y tan feliz! Escuchaba con tanta atencion lo que yo respondia á las personas que me dirigian la palabra, y separaba tan rápidamente la vista cuando mis miradas se fijaban en él! ¡Cuánto le agradecia este temor de desagradarme, de molestarme por una observacion demasiado fija!

Sin embargo, deseando la señora, con quien yo habia venido al baile, ver el salon, que llevaba el nombre de Joubert, me ví obligada á acompañarla; las banderas conquistadas por este valiente general, y sus trofeos de armas atados por un crespon negro, eran el único adorno de este salon, en el que no podia entrar-se sin respeto. Este duelo de la gloria, en medio de todo el lujo de las conquistas, ofrecia un contraste conmovedor, y no se podia menos de

estar agradecido al que habia dispuesto que este homenaje á la memoria de un valiente formase parte de la pompa de una fiesta á la victoria.

A pesar de la multitud que llenaba el salon, reinaba un gran silencio, interrumpido solamente por algunos rasgos de la vida del general Joubert ó algunos brillantes hechos de armas, contados por sus compañeros.

— ¡Desgraciado! yo le ví morir, dijo un oficial que nos habia seguido. Era demasiado feliz. Amado de una mujer encantadora y á quien adoraba, querido de sus soldados, cubierto de gloria, la muerte debia hacerle su víctima. Ella no huye mas que del que la busca, añadió con amargura.

Me pareció que estas últimas palabras se dirigian á mí. Respondí á ellas casi sin quererlo, diciendo á Mr. D...: ¡Cuánto compadezco á esta desgraciada mujer! ¡Perder tan jóven la felicidad de ser amada! ¡Amada de un hombre tan valiente...! No pude decir mas, el fuego que brilló en los ojos de este oficial, que ya se habrá reconocido, me hizo temer haber hecho demasiado, y pretestando la tristeza que me inspiraba este doloroso espectáculo, obligué á Mad. L... á volver al baile.

## VII.

Bailaba bastante bien, gozaba con esta insignificantante habilidad que no es del todo indi-

ferente, cuando creemos que nos miran. Sin embargo, la linda madama B... atraia con más justo título la admiracion general. Creí ver que el que yo llamaba Alfonso miraba con mucho placer al hermoso rostro de Mad. B... y su elegante talle. El despecho se apoderó de mí, y dejándome dominar por uno de esos arrebatos femeninos de que siempre nos arrepentimos, dije á mi pareja de manera que sclo él lo oyese y la persona que estaba á nuestro lado:

—¿Concebís que con tanta belleza, gracia y juventud se haya casado con un mónstruo, solo por el dinero?

La observacion produjo todo el efecto que esperaba, pero era más que maligna; y temiendo que diese una mala idea de mi corazón, dijo en seguida:

—Además, cuando se trata de socorrer á su madre, se debe una casar con el primero que se presente.

Habia en esta frase cierta espresion de arrepentimiento que hizo sonreir al oficial: vi que me habia comprendido, y traduje su sonrisa por estas palabras:

—¿Teneis acaso necesidad de justificaros? ¿No sé que vuestro corazon es bueno?

Casi en el mismo instante uno de sus amigos vino á proponerla un rigodon é invitar á Mad. B...

—No bailo más, respondió; y su rostro se cubrió de un velo de tristeza. La que se mani-

festó al momento en mis ojos debió probarle que le habia comprendido.

Terminada la contradanza, fui á sentarme al lado de Mad. Z...; esta hablaba con el conde de Cobentzel, cuya conversacion me pareció muy agradable; tenia una franqueza tan singular que contrastaba singularmente con su colosal estatura. Se preciaba de adivinar los pensamientos de las mujeres. En esto cifraba su orgullo y lo sublime de su diplomacia. Mad. Z... afirmaba que nunca se habia equivocado, y me instó para hacer la prueba. Entonces, el galante embajador me dijo que estaba bajo el imperio de una naciente pasion que aniquilaria mi corazon y mi vida. Esta broma, porque no podia ser otra cosa, me causó un terror inexplicable. Apenas respiraba.

Mr. de Cobentzel lo notó; Mad. Z... sonrió, y los dos se convencieron de la verdad del oráculo.

Me dominaba una gran turbacion que me hizo cometer mil torpezas: la mas notable fué olvidar mi chal en el sitio en que me habia sentado, porque me lo trajo la misma persona que empezaba à temer, y me ví obligada á darle las gracias de una manera que declaraba mi pensamiento. Sin duda alguna esta visible turbacionle animó, porque sentí que su mano estrechaba la mia á través de los pliegues del chal que me entregaba. La impresion que experimentaba, fuese razon ú orgullo, me heló y

me alejé, saludando de una manera fria y digna, de este Alfonso que no habia cometido otro delito que haber ocupado mi pensamiento todo el tiempo que habia durado la fiesta.

### VIII.

He creido siempre que la desconfianza de si mismo era el ángel guardian de las mujeres. Tambien queriendo de buena fé poner fin á la preocupacion que me dominaba, me determiné á confiar todo á mi marido; y á los dos dias siguientes á su vuelta á París, le entregué las cartas de Alfonso. M. de P... confirmó la exactitud de mi narracion, reprendiéndome por haber entregado el secreto de otro á M... Esto no era muy caritativo, convengo en ello: pero hay ocasiones en que un pequeño mal salva de otros mayores, y mi prudencia habia elegido.

No fué sin una viva pena, que puse un obstáculo invencible entre el fantasma y yo. Para ciertas almas hay más virtud en huir de una idea que de una persona.

La primavera de este año vió empezar la campaña de Marengo; esta campaña terminada por tan hermoso triunfo. Una gran parte de los oficiales que habian conquistado la gloria obtuvo permiso para acompañar á Bonaparte á París y venir á compartir las aclamaciones que les esperaban. Creia que Alfonso seria de este número; pero era probable que fue-

se enviado por esta época al ejército de Moreau. Me lo hizo suponer lo siguiente:

Recibí en el día de mi santo, en el mes de octubre, un ramillete de flores artificiales de tal belleza, que no quedaba ninguna duda sobre la florista que lo habia hecho.

Mad. Roux, parienta del general S..., igualaba entonces la perfeccion alcanzada despues por M. Baton; no tenia rival en su arte. Mad. Bonaparte la habia hecho de moda, y la empleaba tan bien, que le quedaba muy poco tiempo para servir al público. El adorno, compuesto de rosas y de claveles, me habia sido remitido con otros presentes que mi familia ó mis amigos tenian costumbre de remitirme este dia; y lo atribuí á Mad. H..., cuya elegancia podia hacerme sospechar de ella; pero se defendió. No pudiendo entonces descubrir al culpable, me acordé de Alfonso... Apenas tuve esta sospecha fui á casa de Mad. Roux; á fuerza de preguntas, supe que una carta, echada en el ejército de Alemania, contenía el pedido de un adorno de rosas y de claveles, que debia llevarse el 4 de octubre á casa de Mad... y cuyo precio seria abonado por M. Per..., banquero. Esta carta no contenia una sola palabra que pudiese descubrir á su autor. Hubiera deseado ver la letra: pero no la habia conservado.

Mi marido tenia muchos amigos en el ejército del Rhin, y creyó que era un recuerdo de alguno de ellos; yo me esforzaba en creerlo tambien: sin embargo, no me habia atrevido

todavía á ponerme estas flores, que consideraba como un emblema.

En fin, el día en que se supo en París la batalla de Hohenlinden, creí deber llevar esta linda corona en honor del que había sin duda alguna combatido gloriosamente aquel día.

Comimos en casa del general S... con varios distinguidos oficiales del ejército de Italia, y algunos notables artistas, entre los que se encontraba Talma. En medio de esta comida, amenizada por la noticia de tan grande victoria, un oficial amigo del general llegó del palacio de las Tullerías. Su entristecido aspecto contrastaba con las alegres caras de los que se encontraban allí; le hicieron cargos por ello.

—¡Ah! respondió. esta gran victoria me cuesta demasiado para alegrarme como vosotros; L... M... R... y otros muchos han muerto en ella; ya sabéis cuan amigo mio era este desgraciado L... y si le amaba...

Su afliccion le impidió continuar. Todos, conmovidos con el dolor del coronel B... le preguntaron los detalles de esta grande accion; lo sabia del mismo primer cónsul, que no había atenuado nuestras pérdidas, ponderando mucho el resultado de este magnífico hecho de armas.

Durante la narracion del coronel, fuí presa de un terror súbito. Me encontraba mal; la sombra de Alfonso se me había aparecido, con el corazon atravesado con una bala, sus moribundas miradas fijas en mí; había muerto,

estaba cierto de ello; ¡creía oír su último suspiro y ese adiós, que debía llegar hasta mí en cualquier parte que estuviese! Un remordimiento me oprimía, y hubiera sucumbido á este violento estado, si las lágrimas no me hubieran aliviado.

Una parienta del general, viéndome sufrir de esta manera, me propuso pasar al salón; allí, libres de testigos, me abandoné á un dolor que rayaba en delirio; tenía una fiebre abrasadora. Mr. Vitet, célebre médico de Lyon, que era de los convidados, vino en mi socorro, y dispuso que me llevasen á mi casa. Esta fiebre durante la que estuve sin cesar, perseguida por la misma aparición, se convirtió en inflamatoria; estuve en grave peligro; me sangraron dos veces, y cuando no tuve fuerzas para pensar, volví á la vida.

Después de esta época, nunca he vuelto á oír hablar de Alfonso. Nadie me ha dado idea de quien pudiera ser: no he vuelto á encontrar al que yo había dado este nombre en el baile del ministro de la Guerra. Todo ha confirmado mi funesto presentimiento.

¡Sin embargo, si Alfonso no hubiese muerto; si retirado en algún rincón de Francia, rodeado de sus hijos, de su mujer, á los que probablemente habría contado sus locuras de joven leyese este episodio de mi vida! ¡Qué pensaría!..... ¡Ay de mí! ¿qué me importa?...

Probablemente diría á su hija: Ya ves, querida niña, hasta dónde puede conducir el deli-

rio de una imaginacion demasiado viva, un corazon imprudente... ;Qué leccion!...

## LA PROVIDENCIA DE FAMILIA

### I.

La ciencia de ser feliz es sin contradiccion la primera de todas; y siempre he buscado con esta una profesora. Son por punto general, amables y filósofos, porque nada hace agitada de la vida como el feliz éxito. Pero si la fortuna hace mucho por ellas, la razón no hace menos; es ella quien les enseña el verdadero uso que debe hacerse de la suerte, y quien les advierte el trabajo que cuesta conservar los bienes que á la fortuna agitada tanto le-partir. Esta rara ciencia, cuya resignacion he tenido, era la única passion de una mujer que acababa de morir sin dejar otra opinion mas que la de una buena madre de familia, como hay muchas, y de una mujer espiritual en la intimidad; lo que hace amigos y nunca adores; de esta manera nunca hubiera sabido lo que ella valia, á no ser por la casualidad, que



## LA PROVIDENCIA DE FAMILIA

### I.

La ciencia de ser feliz es sin contradicción la primera de todas; y siempre he buscado con afán sus profesores. Son por punto general, amables y filósofos, porque nada hace agradable la vida como el feliz éxito. Pero si la fortuna hace mucho por ellos, la razón no hace menos; es ella quien les enseña el verdadero uso que debe hacerse de la suerte, y quien les advierte el trabajo que cuesta conservar los bienes que á la fortuna agrada tanto repartir. Esta rara ciencia, cuya resignación he tenido, era la única pasión de una mujer que acababa de morir sin dejar otra opinión mas que la de una buena madre de familia, como hay muchas, y de una mujer espiritual en la intimidad; lo que hace amigos y nunca adoradores; de esta manera nunca hubiera sabido lo que ella valía, á no ser por la casualidad, que

me colocó entre sus amigas íntimas, y que me hizo testigo de lo que había oído contar.

— Querida mia, no llores de esa manera, decía Mad. Vandermont á su hija: si te ama verdaderamente, sabrá vencer los obstáculos que se oponen á vuestra felicidad; es rico y tiene una posicion hermosa; y por lo tanto, independiente de su familia; y si abriga hácia tí un amor verdadero, tu modesto dote y la pretendida oposicion de sus padres hácia ese matrimonio no le impedirán que cumpla su palabra.

— ¡Oh! estoy segura, madre mia, de que no es nuestra escasa fortuna lo que le detiene, respondió Angelita; su alma es demasiado generosa para dejarse guiar por un cálculo interesado; pero su madre hace mucho tiempo que tiene formado el proyecto de casarle con una de sus sobrinas; es, segun me repite amenudo, una decision tan inquebrantable, cuanto que él mismo le habia prometido ceder antes de conocerme; y su corazon es tan bueno, que no se atreve á hacer nada que pueda afligir á su madre. Juzgad vos misma si soy yo quien puede reprenderle, añadió ella arrojándose al cuello de Mad. Vandermont; yo, que moriria antes que causaros el menor disgusto.

— Y sin embargo, me causas uno muy vivo en este momento, querida Angelita: el temor de ver aumentarse tu pena es el que me obliga á hablarte sobre tu situacion presente. Cuando nuestro anciano amigo Mr. de Bre-court, me presentó al señor conde Amadeo de

Vilneuse, le hice con este motivo todas las observaciones que debian sugerirme la prudencia maternal; rodeada como estoy de jóvenes (porque considero á tus primas como á hijas) un fátuo, un emprendedor de aventuras, ó uno de esos egoistas que, aunque respetando el honor de una jóven, se divierten en hacerse amar y turbar su reposo para siempre, debia ser igualmente funesto á mi familia, y estaba decidida á librarme de él no admitiendo en mi casa más que á jóvenes conocidos de mis amigos. Dije ademá3 á Mr. Brecourt que no solamente no recibiria más que personas bien educadas, sino que, deseando evitar á mi hija la desgracia de una inclinacion contrariada, no queria admitir en nuestra intimidad á ninguno de esos ricos herederos, de los que sus padres han dispuesto anteriormente, y para los que exigen ricos dotes, iguales á su fortuna. A todo esto me contestó Mr. de Brecourt, que podia estar tranquila sobre la conducta de Mr. de Vilneuse; me aseguró además que Amadeo solo dependia de su madre, cuya debilidad para con él era estremada, y que no se opondria por su parte á ninguno de sus deseos. Me citó entonces varios hechos, que no me dejaron ninguna duda del dominio que tenia Mr. de Vilneuse sobre su madre.

—¿Cómo? ¿me engaña, pues? repuso Angelita con la espresion mas dolorosa.

—No del todo, hija mia, porque hay siempre algo verdadero en el amor que inspira un

ángel como tú; pero la vanidad de un nombre, el deseo de aumentar su fortuna, combaten contra este amor; se piensa en el mundo, en la necesidad que el orgullo crea de sostener una posición muchas veces superior à sus facultades, y se cree obrar prudentemente, sacrificando su propio corazón y la felicidad de la persona que se ama á estas mezquinas consideraciones. Siempre hay un fondo de conciencia en las malas acciones que se cometen; se pretende ser razonable, porque sé es cruel: Amadeo conoce su corazón probablemente, sabe que no es capaz de una pasión duradera, y que una vez extinguido el amor, se arrepentirá de su sacrificio; no quiere reprocharte por él algún día. Esto no es noble, lo sé, mi pobre Angelita; pero ¡qué quieres! el mundo es así; á excepción de un corto número, para no ser engañado, solo se debe amar á las personas á quienes se puede ser útil.

—Así, pues, no tengo ya esperanza, dijo Angelita sofocando sus lágrimas.

Mad. Vandermont la estrechó entre sus brazos y reanimó su valor, con todos los medios que tiene el cariño de una madre. Después de haberla escuchado llorando, Angelita volvió á su habitación con el corazón menos triste, porque sin preveer ningún suceso feliz, veía en la tranquilidad de su madre la prueba de que su felicidad no peligraba para siempre.

Esta conversación tenía lugar en un modesto cuarto de la Chaussée d'Antin, en el que

Mad. Vandermont vivia con su hija mayor, su yerno, sus dos hijos y su hija Angelita; habitacion muy diferente de la que tenia en su vida de marido, cuando habitaba solo, una de las mas elegantes casas de Paris, y en la que reunia tantas personas distinguidas. Vandermont tenia tambien un hijo que, careciendo de dinero para prestar una fianza y seguir la carrera de su padre, se habia visto obligado á entrar en el ejército, teniendo la esperanza de distinguirse algun dia; pero ¡cuántas fatigas y cuánto tiempo era preciso pasar antes que llegara á un grado superior!

A pesar de su valor para soportar las desgracias que reducian su módica renta á lo estrictamente necesario; á pesar de la dignidad de su caracter que no le permitia quejarse jamás de las mas crueles privaciones, para una persona acostumbrada al bienestar de una espléndida existencia, Mad. Vandermont habia pasado cerca de tres años bajo el peso de una muda tristeza que habia inquietado á su familia. En fin, fuese que su salud mejorase ó que su piadosa filosofía hubiese triunfado de sus penas, sus hijos veian que se reanimaba mas cada dia; su alegria la animaba de nuevo, y como ella era el alma de todo lo que la rodeaba, su vuelta á una vida menos triste habia hecho suceder la felicidad á la pena en su familia, sin que ningun cambio feliz hubiera producido la menor variacion en su fortuna.

— Es obra del tiempo, decia Mad. de Gene-

ville á su marido. Mi madre debia sucumbir á su nueva situacion ó dominarla alegremente; además, habiendo vivido siempre para sus hijos, la idea de vernos arruinados, habia dominado su energia. Creyó que nos desanimariamos; pero despues que ha visto que esta modesta vida nos agrada, que gracias al estudio de las artes y á los verdaderos amigos que hemos conservado, pasamos todavia dias muy agradables en nuestro pequeño retiro, ha tomado su partido sobre lo pasado, y si el porvenir de Angelita estuviera asegurado se encontraria probablemente mas feliz, que en el tiempo en que su fortuna la obligaba á hacer tantos gastos para los indiferentes.

—¡Ah! si pudiese solamente obtener la plaza que solicito en la administracion, respondió Mr. de Geneville, esto bastaria para nuestros gastos particulares, y tu madre podria consagrar una parte de su modesta renta á recibir algunas personas y á presentar á Angelita en el mundo; porque no sirve ser linda y buena, es preciso que se sepa. El inconveniente de vivir asi retirada en el interior de su familia, és que el primer jóven que es admitido en ella, trastorna generalmente la cabeza á todas las jóvenes de la casa. Si esta especie de sultan sin rival, que probablemente no hubiera sido notado entre otros, es casi siempre objeto de una pasion novelesca, tenemos la prueba delante de los ojos: Angelita ama á Amadeo porque no conoce á otro.

—¿Olvidais, amigo mio, al jóven Isidoro d'Eleive? es sin embargo muy amable, y os confieso que yo en lugar de Angelita prefiriria su caracter nsblo y orgulloso, su talento ingenioso y profundo á todas las brillantes ventajas de Mr. de Vilneuse.

—Será cierto, pero Amadeo tiene una posicion en el mundo, en tanto que el pobre Isidoro...

—Hará la suya, interrumpió Mad. de Geneville. Es de las pocas personas que tienen ideas y lo que es mas la actividad que debe hacerlas valer; ya vereis que adelantará mucho.

—Asi lo deseo, pero entre tanto camina por la sombra, y como no ha pensado en agradar á vuestra hermana, no es posible que tenga sobre ella la menor influencia.

—Pero sí quisiese la tendria.

—Y ¿consentiría vuestra madre en dar á su hija á un hombre de veinte y cuatro años, sin posicion en la sociedad, sin otro medio de subsistencia que su presunta industria? Convenid, mi querida Matilde, en que seria una locura imperdonable. Pero yo querria poderla combatir, porque el amor de Mr. de Vilneuse no me parece que es tal como debia ser. Algunas veces me dan impulsos de ir á preguntar á su madre si verdaderamente es ella la que se opone.

—Seria un paso muy imprudente: Amadeo se ofenderia; Dios sabe hasta dónde iria su resentimiento; y si os batiéseis, ya comprendeis el mal que resultaría para Angelita. Re-

nunciad, querido Alfredo, á esta idea; cuando vuelva Mr. de Brecourt, exigirá todas las explicaciones que pueden tranquilizarnos. Su carácter de tutor de Angelita le dá derecho para hacerlo; hasta entonces tengamos paciencia, y pensad solo en el destino que deseais obtener. Voy á consultar con mi madre, sobre lo que debemos hacer para conseguirlo.

Ocho dias despues de esta conversacion, un enviado del ministro del Interior vino á traerme una carta dirigida á Mr. de Geneville; era al levantarse de la mesa, en el momento en que la familia reunida en el salon jugaba con los niños mientras comia su criada.

—Es mi nombramiento, exclamó monsieur de Geneville, yendo á abrazar á su mujer; toma, lee.

Y Mad. de Geneville, que tenia en sus brazos á uno de sus hijos, corrió á su vez á abrazar á su madre.

Se gratificó al mensajero de esta buena noticia, se alegraron como si se tratase de una rica herencia, y sin embargo, este destino tan deseado no debia producirle mas que seis mil francos al año. ¡Pero cuántos placeres debia aumentar esta suma reunida, á la que proveia lo necesario en este feliz matrimonio!

Mad. Vandermont, sentada en su sillón y cerca del fuego, contemplaba la alegría que se pintaba en la cara de sus hijos; porque Angelita, viendo la felicidad que esta lijera repara-

cion de la suerte causaba á su familia, olvidaba sus penas.

La llegada de Mr. de Vilneuse acabó de distraerla de sus tristes pensamientos; vino esta noche mas temprano que lo de costumbre, y tomó parte en la alegría general, como si fuese ya de la familia. Estrechaba la mano de Geneville, le felicitaba de una manera al parecer tan sincera, le presagiaba con tanta confianza nuevos favores de la suerte, y todo esto de una manera tan fraternal, que no podia dudarse en manera alguna de la sinceridad de sus sentimientos.

—Tengo desgracia con él, repuso monsieur de Vilneuse; siempre le he visto en sus malos dias. Está enamorado de vos, ¿no es verdad?

—Qué idea!

—En verdad que lo contrario seria lo más difícil de creer, y no comprendo por qué no convenís en ello.

—Porque nunca me ha dicho nada que me lo haga suponer.

—Buena razon, repuso riéndose monsieur de Vilneuse; y su aspecto distraido, sus discretas atenciones, su paciencia en esperar una mirada, una palabra, y esta constante prevencion con que me honra, ¿no os bastan estas pruebas?

—No habia observado nada de esto.

—Pues bien, le hago un gran servicio, porque ahora estareis con cuidado.

—Debiera estarlo, dijo Angelita con una de

esas inflexiones de voz que pueden recordarse, pero cuyo encanto no se podrá pintar; tanta dulzura habia en el reproche y ternura en la amenaza.

—Ensayad, respondió levantándose Mr. de Vilneuse; y aparentando más despecho del que en realidad tenia, fué á mezclarse en la conversacion de las personas que rodeaban á Mad. de Vandermont.

Esta no lo habia perdido de vista, y sin oír lo que decia, lo habia adivinado por las diferentes impresiones que se habian revelado en el rostro de Angelita. Por graciosa y halagüeña que sea la conversacion de un hombre que no ama más que á medias, deja una triste impresion: la fecundidad de su talento demuestra mejor la miseria de su corazon, y la mujer con que se ha mostrado tan amable, se retira siempre de estas conversaciones más seducida y menos tranquila.

Sin embargo, decidida á no estar más tiempo en la incertidumbre sobre los sentimientos de Mr. de Vilneuse hacia Angelita, Mad. Vandermont quiso intentar varias pruebas antes de llegar á una explicacion decisiva. Se hablabá mucho de un gran baile que debia dar el ministro de Negocios Extranjeros. Angelita se habia quejado tímidamente por no poder ir, puesto que hubiera visto en el baile á Mr. de Vilneuse, pero como hubiera sido preciso comprar un vestido de baile para ella y otro para

su madre, la razon de Angelita le hizo abandonar muy pronto esta idea.

Mad. Vandermont habia conocido en otro tiempo al ministro diplomático, y obtuvo fácilmente billetes para su baile, y la sorpresa de Angelita fué completa cuando al retirarse á su habitacion encontró en ella un lindo vestido de crespon blanco, guarnecido de cintas de gasa y una guirnalda de rosas. Sobre la chimenea estaban los billetes, un lindo ramo de flores y un elegante cinturon.

Al verlo, Angelita saltaba de alegria como un niño.

—Iré al baile, exclamó, y me verá con este elegante traje. ¡Oh! ¡cuán buena es mi madre proporcionándome este placer!

Pasó la noche sin dormir: la parecia imposible que el hombre á quien agradaba con su sencillo vestido de muselina, no la admirase viéndola con un traje de tan buen gusto.

Mad. Vandermont habia meditado una doble sorpresa, no previniendo á su hija hasta la vispera del baile, y la que debió tener Mr. de Vilneuse encontrándolas en aquella fiesta no era la menos interesante.

¡Qué poco basta para llenar de esperanzas á un corazon sencillo y amante! Mr. de Vilneuse habia venido más temprano con intencion de terminar la noche en el baile de la Embajadora de Austria. Algunas personas que llegaron despues de él á casa de Vandomont, hablaron

de esta brillante reunion á Mr. de Vilneuse, como no dudando que iria á ella.

—¡Ah! vais al baile, le dijo Angelita fijando en él sus ojos, de los que habia desaparecido la alegría.

—Iba á ir, respondió de la manera mas indiferente; pero si me lo permitis voy á llamar para que despidan mi carruaje.

¡Con qué alegría tiró Angelita del cordon de la campanilla! ¡Cuán dulces y armoniosas le parecieron estas palabras! *Decid á mi cochero que vuelva á las doce.* Este sacrificio de un baile encerraba un porvenir entero! Es preciso haber amado, y amado sin confianza; haber sido víctima de la duda causada por el egoismo ó la indiferencia, para conocer el efecto de una accion verdaderamente afectuosa ó uno de estos débiles sacrificios.

¡Hay tanta humildad en ser feliz con poco!

## II.

Esta noche, en la que se cantó, en la que la voz de Angelita causó un verdadero entusiasmo espresando las deliciosas romanzas de Mad. Duchampge, Isidoro guardó silencio; su mal humor fué notado: probablemente esto era lo que queria, porque lejos de ceder á las instancias para que desechase su tristeza, fué á sentarse á un rincon del salon como para aislarse de la sociedad y quitar la ocasion de que le hablasen.

Angelita le miraba y le sonreía con aquella gracia afectuosa, que era su mayor encanto; pero él volvió los ojos al momento, y su rostro se entristecía mas.

—Convendreis, dijo entonces Mr. de Vilneuse apoyado en la silla de Angelita, que cuando no puede una persona estar más alegre en sociedad, seria mucho más conveniente retirarse á su casa.

—No es feliz, respondió ella; y cuando se tiene el sentimiento de su mérito, es difícil ver con paciencia prosperar á tantas personas inferiores á uno mismo.

—Comprendo; es una manera política de decirnos que este caballerito, con su aire serio y desdeñoso, vale más que todos nosotros.

—No digo eso; pero...

—Lo pensais: estos gruñones espirituales agradan á todas las mujeres: son osos jóvenes que ellas desean domesticar, dispuestas á resistir de cuando en cuando sus garras.

—Qué mal tratais á este pobre Isidoro!

—¡Ah! no le hago mucho mal, confesadlo: desde el momento en que le encontráis amable á tan poca costa; no es fácil perjudicarlo en vuestra opinion; además, nunca le pintaré tan mal humorado como él se hace.

—Es verdad que es caprichoso; pero en sus dias de buen humor habla perfectamente, y mi madre, que juzga mejor que yo, asegura que es tan distinguido por su talento como por su carácter.

Mr. de Brecourt habia vuelto á Paris dos dias antes; se ofreció para acompañarlas y á la hora indicada vino á reunirse con ellas, que le felicitaron por su carruaje que tenia muy buen movimiento.

—Le he hecho venir de Londres, para uno de mis amigos, dijo, y como le ha puesto á mi disposicion, yo lo pongo á la vuestra.

—Nos aprovecharemos de él, respondió Mad. de Vandermont.

Estas palabras sorprendieron á Angelita, porque conocia la repugnancia de su madre en servirse de lo que no le pertenecia.

Cuando entraron en el salon de baile, el traje, del que esperaba tanto Angelita, no produjo ningun efecto; habia muchos semejantes y otros mas brillantes. Pero la nobleza de su fisonomía, la frescura de su tez, y la elegancia de su talle, llamaron la atencion de las personas que se hallaban inmediatas á ellas.

Les ofrecieron dos asientos en una banqueta de segundo término; y fueron á confinarse en ellos. De todas las soledades de la tierra la mas triste es sin duda la de dos mujeres colocadas entre dos personas desconocidas y detrás de las que atraen todas las miradas por sus diamantes y sus plumas, y todos los movimientos que hacen para llamar la atencion. No hay razon ninguna para que las mujeres que están en segundo término sean descubiertas en este noble escondrije, en el que pueden

pasar la noche sin decir una palabra á nadie.

Angelita se veía obligada á aprovechar los momentos en que un enorme turbante se inclinaba hacia el lado de un adorno á la peruana, para mirar por entre un cuello y una manga hueca.

—Miradle, dijo á su madre, haciéndole señas para que mirase por el espacio que separaba el cuello y la manga de su vecina.

Mr. Vandermont siguió con los ojos todos los movimientos de Mr. de Vilneuse; daba el brazo á una jóven á quien los cuidados de uno de nuestros elegantes habia puesto á la moda. Amadeo se entretenia en hacerla reir con sus observaciones sobre los concurrentes, y nada parecia turbar su alegría. Obligado á ceder esta linda jóven á su pareja, que venia á reclamarla, Mr. de Vilneuse se acercó á Mlle. B... una de nuestras mas ricas y codiciadas herederas. Al hablarle, sus miradas se animaron, su sonrisa dejó de ser burlona, y la pobre Angelita reconoció aquella emocion y la expresion graciosa y tierna que habia hecho tantas veces latir su corazon. ¡Oh, triste realidad! ¡Oh muerte de una ilusion indispensable en la vida! ¿Quién podria pintar el dolor que causas en un alma amante?

### III.

Hace mucho calor en este sitio, dijo Mad. de

Vandermont viendo la palidez que cubrió súbitamente el rostro de su hija; pasearemos un rato.

— ¡Cómo! ¿Estais aquí? dijeron entonces dos señoras amigas snyas, ¿y la encantadora Angelita, no baila? Es un insulto hecho al baile, y si mi sobrino estuviese aqui, vendria muy pronto á exigir una reparacion, pero allí le veo.

Sin esperar la repuesta de Mad. Vandermont, Lad. de la Roche se dirigió à su sobrina. Cinco minutos despues, vino el jóven Edmundo á invitar á Angelita para el primer rigodon. Aceptó cen amabilidad aunque llevase la muerte en el corazon; pero el despecho y la indignacion sostenian su valor; sentía uua especie de alegría desesperada en presentarse ante Amadeo, en el mismo momento en que le hacia traicion por cálculo, y no por inconstancia.

Mientras parecia ocupada en responder á las preguntas que le hacia Mr. de la Roche, miraba furtivamente á Mr. de Vilneuse y esperaba que se turbase así que la viese. La pobre jóven conocia muy poco el mundo; ignoraba que las personas que lo frecuentan tienen mas aplomo en las situaciones difíciles.

— ¡Qué deliciosa sorpresa! dijo á media voz Amadeo acercándose á Md. de Vaudermont; pero habeis hecho muy mal en no haberme dicho ayer el placer que me esperaba; esta es la causa de que esté perdiendo tiempo hace mas de una hera. Habeis llegado muy tarde.

—Demasiado pronto, respondió Angelita separando sus ojos llenas de lágrimas.

En este momento su pareja volvía á su sitio, y se vió obligada á seguir el rigodon. Como Angelita era hermosa y graciosa en sus movimientos, los viejos admiradores y los jóvenes á la moda, que habian visto que le habia hablado Mr. de Vilneuse, vinieron á preguntarle el nombre de esta linda jóven que era fresca como su guirnalda de rosas.

Se comprende con qué placer la vanidad de Amadeo recibia estas alabanzas; es la única fatuidad de buen gusto que no se niega jamás el hombre mas modesto. Viendo el éxito que tenia Angelita, Mr. de Vilneuse formó el proyecto de consagraase á ella toda la noche.

Colocado detrás de ella mientras se bailó el rigodon, aprovechaba todos los intervalos para dirigirla esas palabras insignificantes para todos, y tan interesantes para ella.

Las lisonjas, los cargos cariñosos, nada triunfó de la seriedad glacial, ó mas bien del resentimiento que se descubria en el rostro de Angelita. Ella se esforzaba en no escuchar, y aun mas, en no responder.

—Será verdad, dijo él despues de haber empleado todas las frases que generalmente le daban buen resultado; como tendreis mal humor, vos tan dulce... ¿Habrá alguien en el mundo tan feliz, para ser causa de esta deliciosa grosería? ¡Ah! cuidado mucho de no descubrirlo, porque os aseguro se volveria loco de alegría.

—¿Yo mal humor? contestó Angelita ruborizándose; ¿mal humor en el baile? ciertamente que seria muy ridículo, y no tengo ganas...

—De causarme tanto placer, ¿no es esto? dijo Mr. de Vilneuse. Pues bien, me resigno á creer de buena fé, que os fastidio; por esta idea debia libraros de mi presencia y ceder mi puesto á uno de estos admiradores que os rodean. Leo en vuestros ojos que me lo agradeceria mucho, pero no me siento capaz de un proceder tan generoso. Esto os desagrada sin duda alguna.

—Ya sabeis que no, respondió Angelita, con un tono en que el reproche cedia á la mas cariñosa indulgencia.

¡Qué falta tan grave en la manera de cautivar á un corazon sencillo! Apenas Amadeo estuvo tranquilo por esta franca respuesta, habló distraidamente á Angelita, y sus miradas se fijaban menos en ella que en la fea heredera.

—Van á bailar un rigodon en el otro salon, dijo entonces Mad. Vandermont á su hija; vamos á colocarnos para verlo bien. Y dejando el brazo de Mr. de Brecourt para tomar el de Angelita, la separó de esta manera de Mr. de Vilneuse, que las siguió á alguna distancia.

En este rigodon, compuesto de jóvenes de las que desean ponerse en evidencia, se distinguia particularmente Mad. de Faverolle; su traje mas esmerado, mas elegante que el de ninguna otra, en despecho de la uniformidad

de trajes, manifestaba el deseo que tenia de ser la primera de todas.

No era menos ambiciosa de galanteos; así, y jóvenes y viejos, fuesen agradables ó no, todos los hombres se agrupaban en su alrededor. Mr. de Vilneuse no le era adicto mas que por su fama, y aquella noche alcanzó mucha.

Angelita no observó nada; solo su madre tuvo celos. Ninguno de los movimientos de Amadeo se la escapó: le vió dar el brazo orgullosamente á Mad. de Faverolle para llevarla á los salones en que se cenaba. Sorprendió sus interesadas intenciones hácia la rica heredera; le vió un momento orgulloso con la belleza de Angelita, y el efecto que causaba; pero aun esta era una alegría producida por la vanidad; el corazon no tomaba parte en ninguna de estas emociones.

Además, ¿qué cosa mas fugitiva que un efecto de este género, en la época en que vivimos? Es preciso saber á qué cantidad asciende su dote, para ocuparse mucho tiempo de una joven por linda que sea, y el mas enamorado renuncia muy pronto á la idea de hacer su felicidad, cuando ella no puede hacer su fortuna. Así, despues de haber repetido muchas veces "es encantadora,, no se ocuparon mas de Angelita: todos siguieron el curso de sus pretensiones y de sus ambiciones, y la pobre joven, que no podia halagar ninguna, quedó abando-

nada al lado de su madre y de su anciano amigo.

Viendo el abatimiento de Angelita, y adivinando su tristeza, Mad. de Vandermont la propuso retirarse antes que terminase el baile, que al parecer debió prolongarse toda la noche. Angelita sufría demasiado con todo lo que veía para no aceptar esta proposición: además, esperaba que Amadeo notase su partida y que procuraría detenerlas. Inútilmente dejó caer su abanico para detenerse en buscarle. Amadeo, ocupado en reirse de los chistes de Mad. de Faverville, no vio ó no quiso ver ninguna de estas cosas, que preceden á una partida.

Durante el cuarto de hora que Angelita pasó en el primer salon esperando que llegase el carruaje de Mr. de Brecourt, esperó que Amadeo, viendo al fin que no estaba ya en el salon del baile, viniera á buscarla; pero anunciaron el carruaje, y partió sin haber recibido una sola mirada de despedida.

#### IV.

Al dia siguiente de este baile, cuando Angelita fué, segun su costumbre, á abrazar á su madre, Mad. Vandermont quedó sorprendida viendo la alteracion que se descubria en el rostro de su hija. Era fácil comprender que no habia dormido y que tristes reflexiones la habian abrumado.

— Es sufrir demasiado tiempo con una incer-

— ¡Oh! no, madre mia, la prueba me causa miedo. Si se atreviese á contrariar la voluntad de su madre, y quisiese unirse á mí al momento, conozco que no podría amarle.

Esta respuesta afirmó mas á Mad. Vander-  
mont en su proyecto. Pero no dijo una pala-  
bra mas. Un reuma violento que la tuvo en  
cama muchos dias, la impidió recibir á Mr. Vi-  
lneuse, y Angelita, no oyendo ya decir nada de  
la temida prueba, creyó que su madre la habia  
olvidado.

¡Con qué pena tan profunda vió á su lado á  
Amadeo, mas atento y tierno que nunca! ¡Qué  
estremecimiento corrió por sus venas cuando  
le oyó rebelarse contra la autoridad de Mad.  
de Vilneuse, y declarar que no podia someter-  
se á ella por mas tiempo! Que la pasion le ha-  
cia olvidar todas las consideraciones, y que

por último, que cuando se tiene la dicha de encontrar la única mujer que pueda hacernos felices, se cometería un crimen no haciendo todo lo posible para obtenerla.

—Ha visto á Mr. de Brecourt, pensó Angelita, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué esa tristeza? preguntó Mr. de Vilneuse. La idea de mi felicidad, ¿os causará alguna pena?

Al hacer esta pregunta, con alguna inquietud, Amadeo no dudaba, que la emoción mas dulce fuese la única causa de las lágrimas de Angelita.

—No, dijo ella: he reflexionado en los obstáculos que nos separan, y ha sobrevenido una que es insuperable.

—¿Cuál? ¿me haceis temblar!

Una persona que se acercó á ellos en este momento, dispensó á Angelita de responder á Amadeo. Este tercero, introducido en la conversacion, causó un notable cambio en sus palabras, pero muy poco en sus pensamientos. Angelita solo deseaba convencerse de lo que sospechaba, y Mr. de Vilneuse que solo deseaba alucinarla con sus agasajos, emprendió un largo elogio de Mr. de Brecourt, en el que cometió la imprudencia de hablar de su desinterés para con sus amigos, y de la manera noble con que sabia obligarlos; y en su entusiasmo por los generosos sentimientos de que esperaba aprovecharse, dejó escapar estas palabras:

—Y como yo le decia ayer mañana, es aumentar los goces de la fortuna, haciendo de ella tan noble uso.

Estas palabras destruyeron la ilusion de un año entero; el dolor y la indignacion que se apoderaron de Angelita, no le permitieron permanecer al lado de Amadeo; pretestó un fuerte dolor de cabeza, y se retiró á su habitacion. Allí esperó que todos se hubieran ido para volver al lado de su madre.

—¡Lo habeis juzgado muy bien! la dijo, ¡no me amaba! Mi escasa fortuna era la causa de su indecision, no la voluntad de su madre. ¡Ah! ¿por qué no puedo alejarme de él al momento y para siempre?

—¡Pobre hija mia! decia Mad. Vandermont llorando por la pena que affigia á su hija; tranquilízate, puede ser que le juzguemos mal, que seamos demasiado severas.

—No, madre mia, dijo Angelita; he leído en su corazon, he visto en su repentino cariño el efecto de la conversacion que ha tenido con Mr. de Brecourt... Menos me hubiera ofendido el más completo abandono. Pero os aseguro que ignora la inocente estratagemá empleada por vos para desengañarme. Como renuncio desde hoy á toda idea, guardará sin trabajo el secreto de mi dote; y además, pronto no pensará en mí. ¡Ah! ¡si pudiese apresurar este momento; si pudiese no volverle á ver!

—Nada más facil; ¿quieres partir mañana mismo para Spa? Hace mucho tiempo que me

han mandado sus aguas, y este viaje nos convendrá á las dos.

—¿Qué decís? no conozco los motivos de economía que os han impedido hacerlo el año pasado. No somos más ricas este.

—Es verdad, pero tú eres mas desgraciada: y el dinero que se economizó por un capricho, ó por la salud, lo gasto sin pensar en una cosa doblemente útil: así, pues, ten ánimo, y disponlo todo para nuestro próximo viaje.

Dos dias despues de esta conversacion Mad. Vandermont y su hija estaban camino de Bruselas; Mad. de Geneville, y su hijo mas pequeño les acompañaban tambien; porque la presencia del gentil Aloys, los cuidados que exigia, habian parecido á Mad. Vandermont que serian la mayor distraccion para las penas de Angelita.

Apenas llegaron á Spa, Mad. de Geneville recibió una carta de su marido, en la que la decia la agradable sorpresa que acababa de tener. Los deberes de su nuevo destino le obligaban á recibir alguna mas gente, y buscaba una habitacion próxima á la de su suegra, cuando la tarde misma de su partida, ésta la habia hecho entregar por medio del portero de la casa que habitaba la llave de un cuarto encima del que ocupaban.

En él encontró un mueblaje completo aunque sencillo, en fin, todo lo que podia sastisfacer los modestos deseos de un jóven matrimonio.

La habitacion estaba alquilada á su nombre y pagadas tres anualidades. El mobiliario pertenecia á la mujer y al marido; los recibos lo probaban; y Mr. de Geneville no concebía cómo su suegra podia sacar de sus economias el precio de semejante presente. Era segun, decía ella, un cofrecito lleno de alhajas bastante hermosas que habia conservado, para sastisfacer los que ella llamaba sus caprichos maternales.

Viéndose tambien provisto de lo necesario, Mr. de Geneville pensó como tantos otros, en agregar algo supérfluo; é hizo suceder á su carta de gracias la peticion de un préstamo para comprar varios objetos de lujo, qua calificaba de indispensables.

Pero recibió una negativa tan terminante que no insistió mas.

La permanencia en los baños empezó á restablecer la salud de Mad. Vandermont, y la vida agitada que tenian en Spá, impedia á Angelita entregarse al esceso de su tristeza, cuando el niño de Mad. de Geneville fué repentinamente atacado de una enfermedad que lo puso en grave peligro, y no se ocuparon de otra cosa, dominadas por la mas viva inquietud. Los médicos del pais inspiraban poca confianza á la pobre madre; pero el niño no estaba en estado de soportar las fatigas de un largo viaje: no se podia sin cometer una imprudencia llevarle á Paris para entregarle á la asistencia del sabio H... del doctor que ya le habia salvado de un ataque semejante. Diez dias de una

fiebre ardiente parecían haber agotado las fuerzas del enfermo. Su madre, sumida en una sombría desesperación, tenía los ojos fijos en él contando los movimientos de su penosa respiración y temiendo que espirase. De repente un grito de alegría la hizo estremecer. Era Angelita que se había retirado al hueco de una ventana para ocultar sus lágrimas á su hermana: acababa de ver al doctor H... que bajaba del carruaje de Mad. Vandermont y acompañado del jóven Isidoro.

La venida del doctor H... que la pobre Mad. Geneville creyó le era enviado por el cielo, reanimó su esperanza, y no dudó de la salvación de su hijo; en efecto, los mismos cuidados unidos á los eficaces remedios que exigia el estado del enfermo, tuvieron tan buen resultado, que en menos de dos dias el niño se encontró fuera de peligro.

Cuando pudo ocuparse de los demas, Madame Vandermont ponderó la inteligencia y el admirable celo con que Isidoro habia desempeñado su comision.

—¡Ah! Dios mio, dijo la madre Aloys, me ha hecho tan feliz la venida del doctor, que en mi alegría no he pensado en dar las gracias á Isidoro, por habérmele traído. Cómo ha podido decidirse á dejar tantos desgraciados que esperan de él la vida y la salud?

—Habrá sido preciso trabajar mucho para conseguir este sacrificio, dijo Angelita, diri-

giendo á Isidoro una mirada llena de ternura y reconocimiento.

—¡Oh! nada ha sido mas facil, señorita, respondió con voz conmovida: cualquier otro, añadió dirigiéndose á Mad. Vandermont, con las mismas instrucciones, os aseguro que hubiera tenido el mismo resultado.

—Pura modestia suya, dijo Mad. Vandermont; pero puesto que ya no tenemos mas que temer, es preciso pensar en divertir al doctor en los dos dias que debe permanecer aquí; porque es un hombre de mucho talento, muy amable, que sufre cualquier molestia, que arrostra cualquier peligro, pero que se escapa así que se aburre. Por consiguiente, mañana mismo voy á convidar á comer á algunos amigos que están aquí: lo presentaremos á las mujeres mas bonitas, y quien sabe, si alguna de ellas cayese gravemente enferma, es posible que le tuviésemos á nuestro lado una semana mas.

—¡Oh! ¡qué buena idea! exclamó madame Geneville; gracias á ella no tengo necesidad de que me ayudeis á cuidar á Aloys, y es preciso arreglar una cabalgata para visitar mañana las tres fuentes.

En este agradable paseo Isidoro se mantuvo constantemente alejado de Angelita. Obligando á su caballo á caminar al lado del carruaje de Mad. Vandermont, habló mucho tiempo con ella y respondió con franqueza á todas las preguntas que le hizo sobre su fortuna,

porque estas preguntas no podían parecer indiscretas, dictadas como lo eran por el más vivo interés. Así, pues, Isidoro no dudó en manifestarle el disgusto que tenía por no poder aceptar la proposición que le habían hecho de asociarse á una de las principales casas de Banca de Paris; pero era preciso llevar á la sociedad 300.000 francos, é Isidoro no tenía bastante crédito para procurárselos.

—Es una desgracia, dijo Mad. Vandermont, porque con la honradez y la capacidad que os distinguen, no dudo haríais una fortuna rápida.

—¿Y para que? repuso Isidoro suspirando.

—¡Ah! querido amigo, no os manifesteis tan desdeñoso para la fortuna si supiéseis cuánto se le puede deber!..

En este instante el caballo que montaba Angelita se encabritó y la puso en riesgo de caer. Isidoro acudió en su socorro, y quedó sorprendido viendo que se sonreía Angelita, á pesar del peligro en que habia estado.

—¿Por qué causa se ha alborotado el caballo? la preguntó él.

—Porque, contestó Angelita, le he castigado tanto, que al fin se ha defendido. A no ser por esto, no hubierais dicho una palabra en todo el dia.

—Es posible.

—Es preciso, pues, un peligro ó una escena de melodrama para atraer vuestra atención?

—No, señora; basta únicamente que me crea útil,

Apenas dijo estas palabras, Isidoro volvió al costado del carruaje. Angelita se ofendió por esto; pero recordando el sentimiento de que la había creído mucho tiempo preocupada, no pudo vituperar el alejamiento de Isidoro.

Así que llegaron á la fuente de la Gereustere, Angelita se vió rodeada por todos los jóvenes que el deseo de divertirse lleva á los baños; se hicieron grandes proyectos para el baile de por la noche, y todos se creían en el deber de cojer el florido brezo con que se adornan los trajes de baile en Spá. Angelita tenía ya con qué guarnecer diez vestidos, pero Isidoro no la había ofrecido una sola rama. Durante la noche no la invitó ni una sola vez para bailar.

En los baños todo el mundo juega algo, y las señoras se sientan delante de una mesa de rojo y negro, como á una whist en un salon.

—Probemos fortuna, dijo Mad. Vandermont á Isidoro, confiadme un luis, yo pondré otro tanto por Angelita, ¿y quién sabe si nos favorecerá la suerte? Es posible que gane el valor de ese hermoso caballo que os proponian esta mañana.

—Seria muy divertido, dijo Angelita.

—Y muy sorprendente, añadió Isidoro, porque desde hace tres años, soy muy desgraciado en el juego.

—Razon de más, para que la suerte cambie, repuso Mad. Vandermont, sentándose entre los jugadores, mientras que Angelita bailaba en el otro extremo del salon. Así que dió la

vuelta, su madre la dijo: Mis presentimientos no me han engañado, tengo que repartir entre vosotros mis tesoros; Isidoro ha ganado el caballo, y tú el bonito reloj que deseabas. Al decir estas palabras Mad. Vandermont la enseñó varios billetes que guardó en su bolsillo.

Los días siguientes fueron consagrados á los mismos placeres, é Isidoro no dejó un solo momento su fria política para con Angelita. Iba á volver á Paris con el doctor H...; la idea de que se alejase de ella sin haber podido dirigirla una sola palabra afectuosa, dominó el orgullo, enemigo de toda explicacion. Angelita temia tambien haber ofendido inocentemente á Isidoro, é impulsada por lo que ella creia solamente candidez y bondad de alma, aprovechó un momento en que él estaba apoyado en una de las ventanas del salon, para preguntarle francamente la causa de su alejamiento.

—No me preguntéis, dijo él, porque me vereis obligado á ofenderos ó mentir.

—No importa, contestó Angelita, todo lo prefiero á creer que estais enfadado conmigo. Si supiéseis cuánto me aflige esta idea...!

—¿Yo afligiros? dijo él, dirigiendo los ojos al cielo.

—¿Por qué huís de mí?

—¿Quereis saberlo?

—Sí, lo exijo, decid por qué.

—¡Ay de mí! contestó Isidoro, estrechando convulsivamente la mano que ella le tendia, es porque si os dejase ver lo que siente mi co-

razon... me amariais, Angelita, y el deber y el honor me prohiben asociaros á mi triste existencia.

Al decir estas palabras, Isidoro corrió á reunirse con el doctor, que se despedía de la agradecida familia, y muy pronto subieron al coche. Mientras el postillon montaba lentamente su caballo, Isidoro se inclinó para mirar la ventana en que habia dejado á Angelita. Allí estaba todavía inmóvil, la mirada fija y sin ver nada. Por último, el postillon arreó los caballos; Isidoro la vió estremecerse y separarse inmediatamente de la ventana. ¡Ah! ¡cuánto hubiera dado por una sola mirada de despedida!

## V.

Al llegar á Paris, Isidoro recibió una carta de uno de los mas conocidos notarios de la ciudad, en la que le decía que uno de sus clientes, que tenia entera confianza en la casa de Banca de los hermanos M..., le ofrecia los trescientos mil francos, indispensables para su asociacion con la misma casa, y esto con unas condiciones muy razonables.

Se comprende el apresuramiento de Isidoro para ir á casa del notario para terminar este asunto, y su celo en aprovechar esta honrosa ocasion de enriquecerse.

Asi que se supo que estaba en camino de hacer fortuna, todos vinieron á ofrecerle sus servicios; su talento ingenioso y sus conocimien-

tos administrativos se revelaron; y desde luego se pudo prodecir el resultado de sus asuntos. Monsieur de Brecourt, que conocia el mérito de Isidoro, fué una mañana á verle á su oficina para proponerle un ventajoso matrimonio. Se trata, le dijo, de la hija de un recaudador general, cuya familia aunque muy rica, quiere casarla con un jóven laborioso y que pueda suceder en su padre en su destino; es linda y bien educada, sus aspiraciones son modestas, y yo, que la conozco hace mucho tiempo, añadió Mr. de Brecourt, sé que os gustará mucho, aparte de los cuatrocientos mil francos que tiene dote.

—En verdad que no sé cómo espresaros mi agradecimiento, respondió Isidoro: tanta confianza me conmueve y me honra; pero no me siento con vocacion para el matrimonio, al menos por ahora.

—¡Qué decis, de vocacion verdadera! repuso Mr. de Brecourt, levantando los hombros; si solo se casasen los que aman el matrimonio, no habria tantas bodas.

—Ni tan malos matrimonios, convenid en ello.

—Es posible, pensadlo juiciosamente; pero el interés y la ambicion se encuentran muy bien con ciertas alianzas para que pase la moda; vos sabeis que sois ambicioso.

—No lo niego; si, tengo ambicion de crear-me una posicion independiente; porque en la época en que vivimos, solo es uno apreciado

por su riquezas; y si deseo tenerlas, es para ser dueño de mis opiniones y mis gustos.

—Pensais muy bien, y nadie os contradecirá en este punto; la familia de que os hablo, es muy tolerante en opiniones políticas, y como amareis á vuestra mujer...

—Jamás, contestó Isidoro, jamás amaré otra mujer que la que yo elija.

—Y ¿quién os dice que vuestra eleccion no se fijará en ella?

—Es imposible.

—Lo comprendo: estais cegado por una de estas pasiones que los jóvenes creen eternas, y que no pueden arrostrar ni el tiempo ni la miseria. Ya hemos pasado por ello, amigo mio; pero teneis bastante experiencia del mundo para saber lo que vale esa clase de relaciones, y para no cometer la locura de no sacrificar á ellas vuestra existencia. Mirad, soy viejo, mis consejos son hijos de la experiencia, dejáos dirigir por ellos. Al menos, deseo que conozcais á la joven de que os hablo.

—¿Y para qué, puesto que no me he de casar con ella?

—¡Bah! ¿quién puede preveer el efecto de una figura encantadora?

En vano insistió Mr. de Brecourt; no pudo adelantar nada sobre la resolucion de Isidoro, y la vuelta de Mad. Vandermont afirmó mucho mas á este último en sus proyectos. Sin embargo, se habia propuesto ir pocas veces á su casa; pero en las pocas ocasiones que vió á An-

gelita, comprendió que ninguna otra reinaria jamás en su corazón.

Habia tenido ya algunas ganancias, cuando encontró un día á Mr. de Geneville que salía de casa de su agente de cambios; tenía su fisonomía alterada y estaba como desesperado. Muy dolorosamente conmovido para poder disimular, contó á Isidoro que habiéndose dejado arrastrar por los atractivos del juego de Bolsa, acababa de perder una suma demasiado considerable para poder pagarla en el término fijado; que nunca se habia encontrado en una situación mas horrible, y que no pudiendo ocultar por mas tiempo su situación, habia acudido á sus amigos y á su suegra, pero esta le habia respondido que su fortuna no la permitia adelantarle la cantidad necesaria, y el mismo Mr. Brecourt se habia negado á prestársela. En su apuro el desgraciado Geneville hablaba de emplear el medio mas horrible para salir de su compromiso; pero el recuerdo de su mujer y sus hijos le habia hecho ver ese proyecto como un crimen.

—Venid á mi casa, le dijo Isidoro; hablaremos de vuestro asunto y veremos si hay algun medio de salir adelante.

Geneville no le dejó acabar, y aunque estaban en medio de la calle, saltó al cuello de Isidoro como un náufrago se agarra á la tabla que debe salvarle.

Al salir de casa de Isidoro, Mr. de Geneville respiraba mas libremente, y cuando entró en

su casa, despues de haber pasado por la de su agente de negocios, Mad. Vendermont quedó muy sorprendida del cambio que se habia operado en su yerno.

Curiosa por saber por qué medios habia podido salir del conficto en que se hallaba, se contentó con preguntarle á quién habia visto; él nombró á varias personas ricas, y la curiosidad de madama Vandermont no se satisfizo. Pero añadió:

—He visto tambien á Isidoro y me ha dado espresiones para ustedes.

—Es un escelente muchacho y que hará muy buenos negocios.

Era un singular elogio, y se debe creer que M. de Geneville hubiera hablado de otro modo del amigo que acababa de comprometer, no solo el fruto de su trabajo, sino tambien sus beneficios en el porvenir para salvar su honor, si Isidoro no hubiera exigido el mas profundo secreto sobre el servicio que acababa de hacerle; y si para mayor seguridad no le hubiera hecho comprender que su crédito en su casa de banca recibiria una herida mortal por la menor indiscreccion.

Para apreciar este importante servicio es preciso recordar que Isidoro perdia, con lo que habia reunido, la esperanza de llegar á la tan deseada independendencia, á aquella independendencia que hubiera él deseado que disfrutase la única mujer á quien podia amar.

En el momento en que para hacer su buena

accion mas meritoria calcula todo lo que le cuesta, Mr. de Brecourt viene de nuevo á hablarle del matrimonio que se obstina en no admitir. Cuanto mas generosa es su resolucion, tanto mas permanece fiel á ella; los mas razonables consejos, las mayores pruebas de interés no obtienen nada; solamente temiendo ofender á un amigo tan verdadero, consiente Isidoro en acompañarle aquella noche á la Opera italiana, donde debe encontrarse la joven de que Mr. de Brecourt hace tantos elogios. Para estar mas seguro de su complacencia Mr. de Brecourt se lo lleva á comer consigo y toma dos butacas para él y su jóven amigo. Pero apenas habia entrado en el teatro se acuerda de una cita que tenia para tratar de algunos asuntos; no tiene mas que dar una respuesta y estará de vuelta antes de un cuarto de hora; y suplica á Isidoro que le guarde su asiento.

—Estará en el segundo de proscenio con un vestido blanco y una banda color de rosa, le dije al irse.

Este aviso tiene muy poco interes para Isidoro que le olvida al momento, y se ocupa solamente de la música de Rossini y de la magnífica voz de Mad. Malibran. En el primer entre-acto de la *Semíramis*, Isidoro se levanta volviendo la espalda á la escena. Uno de los que estaban á su lado, hombre de talento, á quien ha visto muchas veces en sociedad, habla con él sobre el génio del compositor y el talento

de la actriz, y esta entretenida conversacion es interrumpida por los melodiosos acordes de un coro de mujeres. Isidoro se sienta, y no se le ocurre mirar a los palcos de proscenio.

En fin, enmedio del hermoso duo de Arsace y sumadre, un ramillete cae en el tablado, y todas las miradas se fijan en el palco de que ha caido.

—¿Qué sucede? preguntó Isidoro, viendo que muchas personas se levantaban.

—No es nada, respondió un caballero; es una jóven que vereis allí vestida de blanco y con una banda rosa, y que ha dejado caer su ramillete.

Estas palabras recuerdan de repente a Isidoro lo que le ha dicho Mr. de Breccourt, dirige la vista al palco indicado, y los cierra al momento: su cabeza cae sobre su hombro y un grito lastimero sale de su pecho, y pierde el conocimiento. Lo trasladan al salon de descanso: un cirujano que está allí quiere sangrarle, pero un hombre se opone: "No será nada, dijo; que se me ayude solamente á trasladarle á mi carruaje: el aire libre le reanimará.", Isidoro, bajo el peso de una sensacion que le ahogaba permanece mucha tiempo como asfixiado: en fin abre los ojos y cree delirar; su mano es oprimida por la de Angelita, ésta la llama, le dá los mas dulces nombres. Mad. de Vandermont le pide perdon por la sorpresa que ha podido matarle, Mr. de Breccourt se frota las manos diciendo:

—¡Convenid en que he dirigido muy bien

este asunto! En verdad he creído que este testarudo no se decidiría jamás á su futura.

—¿Es cierto? dijo Isidoro fijando en Angelita una mirada en que se pintaban la duda y el reconocimiento.

—Lo habeis dicho, respondió ruborizándose.

—Y yo lo he querido, dijo Mad. Vandermont.

## VI.

Entonces, á pesar de todo, lo que un sentimiento de delicadeza dictó á Isidoro sobre la necesidad de esperar que su fortuna le permitiese aceptar tan grande felicidad, se dispuso todo para su matrimonio con Angelita. En medio de su alegría sentia no poder ofrecerle los ricos presentes, con que se engalanan las novias. La cantidad prestada á Mr. de Geneville, le privaba de este placer; pero inesperadamente trajeron á Mad. Vandermont un cofre de ébano incrustado de marfil y llena de alhajas y chales de la India, y una elegante bandeja llena de blondas, cintas y flores.

—Dá las gracias á Isidoro, por este lindo presente, dijo, Mad. Vandermont, es él quien te lo ofrece, en recompensa de tu dote.

Al oír estas palabras, todos se miraron mudos de sorpresa.

—¿Me creéis loca, hijos míos! Lo veo por vuestra sorpresa, respuso Mad. Vandermont; pero vuestra admiracion me divierte mucho,

para que la prolongue algunos instantes mas. Seguidme.

Varios carruajes esperaban en el pátio. Mad. Vandermont subió al primero con Angelita é Isidoro. Mr. de Brecourt y las demás personas de la familia les siguieron. Muy pronto los carruajes se detuvieron á la puerta de una pequeña casa recién construida y amueblada con la mas elegante sencillez.

—Espero que mi querida Angelita hará muy bien los honores de esta casa, dijo Mad. Vandermont, porque le pertenece.

—¿Será verdad, madre mia? exclamó Angelita.

—Mira antes si está arreglada á tu gusto.

Mad. Vandermont enseñó á sus hijos la cómoda distribucion de las habitaciones.

—Y la vuestra, ¿dónde está, madre mia? le preguntó Angelita.

—No está aquí, respondió tristemente Mad. Vandermont; es un sacrificio que me impongo con valor hoy, porque es voluntario, y moriria de dolor si mas adelante me obligasen á él. Pero no me compadezcáis; estoy á cubierto de la única desgracia, contra la que me sentiria sin fuerzas. Vosotros me amareis, me cuidareis, porque seré no solamente vuestro apoyo, sino tambien vuestra esperanza. Esta fortuna, que os he ocultado para vuestra felicidad, es el fruto de un acto de desesperacion. Teniendo apenas con que educaros, con lo poco que poseia á la muerte de vuestro padre, se me ocurrió

consagrar una parte de mis bienes, á probar fortuna. Se acaba de anunciar en Viena la rifa de una posesion de valor de dos millones. Encargué á mi amigo Breccourt que me comprase unos billetes á su nombre, tuvo buena mano y la ganó; desde hace diez años que la poseo, gracias á los cuidados de mi único confidente, Mr. de Breccourt, mis rentas se han aumentado considerablemente. Una parte de ellas me ha ayudado muchas veces á socorros. Cuando tuve esta dicha viviamos en nuestra mediania: ésta obligaba á mis hijos á trabajar, á la economía; mi hijo era perezoso y disipado, las riquezas hubieran hecho de él un ocioso á la moda; le he dejado sufrir por sus faltas y repararlas elevándose de la clase de soldados á la de oficial. Mi yerno amaba el juego; le he dejado que sufra todos los tormentos de la pérdida y las humillaciones que son consiguientes, segura de que la leccion seria bastante severa para que pudiese olvidarla. Angelita, sin dote, no seria engañada, era preciso amarla para querer casarse con ella. ¡Cuántas consideraciones para no descubrirnos mi fortuna!

— Ya tenemos la explicacion de todos estos milagros, dijo Isidoro, de estos beneficios sorprendentes é inesperados.

— Si, me he entretenido en imitar á la Providencia. ¡Ah! si se comprendiese la felicidad que produce hacer el bien como si cayese del cielo, estoy segura de que tendria mas de un

imitador; pero como todos los secretos de este mundo, no pueden eternizarse, mas tarde ó mas temprano, mi muerte os lo hubiera descubierto, y he querido ser testigo de vuestra sorpresa. ¿Me perdonais haberos enseñado hacer un buen uso de mi fortuna, antes de compartirla con vosotros?

Sus hijos la respondieron con sus abrazos. Cada uno de ellos recordó muchos hechos, cuyo misterio se explicaba. El mas agradecido fué el del viaje de Mr. H... que dió la vida al hijo y á su madre; así, pues, todos exclamaron á la vez: — ¡Oh! benditos sean la sabiduría y el amor de nuestra providencia de familia!

## ANALS.

Volvia de la ópera con Mr. Carlos de L..., esperando encontrar en mi casa las cinco ó seis personas, que generalmente concurrían á ella todas las noches; pero en aquella se daba un gran baile, y estuvimos los dos solos. Sentados al lado de un velador, en esa hora en que la conversacion no puede ser interrumpida por las visitas, en que las confidencias se hacen sin que se piense en ello, una pregunta indiscreta produjo una de estas, cuyo recuerdo conservo como una prueba de los caprichos del pobre corazón humano.

— Quereis saber, me dijo Mr. de L..., si he

tenido buena fortuna en amores y atacais mi franqueza y mi vanidad; pero puesto que habeis querido establecer entre nosotros una fraternidad muy fastidiosa, tengo al menos el placer de hablaros como á una hermana. Pues bien; sabeis que la aventura mas interesante de mi juventud fué una verdadera desgracia, la menos probable y la mas dolorosa.

Acababa de sacar mi pasaporte con intencion de embarcarme en el Havre, para trasladarme á la Isla de Borbon, á la que me llamaban asuntos de familia. Desesperado como se está á los veinte y tres años al alejarse de un pais donde sabemos divertirnos, procuraba aturdirme por todos los medios posibles. Algunos jóvenes, amigos míos, me propusieron uno poco delicado en verdad, pero muy á la moda en aquella época. Se trataba de una cena en casa de una señora cuyo apodo era nada menos que el de *Mariscala*.

Habia recibido del banquero de mi padre una suma considerable que debia llevarle á la isla de Borbon: una parte de esta cantidad me habia sido dada para atender á los gustos del viaje y comprar varios objetos de capricho. Ya comprendereis que la ocasion era favorable para emplear mi dinero, y pagué mi cena.

Temiendo, con razon, que esta cena me llevase mas lejos de lo que deseaba, habia dicho á mi ayuda de cámara fuese á buscarme al día siguiente por la mañana; porque no tenia tiempo que perder para trasladarme al Havre,

puesto que el buque que habia de conducirme, debia darse á la vela al dia siguiente. Atontado, todavia, por las consecuencias de esta elegante orgia, me puse en camino, no llevando otro recuerdo de ella, que el gran vacio que habia producido en mi bolsillo.

Despues de haber pasado un año con mi familia en la isla Borbon, manifesté deseos de aprovechar la proximidad para hacer un via- á la India, y mi padre consintió.

Tenia antiguos amigos en Calcuta, á los que me recomendó, autorizándoles para que me facilitasen las cantidades que necesitase, porque su orgullo paternal queria que yo brillase en un pais en el que él habia vivido en su juventud.

Partí entusiasmado de alegría porque iba á ver un pais encantador, bramínes y bayaderas.

Así que llegué á Calcuta me desconcertó no ver mas que ingleses; los amigos de mi padre, relacionados con la mejor sociedad de la ciudad, me llevaban todos los dias á comidas ó á fiestas, pero dadas siempre por las autoridades inglesas.

Un dia estaba invitado para una gran comida en casa del gobernador, y observé al lado de dos jóvenes una mujer, cuyo traje, mucho mas sencillo que los de las demás, tenia alguna cosa que denunciaba una francesa: su actitud era modesta, casi humilde; una espresion

triste añadía á su hermoso rostro nuevos atractivos.

Me sorprendía ver que con tantos medios de llamar la atención la atendiesen tan poco. Todos los que entraban la saludaban respetuosamente, pero ninguno la dirigía la palabra; ella no se manifestaba ni sorprendida ni ofendida por esto, y me figuré que no era ni vana ni coqueta, y que no haciendo nada para llamar la atención, no se fijaban en ella.

En el momento de sentarse á la mesa, lady Wel... le dijo en inglés:

—Miss Denneville, sentaos al lado de Mr. de L... así podeis hablar de vuestro querido Paris, porque él tambien lo echa de menos.

Entusiasmado con la ocasion que se me presentaba, quise aprovecharme de ella entablando conversacion con mi linda vecina. El punto estaba indicado; la pátria, que nos era comun, iba á suministrarme una coleccion de frases encantadoras cuyo efecto no me parecia dudoso; pero lo difícil era hacerlas oír; porque Miss Denneville se obstinaba en hablar con una de las hijas del gobernador que estaba colocada á su derecha, y yo no podia obtener ni una sola mirada. En fin, ofendido por este desden, me quejé con cierta amargura política, que me valió esta singular respuesta:

—En nombre del cielo, no me perdais.

Sorprendido con esta súplica, hecha de una manera afligida, quise saber si se dirigía á mí. Miss Denneville se habia vuelto, y no pude ver

su rostro; escuche lo que decia á la jóven Clara, y no pude comprender nada; pero su voz era temblorosa, y al escucharla quedé sorprendido: adiviné algun secreto en la situacion de esta mujer, y aun es posible que en la mia. Se apoderó de mí una viva curiosidad, y me encontré dispuesto á arrostrarlo todo por satisfacerla.

Esto no era fácil, en medio de una conversacion general interrumpida á cada instante por las amables preguntas de los dueños de la casa. En fin, aprovechando un momento favorable, dije á media voz á mi vecina:

— ¡Perderos yo, señora! ¡yo que aun no tengo el honor de conoceros!

— ¡Ah! ¡si lo habeis olvidado, repuso bajando los ojos, ojalá no os acordeis nunca!

— ¡Si, esta voz tan dulce, la reconozco! dije como herido por un rayo. ¡Bondad divina!... ¡será posible!...

— Callaos, añadió como presa del mayor terror.

La conversacion general continuó.

— ¡Es verdad, me preguntó el capitán B..., que los placeres vuelven á Francia, y que se empieza á olvidar los desastres del 93?

— ¿Los placeres? respondí con una espresion casi imbécil.

— Sí, los placeres.

— ¡Ah! ¿los bailes y los conciertos querreis decir? Ciertamente, estaban ya muy animados cuando dejé á Paris; pero estos placeres ruido-

— sos no son los que yo echo mas de menos, añadió dirigiendo una mirada á mi vecina.

— Si continuais, me dijo ella de una manera á la vez implorante é imperiosa, dejo al momento esta casa, y Dios sabe adónde iré á vivir.

— ¿Cuáles eran las mujeres mas á la moda? continuó sir B.... Se dice que nada es comparable á la belleza de Mad. T...

— A no ser Mad. R., á quien muchos prefieren, respondí.

Despues dirigiéndome á Miss. Deunville, le dije:

— ¿Por qué casualidad os encuentro aquí?

— Mas tarde os diré todo.

— Un solo momento.... Y nos vimos otra vez interrumpidos. No me desanimé, sin embargo, y le dije: ¿Estais agregada á esta casa?

— Sí.

— ¿En qué carácter?

— Como aya de las hijas de lady Wel... Apenas pudo articular esta respuesta, tanto trabajo le costaba. ¿Es preciso confesarlo? No pude oirla sin reir, y esta risa, aunque comprimida al momento, hizo que los ojos de Mlle. Denneville se llenase de lágrimas.

— ¿Sois su aya vos, Anais?

— ¡Ah! lo veo, repuso amargamente; la suerte es implacable: el arrepentimiento, el valor, los sacrificios; nada lo conmueve.

— Por favor, calmaos, la dije viéndola en peligro de descubrirse: no temais nada de mí; os

lo juro por mi honor. Jamás se sabrá... ¿Cuándo podré hablaros?

—Mañana al amanecer cerca del terrazo que limita el Ganges. Apenas habia dicho estas palabras, cuando la dueña de la casa dió la señal, y las señoras se retiraron. Entonces los hombres se pusieron á beber, á hablar de política, y yo pensaba, bebiendo como los otros, en la singular coincidencia que me hacia encontrar en el aya de las hijas de lord Wel..., mi última amistad parisiense, porque ya habreis adivinado que esta miss Denneville, añadió M. de L..., no era sino la jóven encantadora que yo habia conocido.

Mi primera idea fué que lord Wel..., seducido por la belleza, la gracia y el talento de Anais, habia imaginado este medio para verle continuamente en su casa; pero el carácter de lord Wel..., su respeto á las costumbres y á su familia, no me permitieron que abrigase mucho tiempo esta sospecha, y me perdia en conjeturas hasta el momento de trasladarme al terrazo. Anais me esperaba desde el amanecer. Su apresuramiento me pareció de buen augurio, y dominado por la influencia de un tierno recuerdo, quise estrecharla en mis brazos antes de oirla.

—Teneis derecho á insultarme, dijo ella rechazándome con dignidad, pero sin afectacion. ¡Ay de mí! sin haberlo merecido, como suponéis, me despreciáis; pero si no depende de mi librarme de él, puedo al ménos no aumen-

tarlo: y como este desprecio es mi mayor pena, encontrareis muy natural que prefiera la muerte á una nueva ignominia.

Al decir esto, Anais se volvió hácia el rio como para esplicarme mejor su pensamiento. Cualquier otro hubiera considerado estas palabras como un discurso de efecto; hubiera persistido en sus deseos; pero yo creí reconocer el acento de la verdad en esta amenaza hecha de la manera más sencilla.

—Escuchadme, me dijo conduciéndome á un banco cubierto por dos plátanos y rodeado de oloríferas magnolias; escuchadme y creedme, porque solo os diré la verdad.

Nací de padres honrados, negociantes en provincias y arruinados por la revolucion. Una hermana de mi madre se encargó de mí, cuando los disgustos y las enfermedades me arrebataron á mis padres, y me llevó á Paris, en donde mi tia esperaba hacer un buen matrimonio. Engañada por el hombre con quien esperaba casarse, huyó con un jóven teniente coronel, y me dejó á merced de una vieja criada; esta creyó asegurarme un buen porvenir, mandándome á la casa en que me habeis visto.

Me dieron un aya severa, maestros de francés, de inglés y de italiano. En pocos años llegué á ser una profesora, y la que cantaba mejor de todas las discípulas de este singular colegio. Cuando llegué á los quince años, me separaron de mis compañeras: mi vieja aya fué desde entónces mi único confidente, y hasta

mucho tiempo despues no pude comprender las estrañas conversaciones que tenia conmigo: era una mezcla de imprudencia y moralidad superior á mi inocencia. La única cosa que me esplicaron bien, fué que no teniendo padres ni fortuna, me casaria á gusto de la señora, y que me veria obligada á obedecerla ciegamente. ¿Cómo, decia yo, no conoceré á mi marido ántes de casarme? Sí, probablemente una hora antes, respondia la vieja aya; vamos, ya sabeis bastante. Mi ignorancia le aseguraba de mi sumision; sabeis hasta qué punto llevé una y otra.

«Pero apenas comprendí mi posicion y el vergonzoso oficio para que tan castamente me habian educado, y horrorizada de todo lo que me rodeaba, resolví huir de aquel antro de corrupcion á riesgo de morir de hambre en la puerta de una iglesia. Dos dias despues de vuestra partida, llevando un pequeño lio en mi cuello y la cadena de oro que me dísteis, esta cadena de la que habíais quitado vuestro reloj y que... En fin, gané sin obstáculo la calle Real; me acordé de un célebre médico que vivia en ella; me habia asistido en una grave enfermedad; le debia la vida y me parecia que podia pedirle que me ayudase en mi desgracia. Me hicieron esperar en una antensala; temblaba bastante para que se me creyese enferma. Una persona, conmovida de mi palidez, quiso cederme su vez para que yo hiciese mas pronto mi consulta. Pero los socorros que yo iba á pedir

exigian mas reflexion; esperé. Cuando conté á Mr. B... mi triste situacion, me ahogaba, Tuvo piedad de mí; me colocó en una tienda de telas que hacia un gran comercio de muselina de la India. No sé si esto fué para probarme; pero entonces me hicieron multitud de proposiciones que hubieran decidido á mas de una desgraciada jóven; resistí á ellas sin trabajo, porque tenia un horror invencible á una asociacion de este género.

Mi conducta y mi caracter inspiraron á la dueña de la tienda el deseo de llevarme con ella.

—“Venid conmigo á Calcuta, me dijo: mis asuntos me obligan á pasar alli una larga temporada, y la aprovecharéis para encontrar alguna colocacion mejor que la que teneis en mi casa; y puesto que vuestros padres se han arruinado por vuestra educacion, podreis dar lecciones de música, y aun ser la señorita de compañía de alguna señora inglesa. La prediccion se cumplió muy pronto. Recomendada á los amigos que ella tenia en este pais, me ofrecieron al momento muchas colocaciones; escogí la mejor. Creia desempeñarla dignamente consagrando todos mis cuidados á la educacion de las hijas de lad y Wel..., y empezaba á olvidar mi involuntaria falta, cuando vuestra llegada me ha hecho avergonzarme de un pasado del que me ruborizaré eternamente.

—¿Por qué maldecir este recuerdo que me hace tan dichoso? exclamé enjugando las lágrimas.

mas que caian de los ojos de Anais: ¿quién sabe si este recuerdo no será el origen de una felicidad duradera?

—No, repuso ella; lo que sufro despues de que os he visto no me deja ninguna esperanza.

—Pero, ¿y si yo consagrare toda mi vida para consolaros? dije conmovido profundamente; porque la narracion de Anais, su belleza, su candor salvado de tanta corrupcion, me habian enamorado apasionadamente. Me sentia capaz de cualquier locura, para recobrar mis derechos sobre esta mujer adorable; pero lejos de aprovecharse de mi acaloramiento, exigió de mi un sacrificio superior á mis fuerzas.

—Puesto que me instais para que no me vaya de casa de lady Wel..., como lo habia resuelto, es preciso para que consienta en esto, que me jureis no hablar á los demás, ni á mí, de lo que ha pasado entre nosotros; es preciso que me trateis con la mayor indiferencia: si no, parto esta misma noche, y no me volveréis á ver.

Habia una tan decidida resolucion en su mirada y en su acento que prometí todo lo que exigía de mí.

Los dias que siguieron á esta entrevista no tuve ocasion de verla; encerrada con sus discipulas, solo bajaba por la noche al salon, y se escusaba siempre de acompañarlas á las sociedades, en las que hubiera podido hablarla. No pudiendo comprender esta obstinacion de huir de mí, acabé por preguntar á lady Wel... la

causa que me privaba del placer de ver á mi amable compatriota.

—Supe mucho desde hace algun tiempo, me respondió; estoy muy inquieta, y quisiera que se cuidase de su salud; pero es tan exacta en el cumplimiento de su deber al lado de mis hijas, que no podemos conseguir que descansa un solo momento: y sin embargo sentiríamos mucho verla en peligro; ¡es tan buena! La queremos como si fuese de la familia.

Este elogio me conmovió mucho; justificaba mi amor y por esto mismo lo aumentaba.

—¿No hay ningun médico que le inspire confianza? repuse.

—Sí; pero no quiere consultarle; y lo que aumenta nuestra inquietud es que en el estado de desanimacion en que la vemos, asegura que se encuentra hoy bien y que no tiene necesidad de nada. Para entre nosotros os diré que tengo miedo de que quizás oculte una gran pena bajo ese exceso de resignacion, que se parece al *spleen*.

—Es tan feliz á vuestro lado, milady, contesté ruborizándome, que olvidará sus penas.

—¡Ah! las distracciones de una vida tranquila no triunfan siempre de un sentimiento... Sin embargo, me sorprende, porque cuando entró en casa, no parecia entristecida: la alegria de mis hijos la hacia sonreir: parecia tranquila y feliz; es preciso...

—Si es así, recobrará muy pronto su buen humor y su salud. Insistid, señora, en que con-

sulte al doctor R..., que acaba de llegar de Francia: le conozco mucho, y si lo permitís, la recomendaré.

Lady Wel..., aprovechando esta idea buscó un pretexto para atraer á mis Denneville al salon, y la ví á la hora de tomar el té.

—He insistido tanto, me dijo lady Wel..., que se ha determinado á oír hablar del médico de su país. Decidle que le conoceis como un verdadero sábio.

Me acerqué á Anais; el corazon me latia tan vivamente que en algun tiempo no pude pronunciar una palabra.

—Despues de lo que me ha dicho lady Wel... me dijo, temí que impacientado por mi resolucion, diéseis un paso imprudente, y he venido para conjuráros otra vez á que me olvidéis; porque sabeis que con sola esta condicion permanezco aquí.

—Si, he prometido obedeceros, respondí tratando de aparecer como uno que suplica una cosa de interés. He prometido no volveros á hablar de mí; pero como mi vida depende de una palabra vuestra, es preciso que la oiga: es preciso que me prometais ir mañana al terrazo que limita el Ganges; de lo contrario no respondo de mí. No soy dueño de mis acciones. ¡Si supiéseis los proyectos insensatos que se me ocurren! Tengo necesidad de ser guiado; sobre todo de ser consolado, y vos sola podeis salvarme de las extravagancias que medito.

—¡Ab! ¡Dios mio! ¡calláos, me dijo con espanto; ¡si os oyesen!..

—Concededme esta última entrevista, ú os hago responsable de...

—Pues bien, sí, dijo con voz ahogada; sí; pero, por favor, alejáos.

Temia demasiado que se retractase para desear más: me levanté; mi sitio fué al momento ocupado por lord Wel.., que fué á preguntar á miss Denneville si lo que yo le habia dicho del señor francés la habia determinado á verle. Adiviné la pregunta en el embarazo que se pintó en el rostro de Anais. Cuando se vió obligada á responder, la conversacion se prolongó por las instancias de lord Wel... En fin, vino á decir á su mujer que miss Denneville habia cedido á la razon, y que recibiria al doctor dentro de algunos dias si no se mejoraba.

Esta entrevista de media hora, á la que habia dado lugar el más puro interes, tuvo un efecto cruel en mi suerte.

En esta parte de la India, como en todas las provincias de Europa, el superior, el que representa el poder, es el objeto de todas las ambiciones, el aliciente mayor del amor propio: todos quieren cautivar ó sorprender su confianza.

La porcion de mujeres galantes, que son el fondo de la sociedad de todos los países, se cree con derechos á su infidelidad, y desgraciado de él si desdeña sus agasajos, porque no dejarán

de calumniar su prudencia y dar por causa alguna intriga abominable.

Esto es lo que sucedió. El amor de lord Wel... hacia su mujer, suficientemente explicado por su talento y sus gracias, pareció á estas señoras un plan para ocultar mejor su verdadera preferencia: espiaron sus pasos: sus actos mas insignificantes y su interés por la salud de miss Denneville bastaron para fijar sus malignas conjeturas y conducir las á una vil accion.

Sin embargo, el dia empezaba á despuntar, y Anais no venia. No queriendo que ella se me adelantase esta vez, habia pasado la noche bajo los plátanos, oyendo las olas del Ganges estrellarse contra la orilla.

No pudiendo dejar de comparar esta noche con la en que habia conocido á Anais, caí en un acceso de desesperacion contra mi estravagante pasion, contra mi ridícula situacion: queria partir sin verla ó vengarme de los que llamaba sus caprichosos virtuosos, tratándola despreciativamente. Despues, avergonzándome de este inicuo proyecto, solo pensé en obtener de su piedad lo que hubiera deseado deber á su amor. Pero tardaba en venir, y las suposiciones que puede producir la inquietud reemplazaron muy pronto toda otra idea en mi imaginacion.

En este instante la brisa que se levantó me trajo los perfumes de los árboles que bordaban el terrazo, y los confusos rumores que venian de la casa á crugir la rampa de un puente chi-

no que conducia al pabellon: muy pronto se abrió la puerta del jardin y oí á Anais que apenas podia sostenerse y que no tuvo fuerzas para cerrar la puerta; corrí á ayudarla, á sostenerla y la conduje al banco.

—¡Vuestra emocion es la mia! exclamé; ¡sí, la reconozco! ¡Anais, vos me amais! ¡Ah, no me negueis la dicha de oíroslo decir; ved que mi vida será el precio de esta confesion, que podreis disponer de ella como de la vuestra! ¡Anais, aceptadla!...

—¡No! dijo ella ocultando su cabeza entre sus manos. ¡No, os amo demasiado para aceptar un sacrificio tan grande! ¡Vuestra felicidad me es mas querida que á vos mismo, y nunca consentiria en dañarla por una alianza indigna de vos! ¡Mr. de L..., vos marido de una jóven prostituida!...

—¡Deteneos! exclamé. ¡Os prohibo insultar mi amor... calumniar á la que amo... la víctima de un infame tráfico, la mujer bastante noble para libertarse por su virtud! Una mujer que triunfa de un yugo vergonzoso, tiene más derecho á nuestra estimacion que aquella cuyo corazon no ha combatido nunca.

—Es verdad, dijo ella: pero el mundo no hace así justicia. Para que esta mujer envilecida recobre la estimacion, es preciso que su comercio sea desinteresado; lo conozco, amigo mio, perderia á mis ojos el mérito de lo que he sufrido, si aceptase semejante recompensa.

No podré repetir todos los argumentos que

la pasión me sugirió, para combatir una resolución tan noble. Era amado, tenía la elocuencia que da una exaltación verdadera; pero no pude conseguir nada de Anais, porque en su amor tenía su fuerza para resistir.

En el momento en que se disponía á dejarme, á pesar de mis súplicas y de mi desesperación, un golpe de viento arrojó hácia la orilla un cuerpo inanimado; era una jóven á quien sus padres demasiado pobres para darle los honores de la hoguera, habían sepultado en el río sagrado segun la costumbre del país (1). La vista de esta hermosa muerta, cuyos cabellos enredados en los restos de una canoa la detenían cerca de nosotros, me causó como un funebre presentimiento. Caí de rodillas, y agarrándome por un movimiento involuntario al brazo de Anais, me arrojé á sus piés, pidiéndole por lo mas sagrado que no me abandonase.

—Ya lo veis, dijo mostrándome el cadáver;

---

(1) Cuando la hoguera se estingue se la rocía con leche, y las cenizas son trasladadas á los ríos sagrados como el Ganges, el Crirhna y otros. Muchas veces se abandonan los cadáveres á las corrientes de las aguas, donde sirven de pasto á los cocodrilos; otras, cuando un indio está próximo á morir, sus padres y amigos le esponen en la orilla de los ríos, y el flujo arrastra al moribundo antes de que haya exhalado el último suspiro. Este, en lugar de retirarse, emplea sus desfallecidas fuerzas en acercarse al río, á fin de tener la facilidad de espirar en sus sagradas aguas.

(*Voyage dans l' Inde*, por M. Briand)

pues bien, si faltais á vuestra palabra, si abusais de este amor que todos mis esfuerzos no han podido ocultar, si desconociendo el amor que me inspirais, quereis castigarme revelando mi secreto, asi me volvereis á ver.

—Anais, gracias, Anais, exclamé, no me ofendas con esa horrible sospecha, con esa amenaza más horrible todavía; juro sacrificarlo todo á tu bárbara voluntad; sí, todo, hasta mi amor. Puesto que deseas mi desgracia y la tuya, sea así; muero de pena de haber sido feliz... Feliz solo un instante; y para espiar este momento de locura por una eternidad de dolor... Anais, ¿puedes exigirme este indigno juramento?... ¡Ah! vuelve en tí: dí que esto es blasfemar, que tú no lo quieres, que tu valor no puede sufrir la idea de este suplicio. ¡Oh! ¡vuelve en tí!

Pero ella no me oia; el ruido de varias voces la hizo volver súbitamente al jardin; el temor de comprometerla me impidió seguirla.

Permanecí mucho tiempo en el mismo lugar en que me habia causado tanta alegría y desesperacion, porque á despecho de su voluntad, y aun de mi razon, la confesion de su amor para mi sufrimiento era lo que la fe en la inmortalidad del alma para los agonizantes. Contaba con este amor para recobrarla, y esta mezcla de pena y de cólera, de esperanza y de adoracion, me producía una especie de agitacion parecida á la locura.

Sin embargo, resolví no presentarme en ca-

sa de lady Well... hasta que estuviese más tranquilo; dije que estaba enfermo para dispensarme el recibir alguna visita. Pasé todo el día encerrado, y no salí hasta la noche para ir á las márgenes del Ganges, al pié del terrazo, donde esperaba siempre que la llevaria una atraccion invencible.

Muchos dias pasaron así; ella no volvia, y concebí un resentimiento tal, que partí poco tiempo despues con un jóven inglés, amigo mio, con intencion de recorrer diversas comarcas de la India, más allá del Ganges. Pero así que llegué á Bénares, no tuve valor para seguir mi espedicion; inventé un pretesto para dejar partir solo á mi compañero de viaje, y volví á Calcuta.

Habia hablado tanto de mi larga ausencia con la esperanza de entristecer á Anais, que me daba vergüenza presentarme tan pronto á las personas de que acabo de despedirme. No queriendo entrar en la ciudad hasta que fuera de noche, envié delante á mi negro Zameo con recomendacion de tener en secreto mi vuelta todo el tiempo que le fuera posible.

Me bajé á poca distancia del fuerte Villiams, y siguiendo las orillas del rio, llegué muy pronto cerca de los muros del jardin de lord Wel...

La oscuridad empezaba á estenderse sobre todos los objetos; tenian todavia su forma, pero no sus colores.

Las flores se reconocian por sus perfumes,

y los árboles por el ruido de sus hojas, porque era la hora en que la brisa reanima á las plantas, abrasadas por el calor del dia. Sentia una especie de languidez llena de encantos, encontrándome en aquellas floridas orillas en el sitio que no habia pensado volver á ver. Esta larga ausencia, impuesta por el orgullo, me parecia realizada; me sentia conmovido como cuando, á la vuelta de un largo viaje, nos preguntamos: “¿Celebrarán verme los que amo tanto?”

Abandonándome á dulce y triste ilusion, procuraba adivinar los sentimientos que ocupaban en aquel instante el alma de Anais... Lloro por mí, pensaba: me reprenderá por haber combatido con más perseverancia su resolucion; maldice mi poco valor para alejarme de ella en tanto que estoy aquí, cerca de la casa que habita, y puede ser que esté separado de ella únicamente por el muro del jardin, porque es la hora que le gusta pasearse. Es tan hermosa la noche.. ¡ah! si las penas y los recuerdos la tragesen á este lado... si viese flotar su velo sobre el terrazo; si viese su graciosa sombra dibujarse en la orilla; si viese ceder la puerta á los esfuerzos de su temerosa mano; si conducida por el mismo sentimiento que me trae viniere...

En este momento un ruido extraño me estremeció. Me volví vivamente hácia el rio.

—¿Qué es eso? exclamé apercibiendo un objeto cuya forma no podia distinguir y que las olas arrojaban con un sordo ruido á la orilla y

volvian al momento á apresarla para volverla á la corriente; es algun pobre indio, pensé.

Y volviendo mis ojos hácia el terrazo, intenté seguir mi sueño de amor y de esperanza: oí el mismo ruido, que me heló de terror. A vergonzado quise vencerlo dirigiéndome hácia el objeto de mi espanto.

Era un cuerpo, cuya fisonomía cubrian sus cabellos. Cuando me acercaba, la corriente lo alejó de nuevo. Una cosa blanca quedó sobre la orilla. La cogí, y no podré describir lo que pasó por mí, cuando ví que era un velo de muselina!... un velo que no podia ser de una pobre, porque estaba ricamente bordado. Un horrible pensamiento se presentó á mi imaginacion; el deseo de disputar al rio este cuerpo que veia aparecer y desaparecer como un punto negro; este horrible deseo me hizo arrojar mi vestido para lanzarme en el Ganges haciendo esfuerzos para alcanzar aquel cuerpo flotante. Impulsado por un movimiento convulsivo, mi mano se agarró á sus cabellos; mi sangre se heló al sentir la impresion de una cadena de oro entre los cabellos esparcidos en el seno de la muerta; la traje hasta la orilla, y sucumbiendo al amor y á la fatiga, mis fuerzas me abandonaron.

Era de dia cuando volví en mí; estaba rodeado de muchas personas que procuraban volverme á la vida. Un cirujano, que acababa de sangrarme, sin que yo lo hubiera sentido;

lord Wel... y su mujer se encontraban tambien allí, y me hicieron trasladarme á su casa.

—¿Dónde está? exclamé cuando volví en mí, ¿por qué me lo han arrebatado?

Entonces la mano de lady Well... cerró mi boca.

—Calmaos, me dijo, cuando esteis en estado de oirlo, lo sabreis todo.

Felizmente para mí una fiebre peligrosa me tuvo muchos dias entre la vida y la muerte. Cuando salí de esta crisis terrible, me encontraba en ese estado de debilidad en que puede saberse todo sin tener que temer una emocion demasiado violenta, y lady Well... me confió las denuncias anónimas que habia recibido sobre la conducta de Anais: calumnias infames, supuestas por las miserables mujeres que estaban celosas de ella, y que esperaban convencer á lady Well... de que Anais adoraba á su marido. Pero esta imputacion, de que podia fácilmente justificarse, no la hubiera llevado á un acto de desesperacion, si pérfidas insinuaciones, si las palabras *¿Se sabe qué oficio ha tenido antes de venir aquí?* que aparecian en todos los escritos anónimos, no la hubieran hecho creer que su secreto era conocido, y que yo, ¡Dios mio! yo que la adoraba, lo habia indignamente revelado.

En este punto, la mas profunda emocion impidió á Mr. de L... continuar.

—¡Cómo! exclamé, ¡ha muerto con esta horrible idea!

—Tomad, contestó sacando de su bolsillo una pequeña cartera; leed esta carta; despues que lady Well... me la entregó, nunca me he separado de ella.

“Habia esperado demasiado de mi amor al pensar que alcanzaria de vos que guardáseis un secreto, del que dependia mi vida. Lo hao beis revelado sin pensar por alguna ligereza demasiado digna de excusa. ¡Es tan natural olvidar lo que no se obedece por respeto! Así, pues, os perdono, Cárlos; hago mas, doy gracias á la falta de fé que me salva de una desgracia mayor que las que me matan, porque de estas soy inocente. Pero al ceder á vuestra amor, al aceptar vuestra deshonor á la mia, me colocaria voluntariamente en el rango de esas mujeres cuyo envilecimiento me causa tanto horror. ¡Y cómo resistir por mal tiempo á vuestras súplicas!... Cárlos, prefiero que lloreis á esta desgraciada Anais cuyo primero y único amor habeis sido. Vendreis mas de una vez á descansar bajo los plátanos del terrazo. ¡Ah! pueda yo arrebatada por las aguas ir á morir allí, donde he oido de vuestra boca tan dulces palabras: allí, donde crei ser amada y respetada; donde todas las ilusiones de felicidad me desvanecieron un momento para volverme, á arrojar mas cruelmente á mi verdadera situacion. ¡Ay de mí! este irrevocable juicio del mundo es el recuerdo que nos separa, es mi muerte. ¡Cárlos, vuestra piedad, una lágrima y un recuerdo! Es todo lo que reclamo

de vos... á quien amo tanto y á quien no volveré á ver más,,.

Tenia los ojos llenos de lágrimas al devolver esta carta á Mr. de L... La tomó, me estrechó la mano volviendo la cabeza y despues me dejó sin decir una palabra.

## EL TELESCOPIO

I.

Estábamos ya hace algunos años en uno de  
esos lindos castillos en que la riqueza puede dar  
toda una especie de hospitalidad, en que se  
gustaba la monotonia de la vida por medio de  
de todos los placeres que pueden tributar, en  
que se representaban comedias para envidiar el  
resultado obtenido, descompartir sus salidas y críti-  
car los demás, en que se comía hasta rendir-  
se, se jugaba hasta arruinarse, y en que se llega  
á ser por verse por entretenimientos y conñado  
por tardar. Volviamos de un largo paseo du-  
rante el que las leyes de la urbanidad habían  
obligado á todos á dar el brazo á las personas  
que en una mesa reducida se sentaban se esta-  
ba en una especie de libertad, no de los libertades  
ninguna preferencia, de la que sin embargo no  
debe de haberse repartido los papales de no

de vos a quien tanto y a quien no vol-  
 Tenia los ojos llenos de lagrimas al desenvolver  
 esta carta a Mr. de L... La tomé, me estreché  
 la mano volviendo la cabeza y después me de-  
 jó sin decir una palabra.

## EL TELESCOPIO

### I.

Estábamos ya hace algunos años en uno de esos lindos castillos en que la riqueza puede dar todavía una espléndida hospitalidad, en que se combate la monotonía de la vida por medio de todos los placeres que pueden turbarla, en que se representan comedias para envidiar el resultado obtenido, descubrir sus faltas y criticar de los demás, en que se caza hasta rendirse, se juega hasta arruinarse, y en que se llega á ser perverso por entretenimiento y confiado por fastidio. Volvíamos de un largo paseo durante el que las leyes de la urbanidad habian obligado á todos á dar el brazo á las personas que les eran mas indiferentes. Mientras se está en una buena sociedad no debe manifestarse ninguna preferencia, de la que sin embargo nadie duda. Se habian repartido los papeles de un

*vaudeville* nuevo, á gusto de dos actores y á disgusto de todos los demás. No habia que ensayar nada; los periódicos no traian una sola noticia que se pudiese discutir; se habia dicho de la última novela todo lo malo posible: ¿qué hacian aquellas personas para quienes el whist ó el ecarté no tenian atractivos?

—Pidamos á Mr. de Norcelles, dije, que nos cuente alguna historia puesto que ama los viajes y las aventuras; estoy segura de que sabe algunas deliciosas, sin contar las que le han pasado. Pero seriamos muy indiscretos exigiéndole alguna de estas.

—Sin embargo, señora, no podria contaros otras, respondió Mr. de Norcelles, porque á ejemplo de nuestros autores modernos no se hablar mas que de mí: mi memoria y mi elocuencia tienen necesidad de estar apoyadas en un hecho personal: entonces los menores detalles, se representan en mi imaginacion, y llego á ser interesante á fuerza de ser verdadero.

—Sed todo lo que gustéis, dijo la castellana, con tal que nos distraigais.

—No respondo de conseguirlo.

—No importa, contadnos alguna cosa; no se corre ningun peligro escuchando á un hombre de talento.

Obligado por esta amable lisonja, M. de Norcelles se sentó cerca de la mesa que estaba en el centro del salon; las jóvenes tomaron su labor, todos se acercaron y se dispusieron á escucharle.

—Acababa de llevar á mi madre á una linda casa á las puertas de Ginebra, en las orillas del lago; esperaba que un aire puro, una vida sosegada y los cuidados del célebre doctor Butigny, triunfasen de la larga enfermedad, cuya causa no habian podido comprender los médicos de París y que me amenazaba con una terrible desgracia, porque adoraba á mi madre!.. Comprendiendo todas las aspiraciones y debilidades del corazon humano; exaltando las unas, tolerando las otras, tenia palabras de consuelo para todos los dolores y una tolerancia que no era propia de su edad!

M. Vanderven, un sábio que habia velado sobre mi educacion despues de la muerte de mi padre; Mad. de Verdiac, mujer de talento que no podia someterse á envejecer, y uno de mis primos, ilustrado aturdido de veinte años, vivo y frio únicamente en sus opiniones, é interesando en sus acciones, eran los únicos amigos que habia podido decir á que nos acompañasen.

Al principio, ocupado únicamente de la salud de mi madre, no ví que el fastido se apoderaba de mí; pero la asistencia de Butigny habia disipado mi inquietud y apercibí que mis paseos no tenian objeto, mis conversaciones interés, en fin, mi vida estaba sin encantos, y todo me era insoportable. En esta tranquila calma eché de menos las torturas que me habia hecho sufrir la feroz coquetería de madame de Rennecy. Deseaba que un nuevo

capricho la llevase á Ginebra, dispuesto siempre á renegar de su natural fingimiento y su cariñoso egoismo.

El temor de fatigar á mi madre con visitas, me impedía invitar á muchos de nuestros vecinos, que probablemente hubieran distraído nuestra monótona existencia. M. de Bonst..., el antiguo amigo de Mad. de Stael, era la única persona que nos veía con frecuencia.

Un día que comía con nosotros, nos contó algunos de esos rasgos mas extraños que políticos, que tantas veces indispusieron á los sérios ginebrinos contra el autor de *Child-Harold*.

— Venia aquí algunas veces, añadió, en la época en que lord Byron vivía en la casa blanca que se vé en la otra orilla del lago; y como los ingleses que ocupaban la vuestra tenían mucha curiosidad por saber lo que pasaba en casa del elegante poeta, habian comprado un magnífico telescopio, que todavia debe estar en el mirador y con cuyo auxilio penetraban en los secretos del noble lord de la manera mas indiscreta.

— ¡Qué divertido debia ser eso! dijo mi madre. Yo hubiera pasado la vida en mirar como ellos.

— ¡Cómo! ¿Os hubiérais espuesto á ver todas aquellas cosas que él mismo apenas se atreve á contar? exclamó Mad. de Verdiac de una manera pública.

— Bien, pero yo tengo valor, repuso riendo

Mad. de Norcelles, y además, ver á un génio en su casa es siempre interesante!

— Cuando no es deplorable, repuso M. de Bonst. ¡Si supierais qué escenas se veian desde aquí cuando el anfitrión y sus amigos estaban beodos!

— Es posible; pero cuando se veia á lord Byron paseando bajo estos tilos, la mirada fija en este hermoso lago, se gozaba con anticipacion del placer de estudiar lo que él meditaba: se asociaba uno á sus ideas: la melancolia que se descubria en su hermoso rostro espresaba los sentimientos profundos de esta hermosa alma, sola con sus penas, y procurando libertarse de las fatigas, de la vanidad, por el trabajo y la gloria. ¡Qué espectáculo tan interesante!

— ¡Es una lástima que un talento tan superior se haya casado con una inteligencia tan positiva! dijo Mr. Vanderven; si Byron hubiera sido comprendido por su mujer, no hubiera hecho nada de lo que se le acrimina.

— Ni las poesias que se admiran, dije yo. Es la rebelion de un corazón amante; es la necesidad de decirse á si mismo lo que el vulgo no entiende lo que hace hablar al poeta. Sin las humillaciones de su madre por el pobre cojo, Byron no hubiera sido mas que un *dandy* menos estúpido que los demás: sin la mezquina severidad de su mujer hubiera llevado la vida con paciencia, y su felicidad nos hubiera costado sus magnificas obras. Creedme; el génio

no puede vivir sin la desgracia; y probablemente el instinto de esta indispensable necesidad, es lo que le hace buscar sin comprenderlo las situaciones menos ligadas con su felicidad, las uniones menos ligadas con su felicidad, las uniones mas antipáticas á su naturaleza. Comprende que del continuo combate del pensamiento elevado, con el frio cálculo de los deseos ardientes con lo imposible, debe nacer la mas elocuente exaltacion; y de esto resultan esas extrañas asociaciones, y esas incomprendibles concepciones que son el asombro de todos.

Después de hablar algun tiempo sobre este asunto propuse á Mr. de Bonst... subir al mirador para juzgar del efecto del telescopio. Su alcance me sorprendió. Habiéndolo dirigido á la casa blanca; cuyas ventanas estaban abiertas, veia el interior de las habitaciones como si estuviese á dos pasos de ella. Vi la mesita en que en otro tiempo escribia Byron, los vacios estantes de su biblioteca, y el cogen de seda en que dormia su perro.

—¿Despues de él, le pregunté, no ha vivido nadie en esa casa?

—Sí, pero sus moradores han respetado hasta el dia su distribucion. Se dice que acaba de ser alquilada por una familia rusa. Mirad en el balcon del primer piso á la nueva inquilina probablemente, añadió Mr. de Bonst..., muy pronto sabreis si es linda.

Me apoderé del telescopio con una impaciencia.

cia novelesca; pero al momento le separé, exclamando:

—¡Ah! Dios mio, es vieja y horrorosa. Maldito sea el instrumento que acerca de esta manera á la fealdad.

—Esperad un poco, repuso Mr. de Bonst...: esta mujer probablemente no estará sola. En mi juventud celebraba mucho encontrar una mujer vieja; esto era para mí la prueba más segura de la presencia de una jóven, y nunca me he engañado.

Mientras Mr. de Boust... hablaba, respiraba apénas: la aparicion de una figura angelical que vino á colocarse al lado de la vieja, cautivaba mis sentidos.

—En efecto, respondí con voz conmovida... Sí, muchas veces se encuentran al lado de una persona de edad... Despues no sé qué sentimiento me impidió continuar. ¿Era la vergüenza de una emocion demasiado viva, el temor de una esperanza irrealizable, ó sea necesidad de misterio que hace que se desee tener un secreto? En fin, oculté este interesante descubrimiento.

Llamado al salon por la visita del doctor Butigny, me preguntaron sobre el telescopio, sobre la estension del país que se descubria desde el mirador. Respondí con distraccion, y me incomodé formalmente cuando Mad. de Verdiac y Alberto formaron el proyecto de servirse desde el dia siguiente del telescopio

para hacer un reconocimiento en la antigua morada de lord Byron.

Así que pude, subí al mirador: pero la noche se acercaba. El balcon en que había visto á las dos mujeres estaba desierto; sin embargo, por las ventanas del salón se veía luz, y ví pasar como una sombra lijera aquella cuyo elegante talle se habia grabado en mi imaginación; poco tiempo despues la volví á ver pasar sosteniendo á la anciana, que andaba con dificultad: un criado las precedía con una luz en la mano, y una doncella las seguia, llevando un almohadon y un abrigo. ¡Qué me importaba todo esto! Yo mismo me lo preguntaba, y á pesar del poco interés de todo esto, no podia separar mis ojos del telescopio y mi imaginacion de los desconocidos personajes.

## II.

Los dias siguientes pasé en mi observatorio todos los momentos que me dejaba libre mi madre; era, sobre todo, exacto á la hora de la tarde, en que la hermosa rusa hacia llevar su arpa al balcon para distraer á la vieja enferma con sus armoniosos acordes ó con los acentos de una voz divina, porque á pesar del profundo silencio que me rodeaba, mi imaginacion me hacia oír esos acordes y esa voz, y mi corazon se conmovia.

Para no ser interrumpido en mi contemplacion, inventaba todas las tardes varios ardides,

que me salian bastante bien. Hacia ensillar mi caballo, y saliendo del patio con estrépito, lo dejaba á alguna distancia; entraba á pié por la pequeña puerta del jardin y subia al mirador por la escalera de servicio. Mi criado me esperaba en casa de algun campesino é iba á reunirme con él cuando la noche no me permitia ver lo que pasaba en la otra orilla del lago.

Debe presumirse que para ser dominado de este modo por el telescopio, era preciso me hubiera iniciado en grandes misterios: pues bien, no sabia más que el primer dia: pero el número de suposiciones, nacidas de las cosas más insignificantes, y el conocimiento de las costumbres de una casa, me habian hecho por decirlo así, morador de ella. Sabia á qué hora se entraba en la habitacion de la que yo llamaba mi Sílfide; si habia dormido tranquilamente: la veia muy pronto acercarse á la ventana con sus hermosos cabellos sueltos, que perfumaba antes de trenzarlos; despues una vieja, ama de gobierno, venia á decirla que su señora habia despertado; entonces veia á mi Sílfide pasar á la habitacion inmediata, sentarse al lado de la cama y tomar una descarnada mano, besarla tiernamente y leer despues grandes hojas, que debian ser periódicos. Una vez, entre muchas cartas que llevó un criado, hubo una que la hizo llorar. La ví llevar el pañuelo á sus ojos; no fui dueño de mí, y resolví saber á cualquier precio la causa de sus lágrimas.

Me acordé al momento de varias personas

que conocia en Ginebra, y me reproché mi falta de atencion por no haberlas visitado, y me dirigí sin preámbulo, á abrumarles de preguntas, sobre el castillo Byron.

Habiendo llegado hacia poco tiempo á las márgenes del lago, y no habiendo visitado á nadie, no eran conocidas. Solamente algunos ingleses de la vecindad pretendian que la casa habia sido alquilada á una vieja condesa rusa, que traia consigo á una jóven que se decia era su sobrina, y á un médico aleman. Estas noticias no podian satisfacerme, y fuí á buscar otras á las inmediaciones de la casa que habitaban; sin embargo, no fuí mas feliz, los habitantes de la aldea me dijeron que se les veia pasar á los tres todos los dias en carruage. Los que deseaban visitar la casa del célebre poeta, recibian una política negativa, fundada en el mal estado de salud de la condesa Noravief; este era el nombre de la tia. Para saber de la sobrina, me dirigí al correo, en la ocasion en que los criados de todos los extranjeros iban á recoger las cartas, dirigidas á sus señores. Muy pronto reconocí entre ellos al que recibia todas las mañanas las órdenes de la adorable sobrina: con una mirada dirigida á una de las cartas que el administrador le daba, y que el cuidado de buscar el dinero con que pagar el porte, le impidió tomar al momento, supe que se llamaba la princesa Alexina Olowksa.

¿Era, pues, casada? pensé con sentimiento; despues, recordando que era costumbre de

Rusia unir el título de la familia al nombre de los jóvenes, permanecía con placer en mi incertidumbre.

Alexina! repetía yo, me gusta este nombre; ¡qué feliz soy sabiendo! En fin, podré hablarla, acusarla por mi locura; porque este sentimiento que me preocupa, los latidos de mi corazón cuando la distingo desde una legua de distancia, mi profundo dolor cuando la veo llorar, todo es efecto de la demencia; ¿qué puede resultar? Sabrá alguna vez...

—De dónde vienes tan tarde, Enguerrando? me dijo una voz que reconocí por la de mi primo. Te esperamos desde hace una hora, para sentarnos en la mesa. Mi tía empezaba á inquietarse; pretende que estás triste desde hace algún tiempo, y teme que enfermes de fastidio, porque es preciso confesarlo, la vida que llevamos aquí no es muy divertida.

No pude oír estas palabras sin experimentar remordimientos: inquietar á mi madre por una causa semejante, no tenía excusa; y me prometí emplear mi razón en desechar una imágen que ejercía en mí tanto imperio. Mi larga ausencia había atormentado á mi madre; no aspiraba más que á alcanzar mi perdón, consagrándome á ella. Con efecto, solo me ocupaba en asistirle cuando Alberto me dijo:

—¿Sabes lo que hemos hecho esta mañana, mientras tu recorrias la campiña? Subimos los tres al mirador y presenciábamos una escena

muy dramática, que ha pasado en el castillo Byron, como aqui se le llama.

—¿Qué ha sucedido?

—¡Oh! casi nada, contestó Alberto. Una mujer que ha caido ó desvanecida ó muerta, porque á tan gran distancia, es fácil equivocarse.

—¿Quién era esa mujer?

--En verdad que no lo sé; pero si el telescopio no engaña, parecia jóven y hermosa.

—¡Ah! Dios mio, exclamé pálido de espanto... Despues, observando el asombro que se pintaba en los ojos de mi madre, me esforcé por parecer mas tranquilo.

—Es alguna persona enferma, á quien habrán traído alguna mala noticia, dijo Mad. de Verdiac; porque parecia tener en la mano una carta, cuando la trasladaron desde el balcon á su habitacion.

—Será alguna infidelidad de algun adorado traidor, repuso Alberto. ¡Ah! no hacemos otra cosa; felizmente se ven por regla general mas desmayos que muertes. Sin embargo, este acontecimiento, visto á tan gran distancia, me inspira una curiosidad particular; es preciso que una cosa grave, porque toda la casa estaba en conmocion; los criados iban y venian de una manera aturdida, y un hombre gordo hacia gestos amenazadores, mientras que algunas mujeres socorrian á la hermosa desvanecida. En verdad que todo esto era muy divertido y me ha dado la idea del placer que experimenta un sordo en la representacion de un melodrama.

—Bonito placer, le contesté levantandome de la mesa.

Despues, aprovechando la primera ocasion, subí al mirador.

### III.

Una estravagancia produce siempre otra; me había entregado con tbnto afán á mi pasión por un sér casi ideal, que no dependia de mí de tener su curso. La indiscreción de mezclarme en los asuntos de una familia que me era desconocida; la inconveniencia de hablar á una mujer de las penas que sufre cuando no nos las ha confiado; el ofrecimiento de una amistad sin límites por parte de un hombre cuya existencia no se sospecha; en fin, el temor de ver tratado mi amor como ridículo, nada me separó del proyecto de escribir las siguientes palabras á la princesa Olowaska:

“Señora:

El estado en que os encontrábais ayer causa una inquietud mortal á un hombre que os es desconocido, que probablemente lo será siempre para voz, y del que sin embargo sois el único pensamiento. Por piedad, por un sentimiento del que nada puede daros idea, tranquilizadle; algunos acordes de vuestra arpa al lado de la ventana en que habitualmente cantais, bastarán para volverlo á la vida.

Es preciso ser un insensato, direis, para atreverse á dirigirme tal peticion. Pues bien; si,

señora, es un insensato quien os suplica; pero este pobre loco es un hombre honrado, del que no teneis nada que temer, porque su respeto hácia vos es superior á su locura.”

Esta carta, llevada por mi fiel Raimundo á la hora de la llegada del correo, fué entregada al momento por el administrador al criado de la princesa. Me devoraba una gran impaciencia por saber como seria recibida; pero las celosías de las ventanas estuvieron cerradas todo el dia y ningun movimiento se notó en la casa en el tiempo que pude estar en mi observatorio, porque mi madre habia convidado á comer aquel dia algunas personas y era preciso que les hiciera los honores de la casa.

Felizmente la agitacion que experimentaba me hacia aparecer contento; no sé que secreta esperanza, me animaba; la extravagancia de mi proceder debia en mi sentir escitar el interés de Alexina: en fin, un feliz presentimiento me dominaba.

Se habló del excesivo número de viajeros que se encontraban en Suiza, de la dificultad de encontrar habitacion y de la necesidad en que se encontraba un príncipe ruso de pasar la noche en su carruaje.

—Esta mañana le he buscado un hospedaje, dijo Mr. de Bonst... Así que conté su desgracia, la amable hospitalaria condesa Br... envió un criado que se informase de la realidad de su carácter de príncipe, puesto que vienen algunos de contrabando, y en seguida le ha ofre-

cido uno de los pabellones que dan á su jardín.

—Es un rasgo de una buena compatriota, dije. ¡Ojalá se vea recompensada por huésped tan agradable!

—A propósito, olvidaba decirnos que ella sabe la historia de los habitantes del castillo Byron; es una verdadera novela.

—¡Ah! contádnosla, dijo mi madre, afectando tanta curiosidad como impaciencia leía en mis ojos.

—Por mi parte os dispenso de todo lo que se refiere á la vieja, dijo Alberto; pero en cuanto á la hermosa rusa cuya rubia cabellera recuerda tan perfectamente las heroínas del Norte...

—Esa hermosa rusa, repuso Mr. de Bonst... riendo, es simplemente la hija de un honrado y pobre caballero francés, que encontrándose con ella el año pasado en Rusia, le ha hecho contraer un brillante matrimonio, cuya solemnidad fué muy trágica.

—Algun rival, dijo Alberto, que habrá querido disputar la prometida, pistola en mano, ¿no es esto?

—¡Dios mio! ¡qué fastidioso es este Alberto con su mania de querer adivinarlo todo! dijo mi madre.

¡Cuánto le agradecí estas reflexiones!

—Se trata efectivamente de un rival. La desgraciada joven, que hacia poco tiempo que vivía en San Petersburgo, no veía mas perso-

nas que á los viejos amigos de su tia, en cuya casa estaba. La condesa Noravief arregló este matrimonio, en agradecimiento del que la habia fijado en Rusia, y que la hacia dueña de una inmensa fortuna. Se guardó muy bien de presentar á su sobrina á ninguna persona que pudiera hacerla desistir de su enlace con el príncipe Olowsky. Este sí que es un verdadero tártaro, añadió Mr. de Bonst... dirigiéndome á Alberto: ¿adivinais lo que hizo al salir de la misa nupcial?

—¡Ah! Dios mio, me asustais, dijo mi madre sonriendo.

—Ya vereis que ha golpeado á su mujer, dijo Alberto.

—Mucho peor que eso, repuso Mr. de Bonst..., ¡la asesinó!

—¡Qué horror! exclamaron todos... Fui el único que no dije nada.

—Felizmente la herida, aunque profunda, no era mortal; pero la princesa estuvo mucho tiempo en peligro, y se asegura que conserva una palidez estremada.

—¿Qué motivo pudo impulsar á su marido á cometer ese crimen?

—El exceso de su amor. Se asegura que cuando hablaba de la hermosura de su prometida, del temor que tenia de no ser amado por ella, se enfurecia terriblemente, y que su ayuda de cámara habia sorprendido en él algunas señales de demencia; dominado por esta idea, creyó de su deber hablar al padre de la jóven

prometida, pero este creyó reconocer su propia juventud en estas extravagancias, y el casamiento no se retardó mas. El dia fijado para su celebracion los criados del príncipe le oyeron hacer extrañas amenazas; uno de ellos le habia visto coger con actitud teatral un puñal turco de un trofeo de armas que estaba al lado de su cama; otro le habia oido proferir en voz baja y de una manera estraviada, las siguientes palabras:

—¡Yo impediré que me haga traicion.

—En fin, todos sintieron no haber previsto que estos actos irracionales podrian llevarle á otro mas funesto. Despues de que la hirió, todos los médicos reconocieron que el príncipe estaba loco; lo llevaron á casa del mas célebre doctor, para curarle de esta espantosa enfermedad. La jóven princesa fué confiada á los cuidados de su tia, y para que se restablezca de las consecuencias de este horrible acontecimiento le han mandado este viaje á Suiza. El doctor C... que ha sido llamado para tener una consulta con el médico de su tia, asegura que no tiene mas que una gran debilidad y un terror tan grande, que la pone en grave peligro el solo recuerdo de su asesino. Pensó morir el otro dia, segun dice el doctor C..., cuando recibió la noticia de que el príncipe estaba curado de su demencia, y que se encontraria muy pronto en estado de ponerse en camino para reunirse con ella.

—¿Y se permitirá, exclamé, que vuelva á caer en poder de ese loco furioso?

—¿Qué quereis? es mujer, respondió Mr. de Bonst,... y si los facultativos afirman haberle curado, será preciso...

—Jamás, jamas, repliqué con fuego. Se sabe la que es un loco curado; es un enfermo debilitado por las sangrias, que no espera mas que la vuelta de sus fuerzas para recaer en sus ataques. El asesinato es su monomania; si la vuelve á ver la matará. No necesita otra prueba, mas que el terror que le inspira; ese terror es un aviso del cielo.

—En verdad, creo que solo de hablar de él el mal se pega, dijo Alberto, porque ya estás dominado por un furor inconcebible.

En efecto, estaba fuera de mí; lo que acababa de suceder producía en mí sentimientos tan opuestos, que á pesar del ridículo en que caía por mostrarme defensor de una desconocida, dije una multitud de cosas que escitaron el asombro y la risa en todos los circunstantes. Mi madre me escuchaba tristemente; su corazón adivinaba el mio: reconocía el acento apasionado de un verdadero sentimiento en estas palabras que los demás consideraban como extravagancias, y la inquietud que se pintaba entonces en su rostro me hizo guardar silencio.

—El diablo me lleve si no está Enguerrando enamorado de la bella asesinada, exclamó

Alberto; y si fuese mas accesible, sospecharia...

—¡El, enamorado en perspectiva! interrumpió Mad. de Verdiac. ¡Ah! ¡en verdad que no es tan tonto!

Y la conversacion se fijó sobre mí, sin que yo tomase parte. La noche avanzaba; no pensaba mas que en la ocasion de escaparme para ir á esperar la respuesta de mi carta. En fin, soy libre..., era de noche, el telescopio inmóvil colocado desde la mañana en direccion de la ventana de Alexina; pero la tormenta estallaba, la lluvia caia á torrentes y la mas profunda oscuridad reinaba en el castillo Byron.

La esperanza me abandonaba á medida que se acercaba el momento de verla realizada, y daba gracias á la tempestad por oponer á mis deseos un obstáculo natural cuando temia uno nacido de la voluntad de Alexina; triste, desanimado á la vista de este cielo negro que estendia su sombra sobre las dos orillas, permanecí absorto en mis pensamientos, olvidando el telescopio. Pero la lluvia cesó, la tempestad caminaba hácia las alturas del Jura. Hacía estremecerse á las montañas: se creeria que se desplomaban. De repente, un relámpago me mostró la cima del Mont-Blanc; otro iluminaria, sin duda la colina que limita el otro lado del lago; podria almenos apercibir el techo bajo el que reposaba Alexina. Me acerqué al atelescopio... ¡Cielos! ¡es ella!... No me han engañado mis ojos... ¡Oh! Dios mio, la tem-

pesta se aleja... ¿No volverá á prestarme su luz?... Y caia en esa especie de anonadamiento que sigue á la fiebre; pensé que era efecto de mi imaginacion... Pero el cielo se abrasaba de nuevo y me decia: si es ella... Es su arpa... desafia á la tempestad por responderme... tiene piedad de este pobre desconocido. ¡Ah! este tormento de felicidad me dá la vida.

Era presa de un verdadero delirio de amor y de alegría. Esperaba un rayo de luz para ver otra vez esta sombra adorable que la luz de la habitacion, unida al fuego del cielo, me habian hecho aparecer como un fantasma divino. La tempestad ha cesado; los relámpagos se han estinguido, y sin embargo, miraba todavia. El dia me sorprendió en el mirador saludando por mis deseos y mi reconocimiento la habitacion de la que hace latir mi corazon. ¡Jóvenes del mundo, talentos experimentados, filósofos positivos, burláos de mi novelesca alegría; estoy suficientemente vengado pensando en que no la experimentaréis jamás!

#### IV.

¡Alexina habia leído mi carta! esto me autorizaba para dirigirla otra: conocia su situacion, sus penas; podia hablarla de ellas y ganarme su confianza por mi respeto: podia ser su defensor contra una autoridad bárbara. En fin, mi imaginacion creaba cien medios de ser-

virla y de consagrarme á ella. Habia conquistado un porvenir.

Cuando al dia siguiente vi á mi madre y á mis amigos, me encontré algun tanto cortado por mi buen humor, despues de haber estado tan desapacible la vispera. Todos me agradaban y era de su misma opinion; solamente cuando Md. de Verdiac propuso el acostumbrado paseo por el camino de Copet, instaba á mi madre á ir á ver la linda habitacion de Mad. de Hen..., en Ginebra, no dudando que el talento y la amabilidad de los dueños de la casa la detendrian bastante tiempo para que yo mismo pudiese dejar en el correo la carta que acaba de escribir á la princesa Olovska, y de informarme de ese principe ruso cuya llegada me causaba tan viva inquietud.

Mi carta contenia una multitud de cosas muy fastidiosas para repetir las, pero que debian interesar á Alexina, aun cuando no fuese más que por la curiosidad de saber por qué medio un hombre que no conocia, que jamas habia visto, podia estar tan bien enterado, no solamente de lo que se referia á ella, sino tambien á sus acciones mas íntimas.

¡Con qué placer la ví por la tarde desde el mirador, teniendo mi carta en una mano, y sosteniendo su cabeza con la otra, en actitud de una persona que desea explicarse una cosa incomprensible! Primero con un gesto de impaciencia arrojó la carta sobre una mesita que estaba á su lado. Entonces entró su doncella, que

la dijo algunas palabras, acompañadas de grandes gestos.

Alexina se levantó precipitadamente para seguirla: despues, volviendo sobre sus pasos, la ví tomar la carta, que habia quedado abierta, doblarla y guardarla bajo su esclavina y correr desques hácia la puerta.

Cuatro dias pasaron sin que la volviese à ver. Su habitacion, cuyas ventanas estaban casi continuamente abiertas, parecia inhabitada; por la noche ninguna luz se veia en ella. ¡Ay de mí! pensé, me habré hecho traicion en esta carta, habrá adivinado el medio que me acerca á ella, y su prudencia castiga mi indiscrecion. ¡Qué falta tan imperdonable! Pero la amaba demasiado para no cometerla.

Dominado por el sentimiento de haber perdido la felicidad que tenia hacia un mes, proyecté dejar la Suiza, que estaba desierta para mí. Hablé de las aguas de Aix; mi madre, que tomaba mi tristeza y las variaciones súbitas que me atacaban por un principio de enfermedad, aprobó este proyecto; yo aseguro que ella misma lo deseaba, porque esperaba que las aguas de Aix terminasen su curacion. Estaban dadas las órdenes para apresurar la partida, pero antes de alejarme de este mirador, en que habia experimentado emociones tan diferentes, quise dirigir una última mirada al castillo Byron.

Todas las ventanas estaban abiertas; era la hora en que el sol se muestra en todo su es-

plendor, pero las nubes le ocultaban. ¿Qué luz rogiza es aquella que ilumina el salón? ¡Bondad divina! Son cirios encendidos que rodean un féretro... Allí está el sacerdote... el agua bendita... ¡Ha muerto!

Mis ojos se cerraron, caí de rodillas, como un hombre que pierde todo lo que le une á la vida.

V.

Habiendo sido el temor la causa de esta primera impresion, la reflexion me volvió muy pronto la esperanza. Aquel féretro podia ser el de la condesa Noravief; su edad, y su enfermedad debian hacérmelo suponer; y era preciso, como me sucedia á mí, no tener mas que un pensamiento, para que no se me ocurriera esto. Una mujer llorando, que fué á prosternarse al pié del féretro, me sacó al momento de esta incertidumbre; era Alexina rogando con todo el fervor de su alma por el eterno reposo de la que era causa de su quebranto. ¡Con qué respeto la contemplaba en su piadoso dolor! ¡Qué bella estaba!... ¡cuánto la amaba!

¡Ay de mí! su silencio, la razon que le habia impedido entrar en su habitacion para tomar el descanso preciso, aquella especie de trastorno de toda la casa; todo lo explicaba la muerte de la condesa. ¿Pero debia alejarme de Alexina, cuando esta desgracia la privaba de su apoyo en un pais extraño, y probablemente

de la única proteccion que la defendia de un loco furioso? No, me dije, el cielo me ha inspirado un amor tan insensato en la apariencia, para la defensa de un ser débil, inocente, y cuya vida, continuamente amenazada, reclama mi ayuda. No la abandonaré; mis consejos, mi brazo, mi fortuna, aun mi vida, todo lo emplearé en librarla de un yugo tan terrible. ¡Ah! estas debilidades del alma, estos movimientos del corazon que no se pueden reprimir, son el secreto de Dios.

Habia subido al mirador para despedirme de Alexina; quería que una última carta le pintase lo que la vista de su habitacion habia producido en mi alma, y el sentimiento de ver pagado mi amor por un desden tan cruel. Pero en lugar de quejas y de reproches, escribí lo siguiente:

„Ese dolor que os anonada, esa muerte que os sustrae á una autoridad querida, ¿no os entregan á la que con santos motivos temeis? Si os amenaza algun peligro, olvidad el sentimiento de que me he atrevido á hablaros, no ved en mí mas que un hermano que os quiere, y disponed de mi vida. Soy libre, ó mejor dicho, lo era; porque despues que he visto que vuestras lágrimas caian sobre la carta de un asesino, y caer sobre el féretro de una segunda madre, estoy encadenado á vuestro destino. Socorredme, llorar con vos y evitaros otras penas si es posible, esa es mi mision y mi único deseo.

„Moritz, el barquero, el que últimamente os

llevó á Meillenie lleva este billete. Pasará la noche en su barca en frente de vuestro jardín. ¡Ah! no le dejéis venir sin alguna palabra vuestra que me autorice á defenderos!„

Sali apresuradamente, los criados me detienen para preguntarme alguna cosa relativa al viaje; yo no sabia que responder: pero Raimundo me siguió, porque queria saber á que hora era preciso pedir los caballos de postas para la mañana siguiente.

—¿Mañana? le contesté, no podré partir.

—¿Como, señor? La señora marquesa acaba de mandarme que cierre las maletas; quiere salir de madrugada para huir del calor...

—¿Mi madre? le dije... ¡Ah! si es preciso que la prevenga..., espero una carta... un asunto indispensable... en fin Raimundo, la salida está detenida; corre á prevenir á Mad. de Verdiac, y entré en la habitacion de mi madre.

—No me preguntéis, le dije, pero concededme lo que espero de vuestra bondad; por mí quereis arrostrar las fatigas de un viaje á Aix; pues bien, permanecer aquí por mí. No es esto solo, es preciso que sola vos me encontréis caprichoso y ridículo; conozco que no tendré paciencia de sufrir los cargos y las bromas que me merezco, y que nuestros amigos no escasearán en esta ocasion; así, pues, sed mi ángel tutelar y libradme de todas mis contrariedades y desgracias. Decid á Mad. de Verdiac ú Alberto que estais peor, que no podeis sin cometer una imprudencia ponerlos en camino hasta pasados

algunos días. El Dr. Butigny será de la misma opinion, os lo aseguro; en fin, hacedme este favor y me hareis un gran servicio, y bendeciré una vez mas esta indulgencia inagotable que os hace aparecer como la providencia.

—¡Cómo! respondió ella, con una sonrisa mezclada de inquietud; ¿sin saber la causa de este súbito cambio?

—Lo sabreis, madre mia; ¿pero sé yo hoy algo por ventura?... Mañana es... mañana se decidirá mi suerte... aprobareis mi locura, ó me ayudareis á curarme de ella. Adios, es preciso que me reuna con Moritz; que atraviese el lago. ¡Oh, que buena sois! añadí besando la mano de mi madre, porque habia leído en sus ojos que consentia en lo que le pedia.

## VI.

Me dirigí al puerto de Secheron; Moritz amarraba sus barcos. ¿Qué viajero ribereño del lago de Ginebra no conoce á Moritz, este compañero del poeta inglés en sus paseos por el agua? ¿Quién no ha oido con vivo interés la narracion de sus nocturnas visitas al castillo Chillon, en esos subterráneos en que el barquero tenia dos antorchas, á cuya luz escribia Byron sus admirables estrofas? “Ved, decia á Moritz, este pedazo de papel; pues bien, si te lo diese, haria tu fortuna.” Nada era mas exacto; pero lo que no se concibe es que no hay

seguido á la reflexion del poeta la dádiva del pedazo de papel.

Antes de ser su guia Moritz habia conducido muchas veces por este hermoso lago á Napoleon y Josefina; á él se confiaba todavia la ilusion del célebre autor de Corina. Rica con tantos recuerdos la conversacion de Moritz, era muchas veces preferida á la de los elegantes viajeros, y me agradaba tanto escucharle, que éramos los mejores amigos del mundo. Asi que no dudó un momento cuando le pedí que hiciese mi comision.

—Me podeis creer, no llego nunca cerca de esa casa, dijo Moritz señalando el castillo Byron, sin tener el corazon oprimido.

En verdad, que era un ente original. Disparaba sus pistolas á mi oido para experimentar mi serenidad; lo que no me divertia mucho. Me hacia remar noches enteras, mientras él hablaba á las estrellas, esto me fatigaba mucho, pero tampoco vaciaba nunca su botella de vino de Burdeos, sin darme un vaso; después bebia conmigo y brindaba por mis amores. ¡Ah! si yo hubiese bebido por los suyos, no hubiera esperado mucho tiempo sin ver bailar las montañas al rededor del lago. Muchas veces me dió algunos billetes como este, para que llevase á su destino, y es una lástima que no esté ya aquí, para que os dijese si cumplo bien alguna comision.

Se me ocurrió la idea de acompañar á Moritz esta noche pasada, esperando me hubiera

parecido mas dulce, mecido por las olas del lago y distraído con las historias del compañero de Byron. Pero el temor de ser visto por los criados de la princesa, y que se diese á una cosa insignificante el carácter de una grave aventura, me determinó á volver á mi casa para esperar el momento en que Moritz llegase á la orilla derecha del lago.

Cuando le repetia, lo menos por décima vez, mis instrucciones, y los medios mas seguros para hacer llegar mi billete á poder de la princesa, advertí que preocupado por alguna idea no me escuchaba.

—Es singular, decia hablando consigo mismo: es preciso que las personas que habitan esta casa tengan alguna cosa particular que inspire una rara curiosidad, porque anteayer recibí tanto dinero como hoy para conducir á media noche y al mismo sitio á un caballero que fui á recoger en los baños que la condesa B... ha hecho construir en sus jardines.

—¿Qué dices? le pregunté con ansiedad, ¿has conducido á un hombre la otra noche al castillo Byron?

—Si señor, y me veria muy apurado para haceros su retrato, tan envuelto estaba en su gran capa. Sin embargo, apostaria que es un jóven, por la agilidad con que saltó á mi barca.

—¿Y no sabes qué motivo le llevaba á aquella hora al otro lado del lago?

—No señor: muchas veces intenté hacerle hablar, pero solo respondia por un movimiento

de cabeza, y le hubiera creído mudo si no me hubiera dicho de la manera mas clara que no le molestase.

—¿Y qué fué de él despues que desembarcó?

—No lo sé; solamente creo que no debió divertirse mucho en su paseo, porque á su vuelta traia muy mal humor. Le oí murmurar algunas palabras, en un lenguaje que no conozco, pero con un tono de cólera, que es el mismo en todos los idiomas.

—Es él.... no puedo dudar, exclamé, es él.

—¿Algún amigo vuestro?

—No, es el príncipe Olowsky, un ruso que ha llegado últimamente. ¡Ah! si pudiese encontrarle; con qué placer.. Nada mas fácil: me ha dicho que vaya mañana á buscarle á la caída de la tarde, para atravesar el lago, y probablemente desembarcaremos en el mismo sitio.

—Pues bien, vé á buscarle una hora antes de lo que te he dicho, y pregunta á los criados de la condesa B., el nombre y las costumbres de este misterioso personaje; escribe el nombre que digan en esta targeta, y entrégala á Raimundo que estará sentado en el banco inmediato á la puerta del jardín de la condesa B.. De ti depende el evitar una gran desgracia.

—Si es así, con mucho gusto, porque no me agrada mezclarme en esos asuntos que suelen terminar por pistoletazos, y si me prometeis...

—Es tarde, le dije interrumpiéndole para evitar una respuesta; parte y recuerda, que es

preciso que llegues, antes que se cierre la verja del castillo. Mañana te esperaré, ven temprano; tengo que hablarte, me traigas ó no una respuesta.

Entonces, separándome bruscamente de Moritz, volví al lado de mi madre. La encontré recostada en un camapé rodeada de nuestros amigos, y Mad, de Verdiac se apresuró á decirme:

—No os inquieteis; es verdad que sufre, pero el doctor ha dicho que no hay motivo para alarmarse. Solamente como seria imprudente esponerla á la fatiga del carruaje en este estado, hemos decidido dilatar nuestro viaje hasta la próxima semana.—Despues, equivocándose sobre la espresion que se pintó en mis ojos, me dijo: esto os entristece y os contraria sin duda alguna; pero la salud de vuestra madre os hará soportar con paciencia este retardo; merece muy bien que os sacrifiqueis por ella con buena voluntad.

—¡Ah! Yo solo sé todo el amor y reconocimiento que merece, dije estrechando sobre mi corazon la mano que me presentaba mi madre. Y corrí al telescopio para descubrir la blanca vela de Moritz entre las barcas de los pescadores que volvian á la ciudad.

## VII.

¡Con qué atencion tan profunda seguia este punto luminoso que parecia una estrella bri-

llante! Se detuvo; la luz que el fanal estendia sobre la orilla permitia ver á Moritz saltar del barco y dirigirse hácia la colina; muy pronto se perdió en la sombra; mis ojos se fijaron entonces en la casa: el salon estaba oscuro; el féretro habia desaparecido; una sola lámpara iluminaba la habitacion de Alexina.

Calculo, reloj en mano, el tiempo que necesita Moritz para llegar á la reja; me parece ver que oscila la barca; está de vuelta; pero mi mirada no puede penetrar en el interior del edificio; el fresco de la noche ha obligado á cerrar las ventanas de todas las habitaciones excepto la de la habitacion que la muerte ha hecho inhabitable. Contemplo por mucho tiempo la débil claridad que me indica que velan en el castillo Byron; despues mis párpados se cierran, mi imaginacion, combatida por tantas suposiciones y proyectos se embota, y me duermo con la cabeza apoyada en la mesa que sostiene el telescopio.

Los rayos del sol, reflejando sobre los cristales del mirador, me despertaron; busqué al momento la barca; estaba todavía en la orilla. ¿Pero y Moritz, dónde está? ¿Será aquel hombre que conversa bajo los árboles con una mujer? Esta tiene una capa negra: su sombrero y su velo son negros tambien: es algun criado de la casa. ¡Ah! ¡era ella misma! Y mi corazon latia violentamente.

Pocos momentos despues la mujer tomó el camino de la colina; subia con trabajo el pe-

dregoso sendero que lastimaba sus delicados piés, en tanto que Moritz entró en su barca, y remaba con todas sus fuerzas para ganar al puerto, al que corrí à esperarle.

—¡La has visto! le dije antes que pudiera oírme. ¡La has visto! Y saltando á la barca mientras que Moritz disputada con unos pescadores cuyos barcos chocaban con el suyo, y que le impedían tomar su sitio acostumbrado, y yo le abrumaba con mis preguntas.

—¡Paciencia! ¡paciencia! respondió; es preciso ante todo que enseñe á estos ganapanes, que Moritz no se deja abordar por golpes de timon, y que tendrán que habérselas conmigo si no van á colocarse mas léjos.

—¿Me haces alguna respuesta?

—Soy con vos al momento. ¡Pero mirad otro que viene á quitarme el paso! ¿Quieres arriar tu cable y amarrar tu barca á la otra punta del puerto, perezoso?

En fin, Moritz, mas feliz que yo, conseguia hacerse oír; le obedecían como al rey del lago.

—¿Esa mujer de luto que te ha hablado, le dije, era ella, no es verdad?

—¿Quién? He visto efectivamente á una mujer vestida de negro que tenia...

—¿Una capa y un velo?

—Eso es. ¿Pero dónde estábais, señor, para saber?...

—No te importa. ¿Qué te ha dicho?

—Pero si la habeis visto tambien, habeis podido oír...

—Nada: dímelo en seguida.

—Pues bien: primeramente me preguntó de parte de quien iba: así lo esperaba; así, pues, la respondí terminantemente que me habían encargado que no lo dijese.

—Tú que eres tan inteligente, ¿no has podido distinguir si era la doncella ó la señora la que te hablaba?

—A fe mía, señor, tenía la voz tan dulce y un tono tan suplicante que no me ha parecido que fuese una persona acostumbrada á mandar.

—No lo sabeis ¿Y despues?

—Si os han hecho prometer no decir el nombre, no os han prohibido dar algunos detalles sobre la persona que os envia.

—La señora me ha dicho como si le costase trabajo pronunciar estas palabras "La señora no puedo responder á la carta que habeis traído mientras no sepa que viene de parte de algun... de..."

—¡Oh! ¿qué quereis decir? le interrumpí adivinando su pensamiento; puedo afirmaros que es un hombre honrado á carta cabal, y del que responderia como de mi mismo; ademas es un hermoso jóven, rico, valiente y generoso; de estas cualidades no hay nada que temer.

—Os creo Moritz sois un hombre veraz; no os encargariais de las comisiones de un jóven aturdido; así, pues, os entrego sin temor la respuesta.

Al decir esto me dió este billete.

La narracion de Moritz continuaba; pero yo me apoderé del billete y nada podia distraerme. Lo he leído tantas veces, que lo sé de memoria.

“¿Quien sois para conocer mis desgracias? ¿para ver correr estas lágrimas que á todos oculto? ¿cual es el poder sobrenatural que os instruye de todas mis acciones, que os permite leer en mis mas secretos pensamientos? Si este milagro es efecto de un sentimiento generoso, de una piedad sincera, doy gracias al cielo porque en el aislamiento en que la muerte de mi tia me deja, la idea de que un alma vela por mí, me sostiene y me consuela; no pudiendo explicar de donde recibo esta proteccion, unas veces sigo las creencias del pais en que vivo, y otras recordando lo que he oido decir del sonambulismo, me creo sometida á una voluntad oculta; pero cualquiera que sea la causa de esta proteccion necesaria á mi corazón, la próxima llegada de un hermano del que estoy separada muchos años, no me permite reclamarla.

A él corresponde animarme, á él corresponde defenderme; no puedo aceptar mas que de él los socorros de que tengo necesidad para sustraerme ó para resignarme á la mas cruel existencia. Pero hay otro socorro que la miseria del mundo no podria extinguir; es la certidumbre de interesar á un ser superior; de vivir, de sufrir en su pensamiento, de estar sin cesar presente á su segunda vista, á esa mira-

da magnética que penetra todos los secretos de mi vida. ¡Ah! si como todo me lo hace creer el cielo es quien os ha dado ese don precioso, el fingimiento es inutil; leeis en mi corazon, conoceis el terror que le domina, sabeis que es tierno, agradecido; digno de experimentar é inspirar una afeccion verdadera; pero tambien sabeis que moriría, antes que aumentar con su remordimiento los dolores que me agobian. ALEXINA.,”

La mas apasionada confesion no me hubiera hecho mas feliz que esta carta escrita para quitarme toda esperanza: me parecia que este hermano de Alexina que esperaba proteccion contra un marido insensato, sería de mi opinion y que aconsejaría todos los medios que yo meditaba para hacer anular el matrimonio de su hermana, porque este matrimonio, sancionado con un asesinato, era nulo ante Dios y debía serlo ante los hombres.

— Pasando de la esperanza á las convicciones mas disparatadas, llegué hasta creerme dotado del poder que Alexina me suponía: no era al telescopio al que debía el conocer sus acciones y los pensamientos que demostraban: me sentia dotado de esta segunda vista que salva la sombra y el espacio: veia latir su corazon; oia los suspiros que exhalaba su angustiado pecho; en sus temores, sus deseos, sus combates y sus remordimientos, la seguia con mi ardiente mirada, como el apasionado jugador sigue las peripecias del juego, y

sigue con sus ojos el oro que debe asegurar su fortuna.

En fin, me creía tal como mi imaginación me había creado, y en esta confianza de mi poder sobrenatural, lo imposible no era para mí más que una palabra vana, y se verá hasta donde mi exaltación ha llevado mi audacia.

La misma tarde, Raimundo me trajo la tarjeta que yo había dado á Moritz con estas palabras escritas con lápiz:

“Es el príncipe Olowsky.”

—Mi capa, mis pistolas, dije al momento á Raimundo sin cuidarme de su sorpresa.

—¿Cómo, el señor va á batirse? dijo con espanto.

—¡Eh! no, contesté; pero voy á pasearme á las montañas esta noche y siempre es prudente... Además, cuida de que no se sepa este paseo nocturno: esto inquietaría á mi madre.

—¿Voy, pues, á ensillar los caballos?

—Es inútil, esta maldita ciudad cuyas puertas se cierran, no permite...

—¿Pero al menos os acompañaré?

—No, no tengo necesidad de tí.

Y el pobre Raimundo dirigió los ojos al cielo, como para pedirle que me protegiese.

## VII.

Moritz no debía conducir al príncipe hasta que fuese de noche: tenía pues tiempo de atravesar el lago antes de que se embarcase: esco-

gí el barquero mas jóven, el mas listo, para que me llevase, y remé tambien para llegar mas pronto. Despues, temiendo algun testigo importuno, pagué doble el alquiler de la barca hasta el dia siguiente, y le mandé á acostarse á la aldea inmediata.

Héme, pues, solo, oculto bajo la plegada vela de esta pequeña barquilla, cuya linterna no se encendia porque queria esperar sin ser visto.

Ciertamente que la ocasion era apróposito para reflexionar; pero la soledad que calma la exaltacion del amor propio ó triunfa de los sentimientos mezquinos, exalta los corazones apasionados; aquella hora pasada en la expectativa de una escena que mi imaginacion componia de cien maneras, me habia trastornado la cabeza, hasta el punto de encontrarme dispuesto á todo para castigar al principe Olowsky, por las ofensivas palabras que le hacia decir.

Por último el ruido de los remos me indicó que su barca se acercaba: la ví á la claridad de las estrellas, dirigirse hácia la orilla, á alguna distancia de los suaces que ocultaban la mia.

Salté á tierra, y corrí hacia el sendero que conduce al castillo Byron. Apenas llegué á él me estremecí oyendo los pasos de un hombre.

Esta emocion que me producía mi conciencia, me pareció una cobarde debilidad, y al deseo de dominarla debí la audacia de gritar con voz de trueno:

—¿A dónde vais?

—¿Quién sois para que os atrevais á preguntármelo?

—Un hombre que quiere evitaros un nuevo asesinato.

—¡Ah! desgraciado, exclamó el príncipe buscando un apoyo en el tronco de un árbol; ¿qué me recordais? ¿Es ella quien os envía para vengarla de un crimen involuntario? Si es Alexina la que desea mi muerte, heridme; no me defenderé.

—Me creéis, pues, un vil asesino, contesté furioso por tal sospecha. ¡Ah! yo sabré castigaros, por haber tenido ese pensamiento.

—¡Castigarme vos! repitió levantándose orgullosamente. ¡Castigarme vos! Sabed que ella sola tiene ese derecho, y que el príncipe Olowskv no tolera que le insulte nadie.

—Pues bien, sea. La noche no es tan oscura que no se pueda ver á cuatro pasos; aquí teneis espadas y pistolas; elegid.

—Acepto, dijo el príncipe, tomando una de las espadas que le presentaba; tened cuidado... vos, que sin duda amareis la vida, porque yo la odio demasiado para perderla; pero que al menos sepa con quien me bato, y qué motivos teneis para insultarme.

—El horror de un abominable asesinato; de ver esa mano todavía ensangrentada atentar de nuevo contra la vida de aquella cuya existencia, sin cesar amenazada, no os pertenece.

—¡Qué os atreveis á decir! ¿Alexina la mujer que lleva mi nombre, no me pertenece? ¿Qué

hombre tan impertinente ó tan temerario se atrevería á disputármela? ¡Ah! si vuestro amor llegase hasta deshonrarla...

—¡Yo deshonrar la mujer mas pura! exclamé fuera de mí: retirad esa infame palabra, antes que me vengue de ella. Retiradla os digo. Al pronunciar estas palabras temblando de rabia, mi mano oprimía el brazo de Olowsky, como la garra del buitre á su presa.

--No, repuso con cólera, solo un amante puede hablarme de esta manera; ningun otro sería bastante imprudente para perderla; es, pues, por un rival por quien ella me rechaza. Su terror es una ficcion, su virtud una mentira. Ella se reiría con él de mis penas y desgracias... ¡ah! esta idea me vuelve mi furor: defendeos, miserable.

—¿Y si fuese su hermano? exclamé avergonzado por atraer su desprecio sobre Alexina.

—¡Su hermano! repitió arrojando á lo lejos su espada. ¡Ah, maldito sea el horrible sentimiento que me ha hecho ultrajarle! ¡Yo, el asesino de su hermano, iba á manchar esta espada en su sangre! ¡Ah! ¡Perdon, perdon! exclamó el desgraciado príncipe abrazando mis rodillas: ¡perdon por este amor que ha turbado mi razon, por esta locura del corazon, este momento horrible en que mi conciencia me remuerde sin ser criminal; castigadme, disponed de mi vida, os pertenece! Pero, antes de que muera, permitidme que la vea un solo instante, que oiga mis quejas, que vea estas lá-

grimas que me justifican; pero no aumentar el terror que la inspiro. Vos, que sois su hermano, interceded por mí.

No podré explicar lo que pasó por mí en este momento, porque nada de mi carácter me explica la resolución que tomé entonces de mantener al príncipe en su error y de desempeñar este papel de hermano hasta que pudiese probarle la inocencia de mis relaciones con su mujer; primeramente el temor de comprometer á Alexina me inspiró esta idea; despues el acento verdadero y conmovedor de este desgraciado que me suplicaba con tanta vehemencia, acabaron de decidirme; despues, sin prever lo que me comprometeria esta mentira, me abandoné á un sentimiento generoso viendo el estado en que emociones tan diversas dejaron á Oloswky.

Cuando quise levantarme sentí que su cabeza caia sobre mi brazo: habia perdido el sentido. Entonces llamé á Moritz con todas mis fuerzas; mi voz retumbó con el silencio de la noche, y ví muy pronto que Moritz corria hacia nosotros. Una calabaza llena de aguardiente que no se separaba nunca de él, me ayudó á reanimar al desgraciado Oloswky, tan debilitado por las sangrias; pero muy pronto volvió á caer en un profundo abatimiento.

Su fija mirada, su pulso cuyos desiguales latidos anunciaban la fiebre, me hicieron temer un violento ataque, y atravesé el lago, pensando

do de una manera muy distinta de cuando lo habia pasado para ir á desafiar á un rival.

Cuando llegamos á los baños de la condesa de B., Moritz me obligó á acompañar á los barqueros que acababa de despertar, para llevar al príncipe hasta la casa, á fin, segun decia, de explicar la causa de su accidente; porque semejante suceso, acaecido en medio de la noche, podia causarle algunos disgustos. Me veia muy comprometido para dar una explicacion razonable á mi encuentro con el príncipe; suponía una partida de pesca, durante la que se habia puesto malo. En fin, como yo me apresuraba á socorrerle, Mr. de S., médico que se encontraba en casa de la condesa B..., creyó fácilmente mi narracion y me propuso que pasase el resto de la noche al lado del enfermo. Consentí en ello: pero deseando encontrarme solo con el príncipe, cuando la pocion que acababa de tomar reanimase sus fuerzas, insté al doctor para que se retirarse.

¡Cuántas reflexiones me asaltaron al lado de este hombre, confiado á mis cuidados, de este desgraciado poseedor de un bien, que reunia todas las aspiraciones de mi corazón! ¡Cuántos proyectos, sacrificios y quejas amargas, pasaron por mi imaginacion en estas silenciosas horas!

Un suspiro doloroso me anunció que Olowsky despertaba. Parecia tranquilo á mi vista. Al verme, hizo un movimiento de sorpresa; despues reuniendo sus recuerdos, sonrió y me ten-

dió su mano demacrada por sus largos sufrimientos; la estreché cordialmente y reclamando del príncipe toda la confianza que debe inspirar un hombre de honor, le hice jurar que oiría sin interrumpirme la confesion que tenia que hacerle, y le conté francamente cómo sin haber jamás hablado, sin ser conocido de ella, me habia enamorado apasionadamente de Alexina.

Durante esta singular confidencia observaba las diferentes impresiones que producía: era un combate entre la duda y la seguridad, entre la lealtad que tranquiliza y los celos que temen; en fin, el honor, que es la simpatia de las almas nobles.

— Os creo, dijo el príncipe, á pesar de todo lo que hay de increíble, en lo que acabais de decirme: pero para afirmarme en esta confianza es preciso un sacrificio; el reposo de Alexina, el vuestro y mio dependen de él.

— ¿Qué quereis exigirme? repuse retirando la mano que estrechaba entre las suyas.

— Lo comprendeis muy bien y veo que confiaba fundadamente.

— En fin, ¿qué es preciso hacer? pregunté con impaciencia.

— Es preciso empleis el ascendiente que os da ese pretendido oculto poder que ella os supone, para obtener mi perdon, para convencerla de que confiando en mi amor, no tiene nada que temer, que su felicidad es mi único deseo, que le consagraré mi vida entera. Entonces cree-

ré que respetais su honor y su tranquilidad; entonces os crearé un leal amigo y un hombre generoso.

—¿En nombre de su felicidad decidís? ¡Ah! todo le podeis exigir de mí, si es verdad que ella puede ser feliz...

El príncipe no me dejó concluir. Deseando saber lo que esperaba de mi amistad, y aprovechar tambien el generoso impulso que me dominaba, me entregó la carta que esperaba haber entregado la vispera á la princesa, cuando le detuve en las inmediaciones del castillo Byron.

—He jurado no violar su morada, añadió, y observaré mi palabra; pero que la vea un momento; que consienta en oirme, y me obligo, por mi honor, á partir si me lo exige. Vos se-  
reis garante de esta promesa.

Al decir estas palabras Olowsky cayó en un estado alarmante. Corrí á llamar al doctor de S... Despues de haberle tomado el pulso, me dijo en voz baja:

—Ved un hombre á quien casi han matado para curarle; á fuerza de opio y de sangrias, los médicos de su pais lo han dejado en tan lastimoso estado que la crisis mas insignificante puede matarlo.

—¿Cómo es posible que los facultativos...?

—¡Ah! no es culpa suya; el mismo me decia en sus momentos lúcidos: "Es preciso que me cureis ó que me mateis."

—¡Desgraciado! exclamé sinceramente com-

padecido por su suerte y decidido á dulcificarla á costa de cualquier sacrificio.

## VII.

Así que el príncipe volvió en sí, volví á casa para cumplir sin dilacion la obligacion que me habia impuesto. A pesar de todo lo que tenia de penoso, soy demasiado franco para no confesar la secreta alegría que hacia latir mi corazón pensando en que iba á hablar á Alexina, que iba á leer en su encantador rostro la impresion que le produciria mi presencia; porque yo no queria presentarme como enviado de un hombre que temia; era al desconocido, á ese hermano ideal, al que ella adornaba con un poder maravilloso, á quién debia conceder una entrevista. En su consecuencia escribí á la princesa una carta, muy respetuosa y tranquilizadora, en la que me anunciaba como teniendo que hablarle de un asunto grave, y esperé con impaciencia loca la respuesta que debia autorizar mi visita.

Llegó al fin; consentia en recibirme, pero sin fijarme la hora. Era mas de medio dia: hice ensillar mis caballos despues, vistiéndome con cierto esmero (porque la vanidad se mezcla siempre á las mas generosas acciones,) y tomé el camino de Ginebra para llegar mas pronto al castillo Byron.

La verja estaba abierta: era esperado. Me animó que hubiese adivinado mi apresuramien-

to y esperaba una buena acogida, y sin embargo, temblaba como un animal al seguir al criado que debía anunciarme. Abrí la puerta del salon, ví una jóven vestida de negro que trabajaba en su bordado, pero su estatura era corta, su cabello era oscuro. No es ella. Saludo y guardo silencio; me invitan á que me siente; me inclino de nuevo y permanezco de pié en actitud de una persona que espera. Mis miradas se fijaron en una puerta abierta; era la de la habitacion de Alexina. La jóven me dirigió la palabra y se turbó; yo, la interrumpí preguntándole si podia tener el honor de hablar á la señora princesa Olowsky. A esta pregunta que probaba bastante que yo no me equivocaba, Alexina se presentó, se ruborizó, sus ojos fijos un instante en mi, se bajaron al momento, y en su turbacion olvidó saludarme, y apenas pudo articular algunas palabras políticas pero sin sentido alguno.

¡Ab! ¡Cuánto me entusiasmaban su graciosa torpeza y su timidez! ¡Cuánto le agradecí que faltase en aquella ocasion á las costumbres de sociedad, y que no tuviese bastante dominio sobre sí para ocultarme lo que esta entrevista causaba en ella!

¡Cuán bella estaba!

Encontrando todo mi valor en su debilidad, me acerqué á ella como para no ser oido de su compañera, y le entregué la carta del príncipe. Recorrió la letra, la ví palidecer; el asombro y el terror se pintaron en sus ojos; aquel cuyo

amor solo conoce ella, aquel descodocido que se ofrece para defenderla contra su marido, es el mensajero del hombre con quien quiere combatir: ella no comprende nada.

¿Como se encuentra esta carta en vuestras manos? dijo al fin.

No respondí nada; una mirada mia á la persona que se encontraba allí, explicó mi silencio.

— Mi querida Eufemia, dijo la princesa; tomando un libro de la chimenea, hacedme el favor de llevarlo al doctor.

Así que estuvimos solos, me encontré cortado, porque temia asustar á Alexina por la exaltacion de las ideas que me agitaban; la felicidad de estar á su lado, la esperanza de haber conseguido turbar la tranquilidad de su alma, la resolucion de inmolar mis sentimientos, la alegría, la tristeza, todo producía en mí un gran trastorno: ¡tenia fiebre!

— Sí, señora, dije entonces respondiendo á su pensamiento; el que os habla hoy por primera vez, y que solo vive por vos, es el mismo que viene á implorar por un desgraciado digno de vuestra piedad; le odiaba mas que vos misma, porque habia atentado á vuestra existencia; pero si á pesar del deseo de vengaros, mi cólera se ha convertido en piedad, vuestro resentimiento debe ceder á su desgracia. Su crimen involuntario es obra vuestra; perdonadle y escuchad su súplica. ¡Ah! ¡Nunca habia comprendido como ahora, por qué la exaltacion de

un sentimiento inspirado por vos puede causar la locura!

Al decir estas palabras de una manera que me esforzaba en hacer aparecer tranquila, conocia que mi cabeza se estraviaba. Mientras yo hablaba, Alexina se esforzaba en leer la carta que acababa de abrir; pero prestando toda su atencion á mis palabras, solo sus ojos leian, y comprendia que al oirme defender la causa de su marido, decia interiormente:

—¿No me ama, pues?

Con más generosidad hubiera debido dejarla en esta creencia; pero mi valor no llegaba á la virtud: podia sacrificarme, pero no dejarla ignorar la magnitud del sacrificio. ¡Pobre humanidad! Ella misma, esta mujer angelical, cuya pureza estaba pintada en su frente virginal, no pudo reprimir un movimiento de despecho. De repente ví mudarse la expresion de su rostro, y con una afectada frialdad me respondió:

—Caballero, nunca he pensado en acusar al príncipe Olowsky de una falta que no es culpa suya: es verdad que este accidente me ha producido hasta ahora un terror invencible: mis sufrimientos, la profunda tristeza que semejante acontecimiento debia producirme me han decidido á pasar la vida lejos del mundo; en una soledad absoluta, añadió acentuando estas palabras, y creo muy prudente no alterar este proyecto. Sin embargo, si creéis que el príncipe...

—¿Yo, señora, le dije olvidando la severidad del deber que me habia impuesto; yo atreverme á separaros de un proyecto del que depende vuestra tranquilidad? ¿yo aconsejaros que os entregueis á él? No, señora, no tengo tanta virtud y si es preciso confesarlo, todo mi valor desaparece al pensar en vuestra condescendencia. Acusadme de inconsecuencia, de traicion si quereis; porque habia jurado servirle, reuniros á él, y me estremezco á esta idea. En mi locura, en esta locura mil veces mas culpable que la suya, me habia engreido con un heroismo imposible: vos sola podiais inspirármelo. Si hubiese leido vuestra pena en vuestros ojos: si mi amor hubiera interesado vuestro corazon, entonces todo me hubiera sido imposible: si, añadí acercándome á Alexina, viendo que una lágrima rodaba por su mejilla; si, vos me hubiérais dado hasta valor para perderos; para...

—Si, Dios mio, dijo ella elevando sus ojos húmedos hácia el cielo; ¡podia ser amada todavía!...

—¡Ah! lo sereis siempre, exclamé apoderándome de su mano; porque, cualquiera que sea vuestro destino, estaré sometido á vos: seré segun querais, el mas feliz ó el mas desgraciado de los hombres, el mas culpable ó el mas virtuoso.

—Pero, ¿será esto posible? dijo Alexina como si soñase; ¡amarme sin conocerme!

—¿Se conoce á Dios para adorarle? ¿No es nuestro amor el que nos responde de su indul-

gencia? ¡Ah! el mio es demasiado duradero para temer vuestra cólera. Alexima, no me ocultéis vuestros sentimientos; va en ello mi vida y mi honor; para saber morir es preciso creer ser amado.

—¿Qué exigís de mí? respondió con voz apenas articulada: no me pertenezco. ¡Ah! si no hubieran dispuesto de mi vida...

—¡Dí que serías mia! exclamé cayendo á sus piés: di que este amor que me embriaga ha tocado tu corazon. Dí que tus secretos deseos; que un poder desconocido te arrastra hácia mí: que lloras, porque el destino nos separa; que confías en mi honradez; que me amas, en fin; ¡ah! dilo, porque lo sé.

—Alejáos de aquí, repuso ella rechazándome con espanto, pero de una manera que espresaba las emociones del amor; ¡ah! no abuseis de ese poder que os hace conocer todos los secretos de mi corazon. Tengo miedo de amaros á vos, que no os conozco, que me haceis decir lo que no habia dicho en mi vida. ¡Oh! ¡Dios mio, tened piedad de mi!

Su mirada suplicante, sus manos unidas como rogando, todo en ella imploraba este poder oculto, cuyo poder creia reconocer. El encanto que produce una confesion me causaba una felicidad inesperada, y no sé lo que hubiera sido de mi razon si la llegada de la jóven Eufemia no me la hubiera devuelto.

El temor de comprometer á Alexina me volvió mi presencia de espíritu, y tomando entón-

ces un tono suplicante para obtener de ella una respuesta favorable al príncipe, le pinté el estado de sufrimiento en que le habia dejado, añadiendo con conmovido acento:

— Despues de lo que acabais de saber, señora, comprendéis que no puedo presentarme delante del príncipe, sin tener seguridad de que consentís en verle.

— Si, le veré, dijo haciendo un esfuerzo sobre si misma; y podeis asegurarle que nada podrá impedir, que cumpla mis deberes para con él.

Al decir estas palabras entró en su habitacion, me alejé del castillo Byron, con el corazon lleno de felicidad, de desesperacion y de amor.

## IX.

— Os recibirá, dije al príncipe Olowsky.

Y esta palabra, verdadero talisman, tuvo poder para curarle, en menos de dos dias.

— La volveré á ver, repetia sin cesar, me perdonará. ¡Ah! moriré de alegría besando sus piés. Amigo mio, añadia dirigiéndose hácia mí, si, amigo noble y generoso, ¡cuánto os debo! porque el hombre que se conduce de este modo, no me hará traicion nunca.

— Jamás, repetia, estrechando su mano, despues me separé de él para que no comprendiese cuanto me costaba esta respuesta.

Entonces comprendi cuan difícil era mi situacion, reconocí con vergüenza la parte que

la enfermedad del príncipe Olowsky habia tenido en mi amistad hácia él; prefiero creer que la razon y el honor hubieran bastado para resignarme á tan grandes servicios, pero una esperanza, que no me atrevia á confesarme, me lo hacia tan fácil...

Vosotras, que me escuchais, estais sin duda al abrigo de semejantes debilidades: sabeis ser francamente virtuosas ó culpables; en cuanto á mí, el diablo se mezcla siempre en el bien que hago, y muchas veces un buen sentimiento ennoblece mis faltas.

Acababa de ligarme por un juramento irrevocable; mi conducta estaba trazada; era preciso renunciar al amor de Alexina, y esto en el momento mismo en que obtenia de ella una confesion. Esta idea me produjo un anonadamiento del que no salia mas que para entregarme á proyectos insensatos ó á imprecaciones violentas contra mi destino. Mi sufrimiento era demasiado vivo para que pasase desapercibido para mi madre; esta me habló con esa dulzura que promete indulgencia, y encontré algun consuelo en confiarle lo que me habia llevado al estado en que me encontraba.

Durante esta entrevista, me entregaron un billete del príncipe Olowsky. Esperaba: me escribia encontrarse en estado de trasladarse la mañana siguiente al castillo de Byron, y me suplicaba que le acompañase. Esto era poner mi generosidad á una prueba demasiado ruda. Respondí que la salud de mi madre no me per-

mitia dejarla en este momento. Escribí en seguida una larga carta á Alexina, en la que le confesaba que este poder, que me hacia conocer todas sus acciones, no era mas que un telescopio, porque hubiera tenido vergüenza de abusar de su credulidad y de mezclar la farsa, por inocente que fuese, al amor que sentia por ella.

Terminaba conjurándola, en nombre de un cruel recuerdo, á que no recibiese sola á su marido, porque debia temer el efecto de esta felicidad, tan impacientemente deseada, en un cerebro apenas curado. Los celos no tenian menor parte que la prudencia en esta recomendacion; convengo en ello. Despues que habia visto brillar la alegría en los ojos del príncipe de Olowsky, me parecia que la espresion un tanto dura de su fisonomia se habia dulcificado: le encontré una porcion de cualidades apreciables, que unidas á su carácter noble y apasionado, debian hacerle amar. ¡Los ojos de su rival son siempre tan halagüenos!

Un poco antes de la hora en que presumia que el príncipe llegaría á casa de Alexina, subí al mirador: hacia un tiempo magnífico.

Ví á Alexina escribiendo cerca de la ventana: una carta abierta estaba sobre su mesa: debia ser la mia: probablemente me respondia.

Un criado entró: se levantó precipitadamente y encerró los papeles en un pupitre y corrió á sentarse en el terrado.

Sabe que la veo, pensé, y el reconocimiento me conmovía.

En el mismo momento un hombre se arrojó á sus piés, regándolos con sus lágrimas: ella le tendió la mano; pero cuando él quiso estrechar esta mano sobre su corazón, sus fuerzas le abandonaron y cayó sin sentido sobre la mesa.

Acudieron en su socorro: Alexina sostenía su descolorida cabeza, en tanto que el doctor le hacía aspirar esencias; poco despues vi que trasladaban al príncipe á la habitacion que en otro tiempo ocupó la condesa Noraviet.

Alexina daba sus órdenes. Un criado á caballo partió sin duda para Ginebra para ir á buscar los socorros necesarios. El espanto, el desórden que parecia reinar en la casa, me decía bastante claro que el príncipe estaba en peligro; me affligí sinceramente porque presentia que el terror y el alejamiento de Alexina hacia el príncipe cederian á la piedad, y tenia mas que temer de su desgracia que de su amor y de sus derechos. En mi inquietud por este acontecimiento envié á Raimundo á que preguntase por el príncipe, le encargué que adquiriese las noticias de la misma princesa: Esta me escribió la siguiente carta:

“Sabeis mi pensamiento. Cualquiera que sea la casualidad ó el poder que os haya hecho leer en mi corazón, sabeis la turbacion que habeis producido en él; no seais menos generoso para mí que lo habeis sido para aquel que reclama hoy mis cuidados y mi vida. Una orden del

emperador le llama á San Petersburgo, bajo pena de perder todos sus bienes; parte para él y yo le acompaño. ¡Por favor, no nos sigais!

Adios; esta súplica os dice bastante lo que sois para mi.”

No verla mas, poner entre nosotros la Europa, sentirse víctimas del olvido que debe nacer de semejante separacion, era mas de lo que necesitaba yo para desesperarme.

Raimundo asustado con la agitacion que esta carta me produjo, trató de tranquilizarme diciéndome que el príncipe habia caido en su ataque de demencia, que habia durado muchas horas, pero esa demencia, lejos de tener un caracter furioso, era mas bien una profunda melancolía, y en sus momentos lúcidos decia tantas cosas tiernas que conmovian á todos. Los médicos, añadió Raimundo, aseguran que cuando la locura degenera en esta especie de melancolía, es incurable. Pero que se puede vivir mucho tiempo en este deplorable estado.

Era pronunciar mi sentencia: pero antes de sufrir la muerte de mi alma, quise ver á Alexina otra vez.

Cuando al dia siguiente llegué al castillo Byront la vista de dos caruajes á los que se habian enganchado, me chocó como hubiera podido hacerlo un convoy fúnebre. Me costó mucho trabajo reunir bastante valor para llegar al lado del príncipe Olowsky. Le encontré echado en un camapé, y custodiado por dos criados, uno de los cuales me dijo:

—Podeis acercaros, caballero: el príncipe está tranquilo.

Y se retiró haciendo señas à su compañero para que le siguiese.

Apenas me hubo visto Olowsky cuando me tendió los brazos.

—¡Ah! amigo mio, ¡os deberé una muerte dulce! dijo con voz débil.

Y me sentí estrechar sobre su corazon. En el mismo instante la puerta se abrió. Alexina quedó inmóvil por la sorpresa de verme. La emociion me sofocaba: no podia pronunciar una palabra.

—Ella ha perdonado, continuó el príncipe dirigiéndose á Alexina: y á vos debo tanto...

—Tranquilizaos, le dijo ella interrumpiéndole y acercándose al príncipe: el doctor exige que no hableis. Pensad en que la menor agitacion puede causaros la fiebre y nos impedirá partir...

—¿Es, pues, necesaria esta partida? dije fijando mis miradas en Alexina.

—Indispensable, respondió ella con voz firme y los ojos llenos de lágrimas.

Bajé la cabeza como anonadado bajo el peso de una sentencia de muerte.

—Tomad, añadió presentándome una caja cerrada, un recuerdo que probará nuestra estimación y que os impedirá olvidar todo lo que os debemos. Respiraba tan difícilmente al decir estas últimas palabras que apenas las pude oír.

Andaban á mi alrededor y no veia nada; mi existencia estaba como suspendida.

El príncipe me abrazó antes de hacerse trasladar al carruaje. Apenas lo noté; con el codo apoyado sobre el respaldar del canapé sostenia mi abrasada cabeza; mi mano ocultaba mis ojos, estaba anonadado; de repente sentí una mano inundada en lágrimas, y oí estas palabras: "Te amo, adios." Mis brazos estrechaban á Alexina, la sentí estremecerse sobre mi corazón. Una voz la llamó: me mandó que la dejase y obedecí.

Al dia siguiente estaba camino de Grenoble, fijos los ojos en el retrato que Alexina me habia dado al partir, en este encantador retrato que habia destinado á su tia: iba á buscar en la austeridad del convento de la Trapa consuelos á mis desgarradoras penas. Era ofender á mi madre, abandonarla; el cielo no ha permitido que fuese culpable, y la muerte del príncipe Olowsky....

—En verdad que no he visto una memoria tan fiel, dijo sonriendo una linda jóven que habia escuchado la narracion de M. de Norcelles con vivo interés: ni un detalle, ni una palabra olvidada. Convenid en que he hecho bien de haceros tan desgraciado y que con mas bondad no me llamaria hoy Mad. de Norcelles.

—Seria una lástima, repuso Enguerrando, besando la mano de Alexina.

## El chal y el perro

Habitaba un inmenso castillo del L..., situado en la falda de la colina de Ecouen. Esta gótica morada, de viejas torres, edificada por un príncipe de la casa de Condé y adornada todavía con ilustres cuadros de familia, tenía un aspecto feudal que recordaba el tiempo, de las apariciones y marivillosas narraciones. Sentado en la noche alrededor de un gran fuego y ocupando los rincones, los jóvenes nos entreteníamos en contar historias sorprendentes. Los mejor escuchados eran los de los más crédulos: las dudas, las bromas irónicas, las palabras elegantes estaban prohibidas á los oyentes, y la redacción del narrador ganaba siempre. Mehul era el Homero del género: su melancólica imaginación, su creencia en lo sobrenatural, la noble sencillez de sus espresiones encantaban de tal manera, que los más indiferentes por esta clase de narraciones quedaban sumamente conmovidos.

El primer cónsul era uno de los que se complacian más con esta clase de historias; y en el pequeño salon de la Malmaison, ese delicioso retiro en el que las artes fraternizan con la gloria, una fantástica narracion de Mehul su-

cedia muchas veces á la de una batalla; era pasar de una cosa maravillosa á otra.

Aquella noche, encontrándose algo indispuerto Mehul, nos dijo que debiamos hacer por él lo que él muchas veces hacia por nosotros, y reclamó una historia.

—Yo sé de una, dijo entonces Mr. de B... pero no la creereis.

—¿Por qué? le dije.

—Porque yo la he visto, y sin embargo no la creo.

—Lo comprendo muy bien, repuso Mehul; un volteriano como vos debe dudar de todo.

—A fé de hombre honrado, contestó Mr. de la B., he procurado explicármela de cien maneras y no he podido conseguirlo: sin embargo, estoy muy persuadido de la imposibilidad de semejante milagro; pero el hecho es cierto, si no para desmentirme, al menos para confundirme.

Esta introduccion aumentó nuestra curiosidad: acercamos nuestros asientos é iluminados solamente por la llama que chisporroteaba en la chimenea, esperamos con impaciencia que Mr. de la B... comenzase, y dijo:

—Venia del Piamonte en el que habia encontrado un jóven dotado de una figura interesante, de un talento distinguido y de esa política que se muda muy pronto en cordialidad cuando se viaja reunido. Un largo camino, el fastidio y el cansancio y algunos peligros arrosados valerosamente por los dos, habian uni-

do nuestros gustos, corazon é inteligencia. Llegaba de Nápoles, donde habia estado para distraerse de una pena cuyo nombre no es difícil adivinar. Tenia la prudencia de no hablarle de ella, especie de barbaridad que se toma por delicadeza; de esto se seguia que la mayor parte del tiempo me respondia sin haberme escuchado, y que le ofendia por una alegría intempestiva.

En fin, encontrándonos un dia en Turin, en una galería de pinturas, le ví de repente derramar abundantes lágrimas á la vista de una Virgen de Andrés del Sarto, cuya espresion era hechicera: creí que le recordaba la mujer que causaba su tristeza, y se lo dije francamente. Esta indiscrecion puso fin al suplicio que se habia impuesto hacia mucho tiempo, y alivió su corazon por la confidencia de todos los dolores que le oprimian.

Federico, nacido de padres muy ricos, habia terminado su educacion en Alemania: principió muy á la moda entre las gentes del comercio, que pensaban que hablando bien el idioma de este pais se podia tratar mas fácilmente con los millonarios judios que gobernaban la Europa. Francfort habia sido elegida primeramente: debia aprender alli toda la diplomacia del comercio, y la casa Belman, á la que habia sido recomendado, le ofrecia mil recursos de este género; pero en esta opulenta casa se daban fiestas en las que las mas lindas jóvenes ponian en juego todos sus atractivos para turbar la

tranquilidad de los pobres convidados. Allí encontró Federico á una hermosa jóven de una familia noble y arruinada por la guerra con Francia, una de esas criaturas que el cielo destina al amor, y á quienes no puede verse sin emoci6n.

Despues de algunas palabras tiernas, acogidas con todo el candor de una alma pura, Federico, creyó poder pedirla en matrimonio, sin inquietarse por la opinion de su familia. Su demanda fué bien recibida por el padre de la jóven Odila (así la llamaba él); pero queriendo saber si el padre de Federico consentiria en que se casase con una mujer sin fortuna, el de Odila habia escrito con ese motivo y la respuesta insolente y desdeñosa que habia recibido, le determinó á partir súbitamente para Colonia, donde se proponia casar á su hija con un rico negociante, antiguo amigo de su familia.

La desesperacion de Federico, al saber la partida de su amada, pudo solo compararse con la que experimentó poco tiempo despues al saber que acababa de casarse con Mr. Vander S... Sin embargo, fingió querer vengarse con relaciones escandalosas, y cuando creyó que todos estaban convencidos de que habia olvidado á Odila, empezó el viaje de las márgenes del Rhin, y se detuvo en Colonia.

Mr. Vander S... no habia oido hablar de Federico y deseando complacer á los amigos que le habian escrito, le ofreció una franca hospitalidad. Odila no ocultó á su marido que habia

conocido á Federico en Francfort. Su franqueza no fué mas lejos: hubiera temido alarmar inútilmente á su marido, de un amor que creir estinguido en el corazon de Federico. Se engañaba, jamás esta pasion habia sido mas viva: la languidez que se pintaba en los ojos de Odila, su resignacion para cumplir sus deberes, su anhelo en hacer la felicidad de un marido que no podia amar, la hacia mil veces mas seductora que la mas refinada coqueteria. Federico perdia la razon. Un dia la encontró sola, y se atrevió á decirle cuánto sufría con su indiferencia. Era engañarse á si mismo, porque sabia que era amado; pero en amor, las injusticias consiguen alguna cosa.

Odila se justificó llorando; intimó á Federico á que no le hablase de su amor, ó á huir, porque estaba decida á sacrificarlo todo á sus deberes, ó mejor dicho, á su reconocimiento hacia el hombre honrado que se habia casado con ella. Federico admitió la fraternidad que le proponia, á decir verdad, de la manera que el ladron acepta la limosna del que trata de robar. Sin embargo, la tranquilizó tanto, que ella se abandonó á la mas dulce confianza, y gustó por algun tiempo de la felicidad de ser amada y de amar sin remordimientos. Pero aparentando siempre someterse á las órdenes de Odila, Federico no perdía una ocasion de agradarla.

Al volver una tarde con varias amigas suyas del paseo que limita el Rhin, vió la mas boni-

ta galguita blanca que puede imaginarse y esclamó:

— ¡Cuánto daría porque ese precioso perro fuese mio!

— Pertenece à ese inglés que veis allí, dijo uno; muchas veces le encuentro al ir à Deuts, donde vive su señor; segun creo es un viajero.

Al dia siguiente por la mañana, Federico se trasladó à Deuts tomando los mas ingeniosos pretextos para obligar al inglés à cederle su perro.

— He traído à mi querido Fido de Florencia, y no podré procurarme otro en vuestros helados paises: lo quiero mucho y lo conservo. Si os propusiese ceder el hermoso caballo árabe que montais, añadió el inglés pasando la mano por el cuello del caballo de Federico, convenid en que no consentiriais fácilmente en ello. Nunca he visto otro más hermoso.

— Pues bien, troquemos de amigos, repuso Federico; mi perro por vuestro caballo.

— Hariais un mal negocio.

— ¿Qué sabeis? replicó Federico sonriendo.

— ¡Ah! si mi perro puede proporcionaros...

Una mirada maligna terminó la frase. Este cambio tenia un carácter de originalidad que debia seducir à un inglés. Aceptó à condicion de que Federico recobraría su caballo si la adquisicion de Fido no le proporcionaba todo lo que esperaba.

¡Qué exclamaciones tan tiernas! ¡Qué transportes de reconocimiento recibieron à Fido

cuando la doncella de Odila le entró en la habitacion de su señora.

Las ventanas están apenas abiertas: salta á la cama como si estuviera encargado de despertarla por un recuerdo del que ama: despues llora: se vé que echa de ménos á un amigo. Esta prueba de sentimiento es recompensada por caricias. Le halaga, le llama con todos los nombres que querria dar á otro, y Federico, sentado en el salon que precede á la habitacion de Odila, oye con alegria estas tiernas palabras, que cree que solo se dirigen á él.

Desde entonces, Fido llegó á ser el intérprete de los sentimientos, de los reproches que no se atrevia á decir: se cuidaba mucho, era friolero como todos los perros nacidos en climas cálidos, y por miedo de que muriese con el frio del invierno, habia obligado á Federico á ponerle por cubierta un chal de cachemir que le habia vendido un judio de Colonia, el que hubiera figurado dignamente en un equipo de novia.

Nada es secreto en una pablacion pequeña: el marido de Odila supo muy pronto que el hermoso caballo de Federico habia pagado un capricho de su mujer. De esto resultaron algunas quejas, tanto mas penosas, cuanto que eran acompañadas de todo lo que puede atenuar su amargura; era más bien una advertencia que una sospecha, pero no era preciso mas para advertir á Odila sobre el peligro que le amenazaba.

Federico recibió al mismo tiempo la declaración del imperio que tenía y la orden de alejarse de ella; por precio de su obediencia fué preciso prometerle que le escribiría y que le contestaría, lo que no impidió que partiese desesperado.

Un año habia trascurrido despues de esta cruel separacion y Federico lo habia empleado en viajar por Sicilia y los mas hermosos paises de Italia, haciendo en cada ciudad una parada bastante larga, para poder recibir una carta de Odila. Despues que Venecia ha perdido su esplendor, su tribunal secreto y sus máscaras, es preciso pasar el Carnaval en Roma. Es una especie de deber impuesto á los viajeros que cumplen con placer.

Durante estos ochos dias de diversiones se suspenden todos los asuntos y no se piensa más que en reir: la primavera que se presenta estiende como un perfume de amor sobre todas estas demostraciones de alegría, las anémonas y ramilletes de violetas, son lanzados de todas partes en medio de una lluvia de confites y llegan siempre á la mujer más linda ó al carruaje más elegante.

En esta fiebre general no habia miedo de ocultar sus pesamientos; la mujer honrada manifiesta su preferencia, la otra sus celos, y cada uno se entregaba á lo que amaba.

La tristeza de Federico no le libró del contagio y cuando vió en las filas del Corso á la hermosa duquesa de L. coger su ramo y arro-

jarlo en el carruaje en que se encontraba solo, no pudo evitarle que llevase éste ramo á sus labios, despues de haberle cogido hábilmente.

Aquella misma noche, en el baile del emba-  
jador de Francia, se quejaba la duquesa de una  
fuerte jaqueca, y suplicó á Federico, que pidie-  
se su carruaje y los dos subieron á él. De esta  
manera se trata un asunto de amor en aquel  
pais, añadió el narrador; y pido perdón á estas  
señoras: pero la falta de prólogo no perjudica  
al encanto de estas historias como tampoco á  
nuestras modernas narraciones; es solo una  
economía de frases.

Federico fué primeramente muy feliz por el  
buen éxito que había tenido con la hermosa  
duquesa L.; despues se arrepintió de su infide-  
lidad: una carta que estaba sobre su corazón  
debía responder á ella, y su conciencia de  
amante se negaba. Hay profanaciones imposi-  
bles para un hombre delicado, y Federico pre-  
fería mejor dejar á Odila en su inquietud que  
tranquilizarla engañándola; y despues, como  
queremos siempre justificarnos de los males  
que nos divierten, Federico se persuadió de que  
habia virtud en su conducta cuando procuraba  
por todos los medios distraerse de un amor  
culpable, y cuando este argumento no le pare-  
cia bastante fuerte, recurria á hacer una supo-  
ción ofensiva, y se pintaba Odila inconstante  
como él.

Federico observó muy pronto que la duque-  
sa L... le preparaba un sucesor, el ayudante de

un general francés que acababa de llegar de Roma, y para evitarle el disgusto de una ruptura, partió sin darle otro adios que una eficaz recomendación de no hacer penar á su rival.

Esperaba encontrar cartas de Odila en Florencia, y sin suponer que hubiera dejado de escribirle, no recibiendo ninguna carta de él, se indignó con su silencio y resolvió imitarla.

Desde entonces cayó en un desaliento profundo, trasladándose de ciudad en ciudad como viajero fastidiado que vé lo que hay de mas curioso en cada poblacion sin tener el menor interés, porque no sabe á quien dar cuenta de sus impresiones. ¿Por quién las experimentaría?

En esta disposición de alma le encontré en Turin. Apenas me hubo confiado lo que acabo de contaros, formé el proyecto de sacarle del estado de languidez, que debía concluir por extinguir su facultades.

—Puesto que esta encantadora Odila no puede ser vuestra, le dije, es preciso trabajar seriamente en olvidarla y en crearos una ocupacion que os impida pensar en ella sin cesar. El cielo os ha hecho nacer con todos los elementos de felicidad: no os entretengais en destruir vos mismo tan hermoso destino; aceptad mis consejos, mi amistad, y os prometo que algun dia gozareis de la existencia de un hombre cuyo talento debe honrar algun dia á su pátria.

—Me abandono á vuestra cariñosa amistad, respondió Federico arrojándose en mis brazos;

libradme de mis recuerdos, y os deberé más que la vida.

Desde este momento arreglé el plan de nuestro viaje: convinimos que tomaríamos el camino menos frecuentado para atravesar los Alpes y dirigirnos al Norte de la Suiza, que ninguno conocíamos, y que volveríamos por el camino de Strasburgo.

A fuerza de fatigar, de predicar y de distraer á mi jóven amigo, conseguí separarlo del recuerdo que le oprimia; algunas veces mi alegría despertaba la suya; se burlaba de mi filosofía, y yo de su exaltacion melancólica: yo queria verlo todo, él sentirlo: yo hablaba mucho, él estaba silencioso, y á pesar de este contraste viviamos en la mejor armonia.

De esta manera, caminando, hablando y disputando, llegamos á Bla, fonda de los Tres Reyes, la peor y la mas cara, sin contradiccion, de toda la Suiza.

Era la estacion en que los ingleses se apoderan, por decirlo así de los trece cantones, y no quedaba desocupada mas que una pequeña habitacion con dos camas poco separadas y tapizadas con una tela azul con cuadros blancos, que creo ver todavía.

Las cortinas de cada una de estas camas; cayendo de los cuatro lados, formaban como dos pequeños gabinetes separados; sin embargo, hubiera sido imposible pronunciar una sola palabra, sin que se hubiera oido en el vecino.

Despues de una mala cena, acompañada

con un vino del Rhin, que sabia á madera, servido en un enorme salon, cuyos balcones, suspendidos sobre el rio, permitian gozar de una hermosa vista y de un ruido muy atronador, nos fuimos á acostar.

Habia caminado mucho tiempo, estaba muy cansado y me dormí profundamente. No sé á que hora de la noche fui despertado por una voz que me llamaba.

No distinguía el nombre que pronunciaba, pero no dudando que fuese la de Federico, le pregunté si necesitaba algo.

—No, me respondió; pero sois vos sin duda quien me llamais, porque he oído muchas veces pronunciar mi nombre. Me habeis dicho alguna otra cosa que no he comprendido, porque me ha costado mucho trabajo despertarme. No debe ser mas de la una, y en el primer sueño...

—¿Qué decís? Soñais todavía, amigo, no he habierto la boca; por el contrario, os he oído muy bien yo... Es posible que habéis dormido: esto se ha visto algunas veces.

—No sé si he hablado dormido; pero estoy muy seguro de haberos oído llamarme muy distintamente.

—¡Vereis como me he vuelto sonámbulo! ¡En fin, sea! que descanséis hasta por la mañana.

Y me dormí, dejando á Federico muy convencido de que yo había hablado.

Poco más de una hora despues, ví de nuevo agitarse la colgadura de la cama de Federico, despues oí esta palabra: ¡adiós! pronunciada en

voz baja. Se me ocurrió que mi compañero de viaje se divertía á costa mia y que no estaba solo; pero como amigo discreto, resolví esperar el dia para probarle que no me habia engañado; cuando me preguntó á su vez porqué le decía *adiós*, y que si tenia el proyecto de partir antes del amanecer para dirigirme sin él á Sachffhausen,

—¡Os chanceais! le dije, partir sin vos! Nunca lo he pensado, aun cuando permaneceriais aquí mas tiempo para gustar las delicias de una amable compañía, añadí riendo.

—¡Permanecer aquí mas tiempo! exclamó Federico, libreme el cielo de hacerlo! Me parece que me ahogo: experimento una agitación que se parece á la fiebre; me parece que un fantasma me persigue, me habla, y sin embargo, el sueño me anonada: no puedo abrir los ojos. Tengo sueños espantosos.

Estas palabras me explicaron muy bien el ruido que me habia despertado por dos veces, y dejé de creer que fuésemos mas de dos en la habitacion. El silencio se restableció. Federico cayó en un profundo anonadamiento, y mi sueño no se turbó mas en toda la noche.

Habiamos encargado al criado que nos llamase á las seis de la mañana. Exacto á la consigna, nos despertó sobresaltados; en el mismo instante, un grito de espanto me estremeció, salté de mi cama, abrí la cortina de Federico y lo ví pálido, anhelante, los ojos estraviados, haciendo inútiles esfuerzos para hablarme, y

enseñándome con temblorosa mano un perrito medio oculto en un chal azul.

Adiviné que este perro era el de Odila, y sin comprender como habia llegado allí, intenté tranquilizar á Federico diciéndole que sin duda alguna, su dueña estaria en Bale, y que la volveria á ver: pero el desgraciado jóven, anonadado bajo el peso de una emocion terrible, no me oia, habia perdido el conocimiento.

Me costó mucho trabajo hacerle volver en sí; su escitada imaginacion no admitia ningun medio natural para explicar este hecho, y confieso que encontrando la puerta cerrada por dentro con doble vuelta, me ví muy embargado para explicar la entrada de Fido en nuestra habitacion.

—Esta voz que me llamaba, repetia Federico con el mayor dolor, era la suya; ese ¡adios! era el último; ¡no la volveré á ver! ¡ah! lo conozco en mi desesperacion: ¡ha muerto!...

Considerando sus presentimientos como locura, reconocí todos los rincones de la habitacion, levantando los tapices que cubrian los muros, y separaba los sillones; en fin, no encontrando ninguna salida por la que hubieran podido penetrar secretamente en la habitacion, hice llamar al fondista. Al escuchar mi narracion y mis preguntas, se puso á mirar de una manera que parecia decir: ¿quereis sin duda divertiros? Esta incredulidad, que en su lugar probablemente yo mismo la hubiera tenido, me causó una gran impaciencia y le amenacé

con estender en toda la casa los rumores mas desventajosos si no me ayudaba á descubrir la causa de esta mixtificacion; asi llamaba el hecho que no podia comprender, siguiendo el sistema establecido entre los hombres desde la infancia del mundo, y que consiste en injuriar todo lo que no comprende su inteligencia.

Sin embargo, insistia en creer la presencia de Odila, y empleamos una semana entera en pesquisas inútiles, ya en Bale, ya en sus alrededores. Comprobamos perfectamente que ninguna mujer que se pareciese á Mad. Vander S... no habia estado en los *Tres Reyes*; que nadie, ni en la casa, ni en la ciudad, habia visto ni al lindo perro ni al hermoso chal, y cuando hubimos perdido toda esperanza de saber mas, nos pusimos en camino para Colonia; allí debia saberlo todo Federico; allí debia perder ó recobrar el reposo para siempre.

Durante este largo camino, Fido fué el objeto de todos sus cuidados: consideraba como un triste presentimiento que este animal estuviese triste: sin embargo, lo habia reconocido y acariciado, pero no podia hacerle jugar como otras veces. Yo me empeñaba en hacerle creer que el perro estaba enfermo; Federico se obstinaba en creerlo desgraciado.

Eran las once de la noche cuando llegamos á Colonia; las puertas de la ciudad estaban cerradas; nos vimos obligados á esperar al llavero. En estos cortos minutos se apoderó de Federico un estremecimiento nervioso que me in-

quietó. ¡Ha muerto! decía; lo conozco por el horror que se apodera de mi al ver las murallas de esta ciudad: solo encontraré en ella un sepulcro.

Lágrimas ardientes abrasaban sus ojos; yo mismo estaba entristecido y no podía tranquilizarle.

En fin, el carruaje se detuvo en la fonda D...; el dueño vino á saludarnos, y la primera palabra de Federico fué: “¿Es verdad que ha muerto Mad. Vander S..?”

—¡Por desgracia es cierto! respondió el fondista: lo habreis sin duda sabido en Aix-la-Chapeile; allí exhaló su último suspiro, en el quinto mes de su viudez. ¡Ah! ¡la desgraciada jóven merecia mejor suerte!... Pero olvido que probablemente habreis comido mal en Bonn, y voy á prepararos una buena cena.

El fondista hubiera estado hablando una hora sin que se nos ocurriese interrumpirle. Federico, aterido por este golpe que habia sentido, parecia atacado de una insensibilidad completa. Yo mismo estaba bajo el peso de un poder misterioso que confundía mi razon.

Sin piedad por el dolor de mi pobre amigo, intenté todas las investigaciones que podian darnos algunas luces sobre este inesplicable acontecimiento, é hice venir á la criada que habia asistido á Odila hasta su último momento.

Supimos por ella que su señora habia sucumbido á la pena de no tener noticias de Federico, sobre todo después de haberle escrito la muer-

te de Mr. Vander S... Este silencio cruel la habia parecido la manifestacion del abandono del que amaba, y no teniendo ya su vida objeto, se habia deshecho en lágrimas, el mismo dia en que el chal y el perro fueron colocados en la cama de Federico.

Esto es lo que he sabido, añadió M. de la B..., al responder á nuestro asombro, esto es lo que he visto y que me veo obligado á creer, en despecho de mi razon y de los conocimientos del siglo.»

## La princesa de Conti.

Mi padre habia conocido mucho en su juventud á una señora llamada Mad. Bar... que habia sido primera doncella y confidente de la primera Isabel de Borbon-Condé, casada con Luis Armand Conti.

Como todas las mujeres viejas, madama Bar... tenia mucha aficion á hablar de su pasado, y M. de L..., que era muy aficionado á las historias escandalosas, le hablaba sin cesar del tiempo que ella llamaba el mas hermoso de la regencia, con la esperanza de que le contase alguna aventura galante de aquella época, medio que siempre le producia buen resultado. A fuerza de contar, la memoria y los hechos se agotan, y Mad. Bar... dijo una tarde á mi padre

que habia contado todas sus historias; que no reservaba mas que una, que habia prometido guardar en secreto, porque su antigua señora hacia en él principal papel, y el religioso recuerdo que de ella conservaba, no le permitia revelar esta estraña aventura. Semejante restriccion debia aumentar la curiosidad de Mr. de L...; probó á Mad. Bar... que el amor de la princesa de Conti hacia el marqués de la Fare, siendo conocidos de la corte y de la ciudad un capítulo mas á esta novela solo aumentaría su interés sin darle mayor publicidad.

—No, respondía Mad. B... el principal actor de esta historia vive todavía, y sentiria mucho que mi indiscrecion le autorizase á ser tan hablador como yo: y esto, seria un mal, porque mientras vivió la princesa y aun después de su muerte, ha guardado religiosamente el secreto que la habia prometido: es un ejemplo muy noble que debo seguir.

A estas buenas razones, mi padre contestó con otras que la decidieron, y madame de Bar... le entregó el secreto de que habia sido la única depositaria.

Treinta años después, encontrándose mi padre convidado en casa de M. de Varennes con el viejo Laplace, el anciano mariscal de Richelieu, y algunos otros restos del siglo de Luis XV, no pudo resistir al deseo de comprobar la exactitud de la narracion de Mad. Bar... No era fácil para un jóven á quien solo recomendaban la benevolencia del mariscal, diri-

gir una pregunta con este motivo al héroe de la aventura: era cometer una imprudencia y desprestigiarse para siempre con M. de Richelieu; era preciso además que le pidiesen que cometiese la indiscreción que deseaba tener. Ved cómo se compuso M. de L... Afectó durante la comida una preocupación estremada y distracciones ridículas; era seguro que M. de Varennes desearia saber la causa.

— ¿Pero en qué pensais? mi querido amigo, dijo éste; echais sal en la crema de chocolate, agua en el vino de Champagne; no respondeis á nadie; estais distraido, ¿en qué pensais, pues?

— Bonita pregunta! respondió el mariscal; piensa en sus amores, á su edad no tiene otra cosa mejor que hacer.

— Os pido perdon, señor mariscal; no es en mis cosas en las que pienso en este momento.

— Ya vereis que es en las nuestras.

— Precisamente... repuso Mr. de L...

— ¡Ah por supuesto. Os aseguro que á vuestra edad no pensaba en los amores del gran siglo. Pero espero que nos digais cuál de vuestras antiguas locuras os preocupa de tal modo.

— No me atreveré á decirlo.

— Animo, dijo Mr Varennes: el señor mariscal es indulgente y además sus empresas de todas clases han hecho tanto ruido en el mundo, que está acostumbrado á oír hablar de ellas.

— Sí, es la manera de hacer penitencia en este mundo, dijo el mariscal hipócritamente;

veamos: estoy pronto á arrepentirme, además, que son pecados antiguos. ¿A qué época os referís?

—Al tiempo, respondió titubeando Mr. de L..., en que la señora princesa de Conti amaba al marqués de La Fare.

—¡Ah! desgraciado, exclamó el mariscal, ¡me recordais la mas indigna accion y la aventura mas picante de mi vida! ¿Cómo es posible que un secreto tan fielmente guardado sea conocido de vosotros? Juro por mi honor que ninguna palabra mia...; ¿pero probablemente no sabéis todo?

—Es preciso juzgar, dijo Mr. de Varennes: vamos, querido amigo, no os hagais de rogar.

—¿Cómo exigís que haga hablar y obrar al señor mariscal, aquí en su presencia con peligro de hacerle decir una multitud de cosa de que no tengo idea? ¡Seria una cosa ridícula, una impertinencia intolerable. No, no puedo...

—Me obligo á escucharos como si habláseis de otro, repuso el mariscal. Sobre todo, amigo mio, no respeteis al jóven duque; os prometo que el viejo no se enfadará.

Entónces Mr. de L... se vió obligado á contar la historia como la habia sabido por la doncella de la misma princesa.

Era el tiempo en que se ponderaba la virtud de la mujer que permanecía fiel á su primera debilidad; los padres mas rígidos la presentaban como modelo á la jóven casada, que se presentaba en la corte del regente, y las rela-

ciones de la princesa de Conti con el marqués de La Fare, era uno de estos sentimientos que inspiraban respeto á los maldicientes, escitando la envidia de todos.

Pero si es mas cómodo amar de esta manera, es muy difícil prolongar un amor sin misterio, galante sin romanticismo y culpable sin remordimientos. Es preciso necesariamente que la infidelidad y los celos la impidan sucumbir al fastidio. ¡Qué argumento en favor de las buenas costumbres!

La princesa de Borbon-Condé, al casarse con su primo el príncipe de Conti, se habia prometido sinceramente ser prudente, y sin duda hubiera cumplido su palabra sin el torrente de disolucion que arrastraba á las mas honradas y á todas las clases de la sociedad. En esta época, el desprecio que caia sobre cualquier mujer, mal dotada por el cielo, por no haber tenido al menos alguna intriga, obligaba á la mas prudente á tener una. ¡Feliz todavía si su eleccion la honraba!

Es preciso decir, en justificacion de la princesa de Conti, que su marido era contrahecho, brutal y medio loco: no entraba jamás de noche en la habitacion de su mujer, sin llevar dos pistolas, que colocaba en la almohada nupcial, como garantes de la obediencia que exigia de ella.

Se asegura que una noche, cansada de sufrir esta estraña tiranía, la princesa se armó con un fusil para responderle, y le amenazó

tan energicamente con servirse de él, que desde aquella noche la dejó tranquilo (1).

Los hijos del poeta, el amigo de Chaulieu, el marqués de La Fare, valiente, espiritual, y de ese corto número de hombres que conservan alguna tradicion de la galante servidumbre de la córte de Luis XIV, fué el que turbó con su amor el corazon de la princesa de Contí: mucho tiempo este amor, noble y delicado, llenó todos los deseos de la Fare. Unir todas las dulzuras de la felicidad á los favores de la clase y la fortuna, era demasiado bien para este mundo.

Esta union tan dulce debia ser turbada, porque era la sátira picante de los amores efimeros que reinaban en la córte.

La condesa de M..., una de estas mujeres tan comunes en Francia, cuya vanidad toma todos los disfraces, sintio de repente una pasion violenta por Mr. de La Fare; era una especie de enfermedad furiosa que le atacaba siempre que estaba, por decirlo así, acometida de la rabia de arrebatarse un marido ó un amante de las delicias de un amor fielmente correspondido. Esta sed de un triunfo, del que las lágrimas

---

(1) Véase como la duquesa de Orleans, madre del regente, habla de la jóven princesa de Contí, cuya hija, Enriqueta de Borbon, fué la madre de *Felipe Igualdad*.

«Es una persona muy agradable, que hace ver que la gracia es preferible á la belleza. Cuando quiere hacerse amar, no puede resistirse; tiene unos modales agradables, dulzura y nunca mal humor, y dice siempre alguna cosa agradable; no ama á su marido y no podrá amarle; es demasiado repugnante por su figura, etc.»

de una pobre mujer abandonada eran el único precio, tomaba tan bien el carácter del amor mas apasionado, que los hombres menos presuntuosos se engañaban. Las tiernas mirada, los suspiros mal comprimidos, las medias palabras..., los reproches, las lágrimas, en fin, todas las seducciones y todos los sacrificios, hasta el del amante, que amaba todavía, de todos estos medios se valió la condesa de M... para obligar á M. de La Fare á hacer traicion á la princesa de Conti.

No se hace nunca tanto mal como cuando es para vanagloriarse; muy pronto toda la córte supo esta nueva intriga, por las exigencias de la condesa de M... que queria la acompañase M. de La Fare á los teatros, á la iglesia, á los paseos, en fin, á todas las partes en que se podia notar su conquista, y atraerla por las visibles emociones que afectaba experimentar por la mas insignificante palabra de Mr. de La Fare.

La princesa, advertida por esos descuidos involuntarios, por esas imprudentes alegrías, esos despechos mal disimulados, que son el cortejo de las infidelidades nacies, confió sus sospechas al señor duque de Richelieu. Este la aconsejó que tuviera paciencia, puesto que sabia lo que podia durar una intriga sin amor. Pero la princesa, que amaba demasiado para escuchar un consejo prudente, se quejaba con amargura. Mr. de La Fare negó resueltamente y sin vencerla. En esta escena de celos y de mala fé,

la princesa demostró tanto calor, gracia, talento y sensibilidad, que el duque de Richelieu, que estaba presente, sintió su admiración por ella.

No teniendo Mr. de La Fare ninguna razón que esponder á los cargos de la princesa, recurrió á un medio del que todos los amantes saben sacar doble partido: salió bruscamente, lo que le libraba de las injurias de una y le permitía recibir las caricias de la otra.

—Ya lo veis, dijo la princesa cuando se encontró sola con Mr. de Richelieu, se rie de mis sospechas y de mis lágrimas, y si finge estar irritado, es para dejarme una hora antes para ir á ver á la condesa. ¡Ah! ¡Cuánto daría por saber si me engaña! Vos, que sois amigo de los dos; vos, que sabeis todo lo que pasa, decidme francamente lo que pensais; no temais decir la verdad; es preciso que mi suplicio cese, que recobre la confianza, ó que me libre para siempre.

—¿Y soy yo el que vuestra alteza se digna elegir para que haga este servicio? dijo el duque.

—Sí, justificadle si podeis ó hacedme ver su traición; estoy segura de que poseis toda su confianza.

—Gracias al cielo, señora, tengo este estorbo menos; pero existe otro obstáculo que no me permite seros útil.

—¿Preferiríais la condesa de M... á mí?

—Así debería hacer, respondió el duque sonriendo.

- Con efecto, creo que os ha amado.
- Un dia, como otras muchas.
- ¿Y os ha parecido seductora?
- A fé mia, que no lo recuerdo.
- No es creible.
- ¿Qué quereis, señora? solo mi corazon tiene memoria.
- Se dice que es muy coqueta.
- Y lo es mucho mas á medida que sus encantos disminuyen: eso es lo admitido.
- ¿No la encontráis linda?
- Sobre todo cuando la comparo, señora.
- ¿De verdad? Me encantais.
- Recordadla: no tiene ya ni juventud ni frescura, y sin los adornos os aseguro que no hacia muchas conquistas.
- Os suplico que lo digais á M. de L. Fare.
- ¡Oh! ¡ya lo notará!
- Preferiria mejor que lo supiese antes.
- Estoy desolado por no poder conformarme á los deseos de vuestra alteza en esta ocasion, pero tengo una conciencia, aunque no lo parezca.
- Pues bien, ¿qué es lo que os alarma?
- El temor de ser guiado por un interés poco honroso; si hablo mal de la condesa M... á La Fare me creerá celoso; por esto solo cambiará su capricho en pasion, y mi lealtad no me permite que sea causa de su culpabilidad.
- ¿Por qué?
- Porque perderia la felicidad que la envi-

dio, señora, y no sería bastante honrado para que esto me afligiese.

Estas últimas palabras acompañadas de una tierna mirada, impresionaron á la princesa; guardó silencio por algunos instantes, pero como iluminada por una idea súbita, dijo sonriendo tristemente:

—Veo que teneis piedad de mí, y que imagináis este medio de distraerme.

—No imagino nada, señora, replicó el duque de Richelieu con aire ofendido, y sin la preocupación que me domina, no me hariais la injusticia de dudar de.. Pero ya he dicho bastante, y vuestra alteza me permitirá...

—¡Ah! basta de estos alardes, señor duque, pues no me engañan, y os hacen perder toda la gracia de vuestro talento.

—En realidad, odio tanto como vos mi seriedad, contestó volviendo á sentarse, y si vuestra alteza quiere autorizar mi franqueza, le demostraré sin dificultad, que tomado como venganza ó consuelo, mi amor no puede perjudicarle.

—¡Qué locura! ¿Y qué diria Mlle. de Charolais, si yo tuviese la debilidad de creerlo?

—Diria que prefiero á ella, à la mas hermosa y amable mujer que existe, repuso el duque besando respetuosamente la mano de la princesa.

En este momento anunciaron á la señora duquesa de Borbon, y el señor duque de Riche-

lieu, se retiró bastante contento del efecto de sus últimas palabras.

Desde este día, consagró todas sus atenciones á la princesa de Contí, la que creyendo que estos cuidados causaban mal humor á Mr. de la Fare, les animaba por todos los ligeros favores con que se alimenta la esperanza. ¡Ah! amaba verdaderamente á Mr. de Richelieu, cuando dándole el brazo, para pasar de un salon á otro, veía á Mr. de la Fare, volverse con impaciencia como para librarse de una impresion penosa. ¡Cuánto trabajo le costaba entonces fingir inconstancia!

Una mañana que M. de Richelieu se quejaba de las varias ventajas del papel que representaba y la amenazaba con abandonarle, so pretesto de que su amor dominaba mucho sobre su amor propio, el diamantista de la princesa fué á llevarle un retrato suyo pintado por el mejor discípulo de Petilot, y en el desaliñado traje en que agradaba mucho mas á M. de La Fare, habia hecho colocar esta miniatura en una cartera destinada á M. de La Fare. La indiscrecion del pintor habia hecho conocer á aquel esta deliciosa sorpresa; pero la ruptura sobrevenida entre la princesa y el marqués, dejaba al retrato sin dueño. Se comprenden todas las instancias que haria M. de Richelieu para poseerle.

Cuanto menos corresponden las mujeres al sentimiento que inspiran, tanto mas se comprometen por regla general, para conservar la

servidumbre que las halaga. La conquista del héroe galante de la época merecía algún sacrificio, y la princesa hizo el de su retrato.

Pero apenas hubo cometido esta imprudencia, cuando M. de Richelieu, no dudando de que semejante favor fuese precursor de otros mayores, tomó ese aire de confianza y de felicidad que causaron la desesperación de M. de La Fare. Por esta mujer á quien habia hecho traición sin dejar de amarla, por este bien cuya pérdida aumentaba su valor, se encontraba dispuesto á arrostrar cualquier humillación, cualquier peligro por recobrar su gracia: en vano la condesa de M... redoblaba sus esfuerzos para cautivarle: la idea de que esta era la causa de su infortunio, le hizo mirarla con ódio: la colmó de reproches. No pudiendo resistir sus penas y sus celos, fué á arrojarse á los piés de la princesa, le pintó sus tormentos y sus remordimientos con tanta sinceridad y elocuencia, que muy pronto el amor ofendido le tranquilizó y perdonó.

En la alegría que la dominaba, la princesa olvidó al duque de Richelieu; pero dotada de un carácter noble para poder disimular con él, le contó lo que habia pasado entre ella y M. de La Fare, demostró su alegría por haber encontrado el corazón del único hombre que habia amado, y terminó suplicando á M. de Richelieu que no turbase esta alegría: esto era pedir su retrato indirectamente.

—Os comprendo, señora, dijo sin manifestar

sorpresa ni despecho: quereis que la elemencia os favorezca; nada mas razonable, porque los culpables son implacables para los males de que dan ejemplo; pero si un interés bien entendido os lleva á ordenarme este sacrificio, tengo un interés mucho mayor en negarme á él, y vuestra alteza al menos me permitirá que ponga una condicion á...

—¡Pues bien! ¿cuál? dijo la princesa con un tono digno.

—La más impertinente, señora; y como no puedo decíroslo, es preciso que la adivineis.

—¡Cómo! cuando mi confianza en vos os entrega el secreto de mi corazon, ¿cómo sabeis que es de otro?

—Y por lo mismo que vuestro corazon es de La Fare, á pesar de sus infidelidades, es justo que mi constancia tenga alguna recompensa.

—¡Qué extravagancia! exclamó la princesa procurando mudar la proposicion en una broma; pero, querido duque, ¿en qué pensais?

—Yo, señora, no pienso mas que en eso: que el cielo sabe lo que puede una idea de la que nada puede distraernos. Además, ¿qué teneis que temer dejándome el retrato?

—Nada de vuestra honradez; pero recibireis tantas personas indiscretas... y además, La Fare ha visto empezar este retrato, sabe que existe, era suyo... y lo pide, dijo con embarazo.

—Razon de más para devolvérselo, repuso el duque apoderándose de la mano de la princesa.

—Ciertamente; pero poneis un precio muy ridículo.

—¡Ah! ¡Si supiéseis, señora, todo lo que este retrato es para mí! ¡Cuántas injurias y juramentos apasionados le dirijo cada día! ¡Con que impaciencia espero el momento de encontrarme solo con él! Es verdad que cualquiera que sea el precio exigido por este tesoro, no puede recompensarme de su pérdida.

—Pero pensad en que yo no os amo.

—¡Ya lo creo! si me amáseis, no tendría nada que pedir.

—¡Qué insolencia! dijo la princesa, no pudiendo reprimir una sonrisa; después recobrando su seriedad, añadió: Ya es demasiado, os lo prevengo; si persistís en vuestro empeño, prefiero confesarlo todo á La Fare.

—Por supuesto, pero no lo creerá.

—¡Cómo! cuando le asegure que jamás...

—Pido perdón á V. A., pero La Fare no creerá que yo haya sido tan tonto y tan respetuoso.

—En verdad que sois un hombre aborrecible, dijo la princesa retirando su mano con cólera.

—No, señora, soy simplemente un hombre muy enamorado que os ha entregado al infiel que amais, que en recompensa de este generoso servicio, quiere elevarse por un momento al cielo para caer en seguida sobre la miserable tierra y sufrir en el silencio las penas y los recuerdos.

¿Qué resolver? perder la confianza y aun el

amor del que ella adoraba, comprometerse con el hombre mas peligroso de la córte, dejarle poseedor de una prueba contra su honor ó bien...

Debe suponerse que la princesa reflexionaria mucho tiempo antes de decidirse por el partido mas prudente. Pero pocos dias despues de esta entrevista, se la vió llorar mientras que La Fare, cubriendo de besos el devuelto retrato, se creia el mas dichoso de los mortales.

Esta narracion hecha por mi padre delante de mí, cuando era niño, ha quedado grabada en mi memoria, como otras tantas cosas que se retienen de jóven sin comprenderlas. Mi padre se sorprendió al encontrar en mi recuerdo las mismas espresiones de que se habia servido al contar esta aventura, y deduzco que no deben decirse estas cosas delante de los niños, porque tienen una memoria retroactiva que sirve algunas veces para su instruccion. Cuanto mas oscuro les parece lo que oyen, tanta mas atencion prestan. Es un enigma que duerme en su memoria hasta que la observacion viene mas tarde á darles la clave.

Aviso á los padres de familia, porque las madres menos prudentes tienen un instinto que las precave de incurrir en esta falta.

**FIN.**